



Vivienda, vernacula de Chalguayacu.

Espacio de vida

Miguel Naranjo-Toro

Diana María Cruz Hernández

VIVIENDA VERNÁCULA DE CHALGUAYACU. ESPACIO DE VIDA

AUTORES: Miguel Naranjo-Toro
Diana María Cruz Hernández

Ibarra-Ecuador
2019



Editorial Universitaria 2020©
Universidad Técnica del Norte
Av. 17 de Julio 5-21
IBARRA - ECUADOR
Teléfono 2997800

Autores:

Miguel Edmundo Naranjo-Toro
Diana María Cruz Hernández

Revisores Externos:

Dra. C. Aida Liliana Morales Tejeda
Dra en Estudios Ibéricos e Iberoamericano

Orlando Rafael Lazo Pastó
Magíster en Antropología Visual y Documental Antropológico

Diseño y diagramación:

Lic. Ximena Quilumbango L.

ISBN:

ISBN: 978-9942-845-02-3



Uno ha creído a veces [...] que no se podría encontrar nada al otro lado, al final de esta llanura [...]. Pero sí, hay algo. Hay un pueblo. Se oye que ladran los perros y se siente en el aire el olor del humo, y se saborea ese olor de la gente como si fuera una esperanza.

Juan Rulfo

DEDICATORIA

A Andre mi esposa;
A Noah, Camila Micaela
Jady y Miguel Andrés mis hijos,
con respeto y cariño.

Miguel Naranjo-Toro

A mi madre, por la fortaleza.

A Miguel Antonio, por la alegría.

A todo lo que me habita más allá de lo evidente..... A mi SER.

Diana María Cruz Hernández

SÍNTESIS CURRICULAR

Miguel Naranjo-Toro, 1957

Licenciado en Filosofía y ciencias socio-económicas; Diploma Superior en Investigación; Magister en docencia universitaria e investigación educativa; Doctor en Investigación educativa; Doctor (Ph.D) en Ciencias sobre Arte; Posdoctor en Didáctica de la investigación.

Docente Titular de la Universidad Técnica del Norte, Docente de programas de Maestrías en universidades del País.

Miembro del Consejo Consultivo del Programa de Maestría en Educación Parvularia, Rector de la Unidad Educativa “Las Lomas”, Subdecano y Decano de la Facultad de Ciencias de la Educación, Vicerrector Administrativo, Vicerrector Académico, Rector de la Universidad Técnica del Norte, Asesor y consultor educativo. Vicepresidente de Afefce (Asociación de Facultades Ecuatorianas de Filosofía y Ciencias de la Educación).

Creador de varias carreras y programas de la Universidad Técnica del Norte.

Ha realizado varias Investigaciones y más de 80 publicaciones científicas en las áreas pedagógicas, culturales, patrimoniales; director y coordinador de varios proyectos de investigación y recuperaciones patrimoniales; líder académico y político, su trabajo se ha enfocado a más de lo académico en lo deportivo y el desarrollo social; sus acciones filantrópicas a favor de grupos vulnerables son visibles en proyectos incluyentes que garantizan la equidad y la igualdad de oportunidades para el acceso a la educación.

Diana María Cruz Hernández (Holguín-Cuba, 1969)

Licenciada en Historia del Arte por la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de Oriente-Cuba, 1990; Máster en Estudios Cubanos y del Caribe, 1999 y Doctora en Ciencias sobre Arte, 2003. Es Profesora Titular.

Desde el año 1993 forma parte del claustro de la carrera de Historia del Arte de la Universidad de Oriente donde imparte Arte Latinoamericano, Arte Caribeño, Apreciación del Arte y Metodología de la investigación histórico-artística.

Es Jefa de la Disciplina de Investigación, Teoría y Crítica de Arte. Ha realizado investigaciones acerca de la arquitectura vinculada a la producción azucarera presentadas en eventos y publicaciones, entre ellas sobresalen las que le merecieron los títulos obtenidos y el libro *Pueblos de madera y Azúcar* (Ediciones Caserón, 2015, Premio de investigación histórica José Luciano Franco de la UNHIC, 2017) y, en más de una oportunidad, ha sido premiada en el Encuentro de Patrimonio Histórico Azucarero. IncurSIONa, además, en la investigación y promoción de las Artes Plásticas, fundamentalmente del grabado, siendo merecedora del Premio de la Crítica del Consejo de las Artes Plásticas, en 2009 y del Premio de investigación, en 2013.

Durante cuatro años fungió como Jefa del Departamento de Historia del Arte. Preside un Tribunal de Categoría Docente Principal de Instructores y Asistentes nombrado por Resolución Rectoral. Es miembro del Consejo Científico de la Facultad de Humanidades, de la Unión de Historiadores de Cuba (UNHIC), de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y de la Asociación Latinoamericana de Sociología (LASA). Formó parte del Grupo tutelar para la formación de doctores del Departamento de Historia del Arte. Actualmente es miembro del claustro del doctorado en Patrimonio Cultural de la Universidad de Oriente y Jefa del Proyecto de Investigación “Patrimonio artístico y cultural cubano y caribeño”.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I. LA VIVIENDA VERNÁCULA EN EL VALLE DEL CHOTA. GÉNESIS DE UNA COMUNIDAD	17
1.1 El territorio ancestral Valle del Chota	20
1.2 Jesuitas en el Valle del Chota	34
1.3 La comunidad de Chalguayacu	41
CAPÍTULO II. LA VIVIENDA VERNÁCULA. NOCIONES PARA UN ESTUDIO	57
2.1 Necesidad de un concepto	59
2.2 Lo inmaterial como parte de lo vernáculo	67
2.3 La elección de un método	74
CAPÍTULO III. LA VIVIENDA VERNÁCULA DE CHALGUAYACU. TIPOLOGÍA Y HÁBITAT	87
3.1 Comportamiento de la vivienda vernácula	92
3.1.1 Análisis de la vivienda a partir de las variables establecidas	92
3.1.2 Síntesis del análisis	114
3.2 Vivienda vernácula y patrimonio intangible	123
3.2.1 Vivienda vernácula. La vida cobijada	124
3.2.1.1 Habitación de lo intangible. Manifestaciones de una relación	128
EPÍLOGO	155
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	158
BIBLIOGRAFÍA	168
VOCABULARIO	177

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. El Ecuador y sus cuatro regiones.	18
Figura 2. Territorios ancestrales habitados por afroecuatorianos.	19
Figura 3. Valle del Chota, 2014.	19
Figura 4. Río Chota, 2014.	21
Figura 5. Cultivos en el Valle del Chota, 2014.	22
Figura 6. Frutos de la tierra, 2014.	23
Figura 7. Paredes de bahareque. Valle de Salinas, Museo de la Sal, 2015.	28
Figura 8. Paredes de adobe. Valle del Chota, 2015.	28
Figura 9. Pared de tapial, Chaltura, 2016.	29
Figura 10. Pared de piedras. Tomado de Echeverría, 2011, p.149.	29
Figura 11. Pared de mano o, maquitapia. Tomado de Echeverría, 2011, p. 152.	31
Figura 12. Pared de chamba, chanpa. Tomado de Echeverría, 2011, p. 151.	31
Figura 13. Pared de cangahua.	32
Figura 14. Cañaverales en el Valle del Chota, 2015.	36
Figura 15. Comunidades del Valle del Chota.	42
Figura 16. Ubicación de Chalguayacu.	43
Figura 17. Vivienda pastense, según Peñaherrera & Costales, 1959. (Dibujo de Miguel Naranjo-Toro).	48
Figura 18. Vivienda Kara, según Peñaherrera & Costales, 1959. (Dibujo de Miguel Naranjo-Toro).	48
Figura 19. Vivienda de influencia africana, según Peñaherrera & Costales, 1959. (Dibujo de Miguel Naranjo-Toro).	49
Figura 20. Vivienda de los afro-ecuatorianos en el Valle del	52

Chota, a mediados de 1950, según Peñaherrera & Costales, 1959. (Dibujo de Miguel Naranjo-Toro).	
Figura 21. Tipo de vivienda predominante en Imbabura a mediados de 1950, según Peñaherrera & Costales, 1959. Dibujo de Miguel Naranjo-Toro.	53
Figura 22. Habitantes al frente de su casa ejerciendo un oficio, 2017.	84
Figura 23. Trazado de Chalguayacu.	88
Figura 24. Parque de Chalguayacu, 2017.	89
Figura 25. Capilla de Chalguayacu, 2017.	90
Figura 26. Plano de Chalguayacu con emplazamiento de viviendas vernáculas, 2018.	94
Figura 27. Vivienda vernácula en una calle de Chaguayacu, 2017.	94
Figura 28. Variantes de solución planimétrica, 2017.	98
Figura 29. Bancos (Poyos) de adobe, 2017.	99
Figura 30. Mujeres fregando en el río, 2015.	101
Figura 31. Mujeres lavando en el río, 2015.	101
Figura 32. Vivienda vernácula con cubierta a cuatro vertientes, 2017.	103
Figura 33. Vivienda de fachada simple con disposición simétrica de sus vanos, 2017.	103
Figura 34. Vivienda de fachada simple sin enlucido, 2017.	105
Figura 35. Muro de adobe y detalle del enlucido dañado, 2017.	105
Figura 36. Puertas y ventanas, 2017.	107
Figura 37. Habitantes al frente de la casa, 2017.	108
Figura 38. Cubiertas a cuatro vertientes, 2017.	109
Figura 39. Vano con dintel de madera, 2017. Esquema tomado de Yépez, 2012.	111

Figura 40. Estructura interior de los techos, 2016. Esquema unión muro-viga, solera-cubierta, tomado de Yépez, 2012.	113
Figura 41. Cimientos de piedra, 2017. Esquema tomado de Yépez, 2012.	114
Figura 42. Tipología.	117
Figura 43. Vivienda tipo 1 a).	118
Figura 44. Vivienda tipo 1 b).	119
Figura 45. Vivienda tipo 2.	120
Figura 46. Bancos de madera improvisados, 2017.	132
Figura 47. Utensilios para uso doméstico, 2016.	138
Figura 48. Banda Mocha de Chalguayacu, 2015.	142
Figura 49. El baile de la “bomba” en las calles de Chalguayacu.	145
Figura 50. Las Tres Marías frente a una vivienda vernácula, 2016.	147
Figura 51. Vestidos típicos, 2016.	150
Figura 52. Proceso de elaboración del adobe.	152

INTRODUCCIÓN

En las tres últimas décadas, América Latina ha visto el incremento de la preocupación por el estudio de la vivienda vernácula. Se han realizado varias investigaciones con el objetivo de despertar interés en su revalorización y posterior protección, las que han contribuido a visibilizar un tipo de arquitectura durante años preterida.¹

El presente texto tiene su origen en una tesis de doctorado dedicada a esta temática.² Centra su atención en la vivienda vernácula de San Miguel de Chalguayacu, uno de 38 asentamientos existentes en el Valle del Chota-Sierra Norte del Ecuador. En la comunidad, de población fundamentalmente afroecuatoriana³ y dedicada a la agricultura, se conserva una veintena de viviendas de esta tipología.

El trabajo parte de la necesidad de que este repertorio habitacional sea conocido y valorado en toda su riqueza, resultado de la impronta de diversas presencias humanas en el Valle del Chota, y de su relación con el patrimonio intangible. Para ello se precisaba de un estudio asumido desde una perspectiva integral, en este caso orientado hacia la historia del arte, ya que las investigaciones preexistentes se limitan a las técnicas constructivas.

La vivienda vernácula de Chalguayacu es enfocada como unidad sistémica matizada por múltiples valores. Se tuvo en cuenta su génesis histórica e impronta antropológica, funcionalidad utilitaria y rasgos formales.

¹ De gran importancia ha sido la labor desplegada por la Cátedra de arquitectura vernácula Gonzalo de Cárdenas de Cuba, que cada año realiza una jornada dedicada al tema y publica sus memorias.

² Se refiere a *Vivienda vernácula de Chalguayacu. Espacio de vida*. Tesis en opción al título de Doctor en Ciencias sobre Arte, defendida por el aspirante MSc. Miguel Edmundo Naranjo Toro, Universidad Técnica del Norte (UTN-Ibarra-Ecuador), en Ciudad de la Habana, Cuba, el 16 de noviembre de 2018, bajo la dirección de Dr. C. Diana María Cruz Hernández, Universidad de Oriente (UO-Santiago de Cuba-Cuba), coautora del presente libro.

³ En palabras de Antón (2008, p.9), el concepto afroecuatoriano se desprende de afrodescendiente, y denota una doble pertenencia: tanto a las raíces africanas “afro” como a la nación ecuatoriana.

Escenario de la vida cotidiana donde se dirimen temas de la economía familiar y comunitaria, se replican tradiciones, imaginarios colectivos y expresiones artísticas, asume soluciones que la convierten en ámbito idóneo para el desarrollo socio-productivo y la conservación de manifestaciones culturales ancestrales; expresión de la comunión entre el ser humano y su espacio habitable.

Para la concepción de este trabajo fue esencial el examen de los textos de Eliana Cárdenas,⁴ quien ofrece y fundamenta un método válido para el análisis de la arquitectura, en el cual sintetiza las aportaciones de varios autores, desde los clásicos hasta los más contemporáneos. Se interesa por el quehacer constructivo en el contexto latinoamericano, motivación que comparte con otros teóricos e historiadores de la arquitectura.

También se consultaron documentos de la UNESCO y papelería conservada en diversos archivos y otras instituciones; así como trabajos acerca de la diáspora africana en el Valle del Chota. Los testimonios recogidos *in situ* fueron de incalculable valor.

Antecedente referencial imprescindible fue un informe presentado por el Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía a partir del censo realizado en los años 1953, 1954 y 1955, recogido en la obra *Coangue o Historia Cultural y Social de los negros del Chota y Salinas*, de Piedad Peñahe-rrera y Alfredo Costales (1959), donde se ofrece una valoración de la vivienda vernácula emplazada en el Valle del Chota. Este texto permitió, además, la delimitación del marco temporal del estudio: 1960-1990.

A partir de 1960 se sucedieron cambios trascendentes en lo que a status en el uso y tenencia de la tierra respecta. La promulgación y aplicación de la Ley de Reforma Agraria, en 1964, incidió en el modo de vida de

⁴ Eliana Cárdenas Sánchez (La Habana 1951-2010) es considerada pionera de los estudios teóricos y metodológicos de la arquitectura en Cuba. Profesora e investigadora, publicó varios artículos y libros entre los que sobresale su obra póstuma, *Historiografía e identidad en la arquitectura cubana*.

los habitantes de Chalguayacu; se fundaron otras formas de interacción social y aparecieron nuevas exigencias habitacionales. Aunque no se abandonó de manera absoluta la choza -de bahareque y paja - hubo tendencia a la adopción de una casa más confortable, también antisísmica y ecológica pero con preferencia por el adobe, la piedra, la madera y las tejas, materiales asequibles en su contexto que significó una mejoría para la comunidad.

El estudio se extiende hasta 1990, fecha a partir de la cual hubo una propensión a construir viviendas desde modelos urbanos y las técnicas tradicionales decayeron. Este hecho está asociado a la solvencia económica de algunas familias, al abandono progresivo de las áreas rurales y la inserción en la dinámica urbana, dominada por la industrialización, que ha caracterizado al ámbito latinoamericano en los últimos 70 años.

Para afrontar el trabajo de campo, valió como referente un inventario de viviendas realizado por la Dirección Nacional de Patrimonio del Ecuador en el año 2010. En esa oportunidad fueron censadas en la categoría de vernáculas, 20 casas; sin embargo, no se encauzó un estudio que permitiera justipreciar ese tipo de arquitectura y, en consecuencia, no se estableció un plan de manejo para su salvaguarda. La información arrojada por este documento fue verificada e interpretada a partir de las variables definidas para el análisis de la tipología y resumida en una tabla.

Amén de nuestra motivación por aportar un nuevo conocimiento a ese sistema provisional que es la ciencia, es lícito destacar que resultó valioso compartir las experiencias e inquietudes con los habitantes del área de estudio; por medio de diálogos e intercambios de ideas, pensamientos y percepciones, con hombres y mujeres humildes que viven allí apegados a su tierra y costumbres. Se trata de una experiencia intensa y enriquecedora desde las perspectivas más diversas, al ser enfocado el individuo como una entidad pluricultural en permanente cambio y desarrollo.





I. La vivienda vernácula en el valle del Chota

I- LA VIVIENDA VERNÁCULA EN EL VALLE DEL CHOTA

GÉNESIS DE UNA COMUNIDAD

El Ecuador está conformado por cuatro regiones (Figura 1).⁵ Según registros antropológicos, en el país existen dos territorios ancestrales habitados por afroecuatorianos: el Territorio Ancestral Valle del Chota, situado en las provincias de Imbabura y Carchi; y el Territorio Ancestral del Norte de Esmeraldas, en la provincia homónima (Figura 2). Estos han sido definidos como distintivos de este tipo de asentamiento en el país. Poseen características ambientales homogéneas y comparten rasgos a propósito del territorio, antecedentes poblacionales, dinámica funcional interna, prácticas productivas, lazos familiares y vecinales, entre otros.



Figura 1. El Ecuador y sus cuatro regiones.

⁵ De Este a Oeste las cuatro regiones son: Amazonía, Sierra (Andes), Costa e Insular (Galápagos)

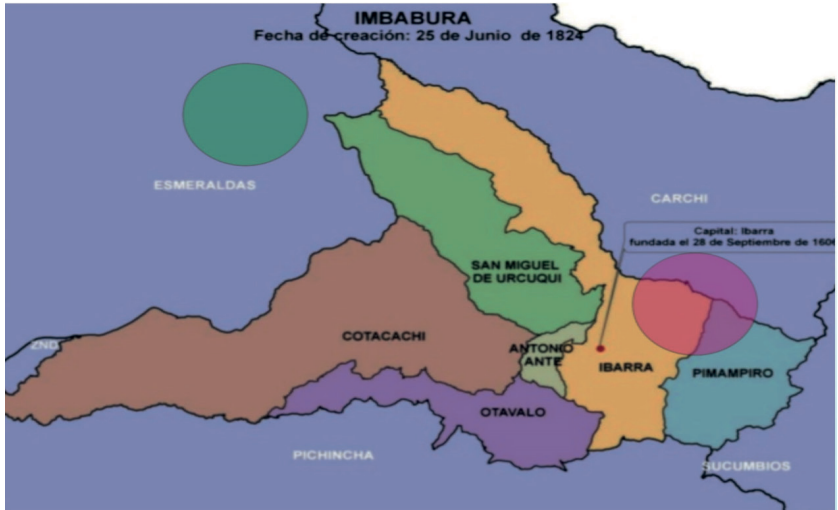


Figura 2. Territorios ancestrales habitados por afroecuatorianos.

Debido a las características geográficas y demográficas, se han definido, además, áreas específicas habitadas por afroecuatorianos, derivadas de la unión de provincias, cantones y parroquias. Entre ellas se encuentra la conocida como área Valle del Chota, ubicada en la Sierra Norte (Padilla, 2014) (Figura 3).⁶

⁶ Se trata de la unión de dos valles. Abarca dos provincias –Imbabura y Carchi–, cinco cantones y unas 14 parroquias rurales (Padilla, 2014). La provincia es la división político-administrativa de primer nivel, conformada por la unión de uno o más cantones. El cantón se subdivide en parroquias, urbanas y rurales; esta es la división político-territorial de menor rango. Las parroquias urbanas se circunscriben a la metrópoli o ciudad y constan de la infraestructura necesaria para ser una urbe principal. Las parroquias rurales están apartadas de la ciudad principal o metrópoli; suelen ser comarcas o conjunto de recintos cuyos pobladores viven de labores agrícolas y del campo.



Figura 3. Valle del Chota, 2014

1.1 El territorio ancestral Valle del Chota

Este río Chota no sólo ha traído perjuicio, también nos ha dado la vida; sin el río hubiera sido imposible vivir...

Gilberto Espinosa

En Suramérica, fue en los valles interandinos y altiplanicies donde florecieron las grandes culturas, favorecidas por condiciones climáticas que se modifican debido a las variaciones de altitud. El agua descende desde las altas montañas, baña a su paso estos territorios y desemboca en la costa. Para poder entender la impronta de los procesos culturales desarrollados en el área es menester situarse en el espacio geográfico.

En esta región lo natural y lo cultural están estrechamente relacionados, resulta imposible desligarlos. El Valle del Chota exhibe la paradójica

dualidad de poseer en su territorio, fértiles terrazas y quebradas desérticas, peculiaridad que marca el imaginario colectivo e incide en la manera de percibir el mundo. La convivencia con el río que decide su propio rumbo, hace que los habitantes respeten la naturaleza. Las crecidas exageradas de su caudal provocaban destrucción y una retirada tardía alteraba el ritmo de las cosechas. Todo ello signa la vida cotidiana de las comunidades. El nombre antiguo del valle era Coangue, que significa “Valle de las fiebres malignas”; también se le ha llamado “Valle de la Muerte”, “Valle sangriento”, “Valle de los Negros” (Coronel, 1991, p. 21). En todas las épocas el agua ha sido elemento esencial para la vida de los chotenses (Figura 4).



Figura 4. Río Chota, 2014

El Valle de Coangue es parte de la hoya del Chota, en razón del río más grande de su sistema hidrográfico, del cual recibe el nombre.

Sus grandes planicies fueron aprovechadas para el cultivo de especies propias del clima subtropical; sitio ideal para el asentamiento de grupos humanos organizados en comunidades con rasgos afines, a pesar de sus diferencias. Se trata de una zona favorable para el desarrollo agrícola por su fertilidad. En la actualidad pueden verse los verdes y extensos campos de caña, maíz y frutos de toda clase (Figuras 5 y 6).⁷



Figura 5. Cultivos en el Valle del Chota, 2014

⁷ A propósito de los primeros pobladores de la actual provincia de Imbabura y, concretamente de la cuenca del Chota, una de las versiones más respetadas es la mantenida por Jijón y Caamaño (1920), quien asevera que los caribes vinieron por las cuencas de los ríos desde el Istmo y se adentraron por el Norte de lo que ahora es Ecuador, aprovechando las veras de los ríos. Se hallaban integrados en tres familias principales: omaguas, chaimas y antillanos. Por su parte, Villegas (2014, p. 35) opina que fue la confederación caranqui- cayapa-colorados, la que ocupó puntos claves como Cayambe, Otavalo y Caranqui, cuyos rasgos se reflejan en varias manifestaciones transmitidas de una generación a otra.



Figura 6. Frutos de la tierra, 2014

En una carta inédita que se halla en la Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, de Quito, Grijalva (1938) considera imposible conocer con certeza el origen del hombre imbabureño, dada la existencia de muchas versiones. Jijón y Caamaño (1920), tiene una visión muy clara sobre los chaimas quienes, según evidencias, bien pudieran ser los forjadores de la nación Imbaya.⁸

Gran parte de los señoríos y cacicazgos indígenas de la Sierra Norte poseyeron en las partes bajas de la cuenca cálida, en las dos márgenes del río Chota-Mira, extensas chacras de coca que
son de grande utilidad e beneficio para estos naturales que
se apoyan en dellas para sus largos viajes y correrías y ansí

⁸ Tras la conquista de pequeños clanes, sobre todo en la zona de Otavalo, formaron un grupo sólido al que se ha llamado Imbayas. Ocuparon la cuenca del río Mira; luego “formaron parte del Reino de Quito, junto con los Otavalos, quienes posiblemente descendían de los omaguas” (Alvear, 1968, p. 96).

lo hascían desde el tiempo de su gentilidad [...] además tener estas chacras les dan poder y respeto entre ellos y son tenidos como grandes señores y donde van las hascen distinciones [...] (Archivo del Convento Santa Catalina, s.f)

El maíz y las legumbres se cosechaban dos veces al año al igual que el ají, paltos, yuca, camote, papa, fréjol y una variedad de árboles frutales. En las riberas del río Chota abundó el añil que utilizaron para el teñido de algodón, de ello hay evidencias documentales; así “[...] en toda la ribera del río de Coangue [...] hay y se cría sin sembralla y en mucha cantidad una yerba y de ellas se hace aquella tinta que nosotros llamamos añil [...]” (Coronel, 1991, p. 26). Este río nace en las estribaciones de la cordillera de Pimampiro;⁹ luego, por ambas márgenes, recibe aguas de otros ríos para desembocar en el Pacífico (Instituto Geográfico Militar, 2014).

Las tierras ubicadas en sus dos riberas abarcan diferentes pisos ecológicos lo cual define la existencia de diversos tipos de suelo.¹⁰ Las zonas más cercanas al centro del valle requieren de mayor irrigación para los cultivos durante todo el año, hay momentos en que su caudal es insuficiente para regar las áreas cultivables de la cuenca del Chota-Mira. Este es un rasgo que distingue el área cultural suramericana y fue lo que hizo de sus habitantes maestros en labores de ingeniería hidráulica y transporte. Si bien no fueron navegantes, se destacaron en la construcción de acueductos, acequias y caminos, con el gran esfuerzo que implica la ejecución de tales obras en medio de la serranía.

El entorno de esta región ha sido cambiante y ha estado sujeto a constantes alteraciones agrícolas, de acuerdo con el grado de organización social de cada momento histórico. En la época prehispánica los indígenas

⁹ Antiguamente al río Chota se le conocía como Cambia, que en lengua coayquer significa “agua recia” o “agua que hacía mucha bulla” (Tapia, 2011, p. 75).

¹⁰ Áreas secas, áreas arenosas y, otras, de suelos de textura fina por estar sujetas a la humedad.

producían coca, algodón, maíz, ají y otros productos. En el siglo XVI los españoles introdujeron los olivos y la vid; en los siglos XVII y XVIII, la caña de azúcar y los ingenios eran manejados por particulares y religiosos.

En el siglo XIX se hicieron los primeros intentos por industrializar la zona cañera y en el XX decayó esta próspera tierra debido al auge de los ingenios azucareros en la región de la Costa. Actualmente se produce gran variedad de productos: tomate, aguacate, maíz, trigo, caña, papa, entre otros (Coronel, 1991, p. 24).

Cuando llegaron los conquistadores a este territorio se fundaron las encomiendas; estas sirvieron de base, al igual que los señoríos prehispánicos, para efectuar una distribución de los pueblos de la zona entre Otavalo y Carangue, aproximadamente entre los años 1560 y 1580. En el siglo XVII tuvo lugar el reconocimiento jurídico por parte de la Corona a la Villa de San Miguel de Ibarra y al Corregimiento de Otavalo; se impuso el sistema hacendario en la Sierra Norte y se produjo una nueva reorganización política.

La presencia hispánica supuso para los indígenas algunos cambios importantes. A las tradicionales papas y demás tubérculos, maíz y ají, característicos de su dieta, se añadieron cereales, hortalizas, carne y leche.¹¹ En relación con el vestuario, los indios de la cuenca del Chota cambiaron su típico atuendo heredado del tiempo de los Incas, por la camiseta o túnica hasta la rodilla sin mangas, elaborada de algodón o lana delgada. Añadieron una manta cuadrada atada al cuello y un calzón, también de lana o algodón; la camisa, el poncho y el sombrero (Iturralde, 1950). Los habitantes de este próspero valle fueron testigos de paulatinas transformaciones vinculadas a los procesos económicos.

¹¹ Antes de la conquista solo podían comer carne los caciques y señores principales.

A lo largo del tiempo, los pobladores del Valle del Chota han estado muy ligados al río homónimo, el cual se ha convertido, a la vez, en fuente de sustento y causa de sufrimientos. Cuando el río crece inunda sus riberas y provoca serios daños en siembras y caseríos cercanos.

Un lugareño narra:

Este río no sólo ha traído perjuicio, también nos ha dado la vida; sin el río hubiera sido imposible vivir. Tenemos el agua para los quehaceres de la casa y los animales tienen agua que beber. Hemos bebido de esa agua durante muchos años, por eso han venido las enfermedades y han muerto muchos guaguas. Cuando escasean las lluvias nos ha servido para regar las parcelas aunque nos da bastante recelo cuando crece, de ahí que tenemos que estar muy alertas para que, por lo menos, se puedan salvar las personas (Comunicación personal de Gilberto Espinosa, citado por Naranjo, 2016, p. 20).

El río Chota era muy beneficioso por constituir fuente, no solo de agua sino también de piedras de diversos tamaños, material esencial para la construcción de viviendas u otros inmuebles. Al no haber en el valle grandes canteras, la población indígena tomaba este elemento natural del río y lo utilizaba en diferentes actividades de la vida cotidiana, especialmente en la edificación.

A los indios se deben los primeros vestigios de una arquitectura cuya vigencia en la Sierra Norte, actual es innegable. Vivían en bohíos redondos cubiertos de paja con paredes hechas de palos gruesos entretejidos y embarrados con lodo por dentro y por fuera. Algunas casas eran más grandes, de planta rectangular y cubierta a dos aguas.

En estas podían aparecer, incluso, portales que servían como recibidor.¹² De lo anterior se puede deducir que los inmuebles se diferenciaban tanto por su forma como por su tamaño, en correspondencia con el uso al que se destinaran y el *status* del individuo que la habitaría, en caso de que su función fuera doméstica. Como eran de palo, lodo y paja tomados del medio natural, en cualquier sitio edificaba un indio su casa en solo dos o tres días. Él mismo cortaba la madera y la caña; traía la paja, preparaba el barro y sacaba la cabuya o bejugo para atar la madera –en esto eran maestros–; lo hacían con facilidad, se ayudaban mutuamente y era “como fiesta entre ellos, se celebraba con finas borracheras [...]” (Auncibay, citado por Echeverría, 1990, p. 42) por la abundante chicha.

Se utilizaban varias técnicas en la elaboración de las paredes. José Echeverría (1990) refiere el uso del bahareque, logrado mediante el entrecruzamiento de chacla o varas colocadas horizontalmente, recubiertas por una gruesa capa de barro y fijadas a puntales de madera clavados en el suelo. Las paredes de adobe resultaban de la superposición de bloques de gran tamaño (adobones) hechos de tierra húmeda mezclada con otros elementos vegetales como la paja, secados en rudimentarios moldes (Figuras 7 y 8).

¹² Debe acotarse que en la Sierra Norte del Ecuador, el redondo era el tipo de vivienda más común, con una sola puerta rectangular. Esta regularidad era matizada por la diversidad de técnicas utilizadas para levantar las paredes de las construcciones (Echeverría, 1990, p. 43).



Figura 7. Paredes de bahareque. Valle de Salinas, Museo de la Sal, 2015.



Figura 8. Paredes de adobe. Valle del Chota, 2015

Otra de las técnicas era la tapia y tapial. En esta, aunque también se utilizaba la tierra como material esencial, se requería la elaboración de una suerte de encofrado en el cual se vertía la mezcla de barro húmedo. A diferencia del adobe, se levanta la pared completa de una vez dentro

de ese cofre, conocido como tapialera, que le sirve de molde. También podían erigirse paredes de piedras acomodadas de modo regular; estas podían ser rocas, pizarras, entre otras, colocadas y trabajadas a manera de ladrillos y unidas con barro (Figuras 9 y 10).



Figura 9. Pared de tapial, Chaltura, 2016



Figura 10. Pared de piedras. Tomado de Echeverría, 2011, p.149

Echeverría refiere, además, el uso de técnicas como la chamba-chanpa, terrón compacto resultado de la mezcla de tierra con raíces de hierbas de los pastizales cercanos a la edificación, los cuales eran cortados, generalmente, en pedazos rectangulares. En los pueblos de los carangues y cayambes, para levantar sus casas emplearon bloques de una tierra dura y estéril de origen volcánico conocida como cangahua. Por último, se utilizó lo que se conoce como maqui-tapia, “paredes de mano”, en especial en la construcción de corrales y para marcar linderos. Aún quedan, en Ibarra y otros sitios de la Sierra Norte, ejemplos de este sistema constructivo que consiste en preparar una mezcla de tierra bien desmenuzada con agua para hacer el lodo; este se pisotea hasta lograr la plasticidad requerida. La pared se levanta por partes para que las primeras capas se sequen y su ancho disminuye de abajo hacia arriba (corte trapezoidal) (Echeverría, 1990, pp. 43-44) (Figuras 11, 12 y 13). De todas estas técnicas, las más usadas en la actualidad en las áreas rurales de la Sierra Norte del Ecuador son el bahareque, adobe, tapial y la piedra; esta última en la elaboración de los cimientos y, con menor frecuencia, también en los muros.¹³

¹³ En la Sierra Norte no se erigieron construcciones con paredes de piedra al estilo incásico. El uso de este material en la zona fue limitado, pues solo tenían a su alcance las que el río les ofrecía y eran reservadas para los cimientos de las edificaciones. En este caso pudo haber influido el tipo más rudimentario, conocido como pirka, hecho con piedras amorfas sin labrar y acomodadas al descuido, cuyos espacios vacíos eran rellenados con piedras pequeñas y abundante mortero de barro. Los Incas lo usaban para la construcción de andenes, depósitos y casas para la población común. No hay evidencias del empleo de otros tipos.



Figura 11. Pared de chamba.



Figura 12. Pared de cangagua



Figura 13. Pared de mano o, *maquitapia*. Tomado de Echeverría, 2011, p. 152

El uso de estas técnicas no es privativo del Valle del Chota. De acuerdo con los textos de arte latinoamericano consultados (Trimborn, 1965; Disselhoff, 1954; Gasparini y Margolies, 1986; entre otros), es bastante común en toda el área cultural suramericana desde la época prehispánica.¹⁴ De antigua data es el empleo de esta diversidad de procedimientos en la ejecución de obras para uso doméstico y otros fines asociados a la vida rural, por ejemplo, construcciones auxiliares y linderos; de modo que, la sólida arquitectura incásica no es el único referente en materia de edificación en este vasto territorio.¹⁵

¹⁴ Variantes de procedimientos similares se utilizaron por toda América, adecuados a las peculiaridades del contexto. Según refiere Alicia García Santana (2012), la técnica que en Cuba se conoce como embarrado, es el llamado bahareque en el norte de Suramérica y quíncha en el Cono Sur; asociados a la tradición prehispánica.

¹⁵ La tapia o tapial, se utilizó en la región de los Andes venezolanos en la construcción de las grandes haciendas de café y viviendas de los páramos. El adobe se usó poco en las regiones sísmicas, sin embargo, fue frecuente en la parte centro occidental. El empleo de estas dos técnicas ha disminuido en la actualidad; no así el bahareque, que sigue teniendo mucha aceptación en el medio rural debido, esencialmente, a su bajo costo, disponibilidad de materiales y rápida ejecución (Gasparini y Margories, 1986).

Las casas ya terminadas lucían un exterior muy trabajado, existía una relación de proporción entre el diámetro de la planta circular y la altura del techo. Los aleros tenían la longitud adecuada para evitar que las lluvias humedecieran las paredes. En la cumbre de algunas viviendas había diferentes formas de tragaluces para la ventilación del espacio interior. La habitación estaba formada por un solo cuarto grande en el que se organizaban los diferentes espacios y no había ventanas. Los pisos eran de tierra apisonada y en las casas de los individuos de rango se cubrían con una paja suave. En los lugares fríos quedaba a un nivel más bajo que el resto del terreno, para aportar más calor a la habitación.

Al parecer, el patrón de asentamiento de los indios consistió en pequeños núcleos concentrados de viviendas, separados por las tierras de cultivo, por una quebrada, un riachuelo u otro accidente geográfico. Cerca de estos conjuntos se podían encontrar algunos bohíos dispersos, quizás para cuidar las sementeras. Ocupaban laderas de pendientes suaves y cumbres de elevación, zonas apropiadas para el cultivo de maíz, papa, quinua, mellocos, ocas, y majuas o mashuas, entre otros.

Además de las plantas circulares había, asociadas en el espacio, estructuras rectangulares, cuadrangulares y montículos artificiales. Existen vestigios de viviendas cuadrangulares ordenadas en línea recta a cuyos extremos se ubicaban algunos bohíos redondos.¹⁶ Es apreciable la importancia que los habitantes otorgan al medio natural del cual obtienen todo lo necesario para su vida, no solo el alimento sino también el cobijo. Se trata de conjuntos logrados con gran armonía y que pueden haber sido el resultado del quehacer de diversos grupos, de ahí las diferencias en el modo de construir. Sin embargo, el uso de materiales tomados de la naturaleza, la asunción de tipologías adaptables a las condiciones climáticas y del entorno, funcionan como elemento unificador y de ahí deviene el antecedente de la arquitectu-

¹⁶ Al referirse a las estructuras rectangulares pudiera pensarse que se trata de construcciones tardías pertenecientes a los Incas (Grijalva, 1937 citado por Echeverría, 1990, p. 54).

ra vernácula actual en la Sierra Norte del Ecuador.

Se infiere que muchos de estos conjuntos habitacionales fueron abandonados como consecuencia de la masiva emigración de los indios;¹⁷ pero las construcciones quedaron allí, a merced de la naturaleza que bien pudo haberlas devorado, el tiempo, el clima y el descuido o quizá, fueron ocupadas por quienes se quedaron o por los que llegaron después; por ejemplo, los jesuitas y gran cantidad de esclavos africanos traídos para el fomento de la producción azucarera.

1.2 Jesuitas en el Valle del Chota

A lo largo del Valle del Chota luego de instalados los ingenios azucareros, los primeros peones agrícolas e industriales de los cañaverales y de las fábricas de procesar panela y azúcar fueron los indios (Villegas 2014, p. 106). Los jesuitas arriban al Valle del Chota luego de muchas gestiones por parte del Cabildo de Ibarra, en 1644,¹⁸ no obstante, desde mucho antes habían estado adquiriendo tierras, a disgusto de las comunidades religiosas. Primero compraron pequeñas y medianas propiedades a indígenas y españoles; después grandes extensiones a los particulares en las tierras bajas del Mira.

Aunque se emitieron numerosas cédulas para limitar la propiedad eclesiástica,¹⁹ los jesuitas se empeñaron en consolidar su presencia en el área mediante la obtención de tierras; la mayor parte y las mejores les pertenecían (Villegas, 2014).²⁰

¹⁷ Un día del año de 1679, huyeron más de once mil indios de la zona y se internaron en las montañas de Sucumbíos. Campos y molindas quedaron abandonados (Villegas, 2014, p.106).

¹⁸ Desde 1618 se estaba haciendo esta gestión. Los vecinos, colaboraron con la entrega de propiedades -tierras, animales y productos como azúcar y trigo- (Jouanen, 2005, p.124).

¹⁹ En 1539 se emitió una cédula que prohibía a los religiosos adquirir más posesiones; se habían apoderado en menos de dos años de más de la mitad de las haciendas. Pese a estas medidas, las órdenes religiosas seguían acumulando una importante riqueza (tierras) que era utilizada con fines especulativos (Villegas, 2014, p.107).

²⁰ Se trata de unos 440 km de tierras, distribuidas en 700 haciendas; algunas de ellas -principalmente

En los primeros años de su estadía en Ibarra, los jesuitas también se dedicaron al cultivo de viñedos, con muy poco resultado. En el cultivo de la caña les favoreció su gran habilidad para atraer mano de obra indígena, así como el apoyo brindado por españoles y mestizos, muchos de los cuales ofrecieron sus tierras como aporte para su establecimiento definitivo en la comarca. Los religiosos tenían una vasta experiencia en esta actividad, ejercida en los Virreinos de Perú y Nueva España. Pronto comprendieron que la cosecha de caña de azúcar era rentable, situación que los motivó a monopolizar las mejores tierras, acaparar el agua y optimizar el riego; obtener ventajas sobre los estancieros particulares para retener a indígenas, forasteros, vagabundos y la compra de esclavos negros, todo esto acompañado de una eficiente administración que permitió un gran éxito en todos los negocios o empresas que emprendieran.²¹

Las instalaciones mecánicas para el funcionamiento de trapiches requerían de un espacio físico útil para la molienda de la caña y la elaboración de sus derivados. Todo ello no hubiera sido posible sin la existencia de mano de obra indígena, la cual, debido a la ampliación de las tierras, se redujo con rapidez. Esto hizo necesario buscar nuevas opciones para suplir la carencia de peones. Los primeros propietarios de tierras en el valle emplearon trabajadores indígenas locales para los cultivos de vid, olivos, algodón y caña de azúcar. Los indígenas también prestaban servicios como mitayos en estancias, haciendas agrícolas y ganaderas, y obrajes de la región, por lo que la población local se reducía de forma considerable.²²

las de Ibarra- eran trabajadas por negros esclavos (Villegas, 2014, p. 107).

²¹ La siembra y cultivo de la caña exigió la fusión de tres elementos fundamentales: tierra, riego y fuerza de trabajo. Tierra suficiente para la siembra de caña y de otros productos para el mantenimiento de la fuerza de trabajo (Coronel, 1991, p.53).

²² Una de las razones por las que la población indígena decayó, fue los malos tratos de encomendados y doctrineros quienes hacían de sus poblados “una razón de abuso inmisericorde y despiadado, lo que obligaba a los indios a huir” (Gutiérrez, 2004, p. 54).

Entre 1680-1760, la Compañía de Jesús resolvía la escasez de trabajadores a través de fuertes inversiones en la compra de esclavos negros con el fin de emplearlos en tareas agrícolas de la hacienda cañera (Jasped, 1980, p.98).²³ La necesidad de una amplia disponibilidad de terrenos para el cultivo de la caña se justifica por la indispensable existencia de tierra en rotación y descanso. La caña fue uno de los productos más agresivos con los suelos, alteró el equilibrio agrícola y conllevó a su más profundo desgaste. En la actualidad, pueden verse los extensos cañaverales diseminados por todo el valle (Figura 14).



Figura 14. Cañaverales en el Valle del Chota, 2015.
Foto. Miguel Naranjo-Toro.

Tener esclavos negros fue imperativo para el cultivo de caña, ya que era una tarea extremadamente fuerte que los indios no podían soportar.

²³ Los jesuitas introdujeron negros esclavos de Esmeraldas y Colombia; germinó un fuerte mestizaje en poblaciones que se forman, crecen y proveen de mano de obra para el cultivo, tanto de las haciendas como de las procesadoras de caña; así adviene este nuevo ingrediente humano a Imbabura.

Son buenos para otra clase de siembras, pero para este menester flaquean y muchos dellos huyen por lo duro del trabajo sobre todo por la cuidada de las acequias de agua y el desbroce del monte en el cual ellos no están acostumbrados [...] (Archivo Compañía de Jesús, 1705).

La falta de fuerza de trabajo permitió a la Compañía de Jesús adquirir grandes extensiones de tierra y condicionó la quiebra de los propietarios del valle (Archivo del Convento Máximo de la Merced de Quito, 1686). La presencia de los jesuitas fue decisiva en el despliegue de la explotación esclavista en el área de estudio. Durante el siglo XVII, luego de la disminución de la población indígena, buscaron varias alternativas para repoblar la zona y la importación masiva de mano de obra esclavizada fue la solución encontrada.

En la historia del negro ecuatoriano y, particularmente, de los descendientes de esclavos africanos establecidos en el Valle del Chota, no es posible determinar con exactitud su procedencia desde el punto de vista geográfico.²⁴ Es conocido que

[...] en las casas de acopio de los negros bozales, los traficantes los clasificaban sin tomar en cuenta su origen, toda vez que los barcos negreros entregaban solamente piezas de buena calidad y estos eran pocos debido a que luego de tan larga travesía desde África, muchos llegaban enfermos o impedidos. A éstos se los enviaba a hospitales y lugares de reposo para luego venderlos (Vera, 1953, p.45).

Esta mixtura de etnias y, en consecuencia, de lenguas, se convirtió en una estrategia para dividir y debilitar ante el riesgo de una rebelión;

²⁴ José Chalá señala que el término Chota “deviene de la actual República del Congo, en el reino Lunda encontramos la palabra “Chot” o Chota que significa centro de agrupación de personas. Nosotros tenemos la comunidad cimarrona llamada Chota, en definitiva, los apellidos de origen, el nombre del río y del pueblo nos remiten a la patria ancestral” (Chalá, 2006, p.126).

también se aprovechó la inexperiencia de hombres, por lo general jóvenes, a sabiendas de que la sabiduría suele ser propiedad y baluarte de los ancianos. Tuvo lugar una reestructuración de la vida de estos seres humanos, mayoritariamente varones que, en condición de esclavos, debían adaptarse a nuevos patrones alimentarios, de habitación, vestido, creencias religiosas u otras expresiones en un proceso de adecuación en un ambiente diferente.

José Chalá (2013), al realizar un análisis sobre la diáspora africana que identifica a los afrodescendientes en los diferentes países, expresa:

La categoría afrodescendiente hace relación a los procesos históricos, culturales e identitarios, de los hijos y las hijas de la diáspora africana en el continente americano. Nuestro cordón umbilical se conecta directamente con el África, la casa grande de donde fueron secuestrados nuestros ancestros. Afrodescendiente es el nombre genérico que hemos adoptado para identificarnos las personas de distintos países y regiones americanas que sobrevivimos a aquella historia de migración compulsiva subsahariana y nos reconocemos, aun sin conocernos como afrodescendientes (Chalá, 2013, p. 47).

La afirmación anterior resta importancia a la procedencia de los hombres traídos a América en condición de esclavos, ante la pujanza del destino compartido.

La manutención de un esclavo era costosa; había que vestirlos, alimentarlos y alojarlos. Se les daba el “sango” hecho de harina de maíz y manteca al que se le podía incorporar una ración de fréjoles y un trozo de carne. La provisión de comida era abundante y variada para así tenerlos contentos. Luego dormían en galpones (Archivo de la Compañía de Jesús de Quito, 1968).

Además del alimento que recibían de sus amos, consumían otros productos que ellos sembraban, pues los jesuitas acostumbraban a darles una huerta para el sustento de sus familias. Los esclavos cultivaban sus chacras para complementar su dieta y esas parcelas eran muy importantes para ellos, pues no querían perder el derecho a disfrutar de los frutos de su terreno (Archivo de la Compañía de Jesús de Quito, 1968).²⁵

Junto a los sembradíos²⁶ eran emplazadas chozas rústicas que les servían como habitación. Los jesuitas organizaron sus haciendas de tal modo que se respetó la unidad familiar de los esclavos, se esforzaron por no separar a sus miembros y cada familia tenía su casa.²⁷ Esta práctica estableció una diferencia con respecto a otros hacendados, en cuyas propiedades los esclavos vivían hacinados en el mismo galpón, hombres y mujeres separados, la sexualidad desestructurada y sin intimidad familiar (Bouisson, 1997).

Dada la ausencia de fuentes primarias que permitan documentar el comportamiento de la arquitectura, especialmente la concebida para habitación de los negros esclavos y libertos, resulta esencial el trabajo de Peñaherrera y Costales (1959). De la lectura de este texto se colige que durante la Colonia, la mayoría de los negros esclavos se asentaron en

²⁵ A cada esclavo y su familia se le entregaba, de manera adicional, semanalmente, cinco libras de carne, un almud de papas, yucas o camotes, una tanda de tabaco, una media de sal, una media de panela, una miglla de fréjoles o arvejas y una batea de maíz. Cada tres meses se les daba un ovillo de pabilo de algodón y tres varas de liencillo del mismo material para confeccionar camisas y vestidos. Los negros solían ahumar la carne, para conservarla de forma salada y le servía para sus largas estancias en los sitios en que debían cuidar animales, en las acequias y otras actividades. Con carne y tubérculos preparaban sus caldos, a los que llamaban panda (Archivo de la Compañía de Jesús de Quito, 1968).

²⁶ Además de papas, camote, yuca, fréjol y achiera, sembraban plantas aromáticas u otras que servían para alinear la comida o como medicina natural: yerba buena, chirarán de olor, menta, albaca, poleo, orégano y toronjil (Archivo de la Compañía de Jesús de Quito, 1968).

²⁷ Se sabe que los religiosos se encargaron de comprar esclavos y esclavas en proporciones similares y se prohibieron las uniones con mestizos e indígenas; las ventas que pusieran en peligro la integridad de la familia eran evitadas. Los esclavos, además de autoabastecerse, podían vender parte de los productos obtenidos de sus pequeñas huertas e, incluso, alquilar el terreno. Estas alternativas les permitía tener ingresos propios y ahorrar dinero para pagar parte del precio de su libertad.

torno a la Casa de Encomienda; no había calles ni plazas. Eran simples agrupaciones de chozas emplazadas en terrenos planos próximos a las fuentes de agua.

A propósito de estas casas se plantea:

El negro que llegó en calidad de esclavo no tuvo siquiera la pobre libertad de edificar su vivienda, se contentaba con el miserable galpón construido por el amo [...] a partir de la manumisión, cuando su cultura casi se había extirpado [...] pudo hacer por cuenta propia su vivienda, reduciéndose a chozuelas antihigiénicas (Peñaherrera y Costales, 1959, p. 164).

Sin embargo, según datos encontrados (Bouisson, 1997), las casas construidas por los jesuitas para sus esclavos no siempre fueron de materiales deleznable. Si bien en la comunidad de Caldera existían 25 casas de bahareque y paja, y en Chamanal 39 casas con cubiertas también de paja, en La Concepción “había en el rancho de los negros 48 cuartos, de ellos 43 eran de tejas y solo 5 de paja” (Bouisson, 1997, p. 48).²⁸ Esto significa que, desde entonces, se utilizaron cubiertas de tejas en las edificaciones de la zona, seguramente más costosas que las de paja, pero el negro no tenía acceso a esos recursos.

Las viviendas erigidas luego por los esclavos eran pequeñas chozas de planta rectangular, sin cielo raso, con paredes de bahareque y techo a cuatro vertientes cobijado con hojas de caña, de evidente precariedad. Se afirma que estas pudieran haber sido “el resultado de la mezcla de elementos de la arquitectura indígena con reminiscencias africanas y algún otro componente, por ejemplo, el hispánico” (Peñaherrera y Costales, 1959, p. 159); afirmación que nos resulta absoluta, impresionista y

²⁸ En Caldera esas casas eran destinadas a 95 esclavos y en Chamanal a 145. En La Concepción, el número de esclavos ascendía a 3345 esclavos (Bouisson, 1997).

no sustentada en argumentos sólidos. Una vivienda con tales características puede aparecer en cualquier sitio, independiente de las presencias culturales dominantes.

Los jesuitas fueron expulsados en 1767,²⁹ pero dejaron en herencia una infraestructura que duró posiblemente hasta el siglo XIX, cuyo centro sería el trapiche. De esta fuerte presencia africana en la zona se deriva la afrodescendencia de la cual existen evidencias en el modo de vida, costumbres y prácticas. El Valle del Chota, por las condiciones naturales idóneas –fértiles tierras para el cultivo, agradable temperatura, existencia de fuentes de agua para consumo humano y para el riego, presencia de materiales para la construcción– se convirtió en espacio ideal para este asentamiento humano, hasta la actualidad.

1.3 La comunidad de Chalguayacu

La abolición de la esclavitud, en 1852, implicó cambios significativos para seres humanos que, ahora en condición de libres, debían buscar sustento y cobijo para su familia y hacer una nueva vida. El liberto queda sin recursos; no tenía otra alternativa que continuar al servicio de su antiguo amo, propietario de las haciendas, quien lo empleaba como peón y le pagaba un mísero salario o le arrendaba pedazos de tierra a cambio de varios días de jornal gratuito.³⁰

Los negros libres se movilizaron para encontrar espacios de asentamiento, así surgieron caseríos de mayor o menor tamaño, en los que aún hoy habitan los afroecuatorianos y donde, a propósito de la construcción, han aplicado ese conocimiento arraigado, heredado del pasa-

²⁹ En 1780 cuando la oficina de Temporalidades se hace cargo de la administración de sus haciendas se reporta la existencia de 2615 esclavos africanos de todas las edades; de ellos, 1364 estaban destinados al trabajo pesado en las 1037 cuadras de caña (Chalá, 2006, p. 77).

³⁰ Esto significa que continuaron siendo marginados y sometidos a condiciones de servidumbre. Al no ser dueños de la tierra, se mantuvieron bajo una relación de subordinación que les impedía lograr autonomía e independencia verdadera.

do. Una de las muchas comunidades afrodescendientes que conforman el territorio ancestral Valle del Chota es Chalguayacu –significa en quichua “pez de agua”– (Figuras 15 y 16). Su formación y poblamiento, como otros asentamientos del área, data del siglo XVI. Su evolución siguió una misma línea en la que incidió la esclavitud, su fortalecimiento y culminación, con los matices que este proceso tuvo, sin desdeñar la presencia indígena desde tiempos inmemoriales.

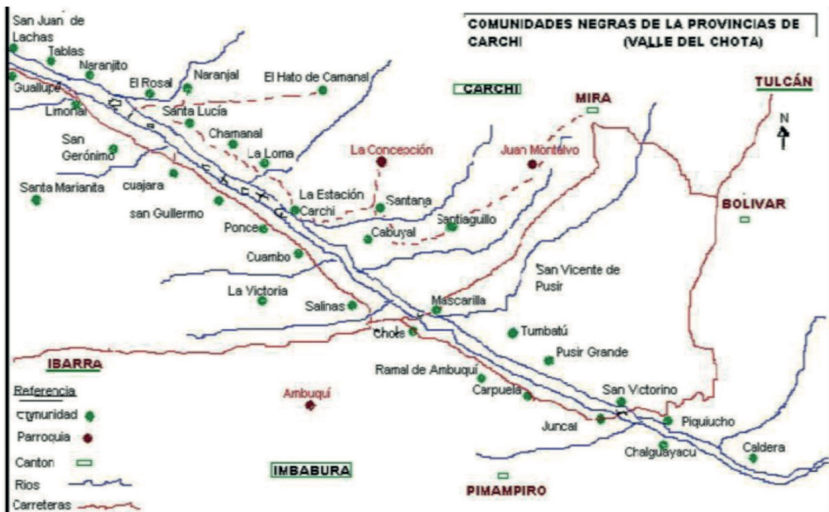


Figura 15. Comunidades del Valle del Chota. Archivo fotográfico de la UTN



Figura 16. Ubicación de Chalmayacu. Centro Cultural Salinas.

Entre las primeras propiedades de los jesuitas en la Sierra Norte ecuatoriana está la hacienda de Pusir, adquirida en 1702. Ya para 1715, los religiosos “poseían 234 esclavos: 92 en Cuajara y 142 en las haciendas de Pimampiro, Carpuela, Chalmayacu y Caldera” (Delgado, 2016, p. 36). Esta es una de las más tempranas evidencias que se tiene acerca de la existencia de esta comunidad.³¹

La base económica fundamental del Valle del Chota ha sido la agricultura. El área, conformada por pequeños conglomerados humanos, ha tenido su principal sustento en la explotación agrícola y recolección de productos naturales; la cría de animales domésticos o la combinación de todos esos recursos, ha mantenido patrones tradicionales de asentamiento que han persistido durante siglos.

³¹ El subrayado es de los autores de este libro. Es conocido que, en el siglo XVII, la Compañía de Jesús se apoderó de grandes extensiones de tierra en la cuenca del río Chota-Mira y Salinas; se constituye un importante complejo de haciendas cañeras productoras de azúcar, panela y otros derivados del dulce, entre las que se encuentra –en el Valle del Chota– Chalmayacu.

La vivienda vernácula de Chalguayacu es un espacio construido. Para comprender su comportamiento es importante conocer las actividades agrícolas a las que se dedica la familia, el entorno donde tienen lugar, las relaciones intrafamiliares y las que se instauran con familias análogas; vínculo del que derivan las redes sociales comunitarias y la cultura que rige sus conductas. Las familias rurales realizan actividades agropecuarias y complementan sus ingresos con trabajo asalariado o venta de productos agrícolas.

Las zonas rurales se distinguen por un conjunto de rasgos que las diferencia de las urbanas; en síntesis, por su menor extensión y población, cantidad de servicios y equipamientos.³² Para acercarnos a la vivienda vernácula de Chalguayacu resulta útil lo que Cloke (2006) define como enfoque funcional de “lo rural”. Desde esta perspectiva se trata de un área donde predominan usos extensivos del suelo, existen asentamientos pequeños con una estrecha relación entre la construcción y el paisaje extenso, y se crean formas de vida caracterizadas por una identidad basada en las cualidades o atributos del medio natural.³³

La vida de los afrochoteños, primero en condición de esclavos y luego como propietarios de pequeños huasipungos,³⁴ se ha desarrollado en torno a la hacienda. Los terrenos llanos de Chalguayacu son las playas del río Chota, superiores para la producción agrícola que el resto; “su formación y calidad del suelo se debe a los materiales

³² Se manejan varios criterios en torno a la delimitación de lo urbano y lo rural (Sánchez y Jiménez, 2010). Se considera que se está en presencia de una localidad rural cuando tiene como máximo 5000 habitantes y la actividad económica fundamental es la agricultura. A fines de la década de 1990 se planteó que las zonas rurales definen un territorio en el que los habitantes tienen mayor cantidad de actividades económicas y sus culturas inciden en el ámbito urbano, dando lugar a relaciones de interdependencia mutua de índole diversa que definen su propia realidad.

³³ Este autor señala, además, otros dos enfoques de “lo rural”: el de la economía política y el de la construcción social, Cloke (2006).

³⁴ Luego de abolida la esclavitud se prolonga el sistema de explotación agrario mediante la creación del huasipungo; este ataba al campesino a su parcela, quien se veía obligado a entregar los mejores productos al dueño de la hacienda.

arrastrados por este río en sus grandes avenidas” (Martínez, 1954, p.166).

Esta hacienda, como todas las posesiones de los jesuitas, pasó a ser propiedad de la Oficina de Temporalidades tras su expulsión. Entre los años 1800 y 1802 fue comprada por un particular y, a partir de esa fecha, se sucedieron varios dueños hasta que en 1954 se convirtió en una cooperativa agrícola, al ser repartidas las tierras (por compra), entre 150 parceleros (Martínez, 1954; Bouisson, 1997).³⁵

Fueron favorecidos los negros de Chalguayacu y algunos de Juncal, a cuya entidad vendieron estos señores una extensión de 100 hectáreas. Ya desde las décadas de 1930 y 1940 tuvo lugar un proceso de desintegración gradual de las haciendas del Valle del Chota lo cual, junto a la presión campesina, trajo consigo transformaciones profundas en la propiedad que conllevó a la creación de las primeras cooperativas en la década de 1950 (Pabón, 2006, p.66).

Debido a esto, la comunidad de Chalguayacu tiene peculiaridades que la hacen diferir de otros caseríos enclavados en el Valle. Los negros adquirieron la totalidad de la hacienda parcelada y las familias se beneficiaron con pedazos de tierra y tuvieron independencia económica. Estos hombres se convirtieron en propietarios autónomos, a diferencia de los habitantes de otras partes del Valle que seguían sujetos a la condición de huasipungueros. “Desde entonces, los hombres de este color formaron el rancho que hasta hoy existe [...] las huertas y demás plantíos sirven para alimentar a las 60 familias de negros que viven aquí formando un rancho de aspecto africano” (Martínez, 1954, p.167).³⁶

³⁵ Para esa fecha estaba en posesión de los señores Manuel y Luis León Ruales. La venta fue realizada por una suma de 600000 sucres, a razón de 6000 la hectárea. De ellas, 60 hectáreas se dedicaban al cultivo de la caña (más del 50%); se cultivaban, además, yuca, plátano, anís, fréjol, tomate, entre otras. Había trapiche, boyada, negros y aperos (Pabón, 2006, p.66).

³⁶ Se refiere al momento de la parcelación.

Este comentario, de cariz discriminatorio y despectivo, permite tener una noción del tiempo que tiene el caserío; se alude a “el rancho” pero no significa que se refiera a un solo inmueble. Durante el período esclavista, las dotaciones vivían en rancherías conformadas por una cantidad determinada de bohíos (García, 2012); por tanto, allí viven varias familias juntas conformando un conglomerado de frágiles habitaciones. Otros autores también se refieren a “el rancho”. Por ejemplo, Bouisson (1997, p. 48) afirma que en La Concepción “había en el rancho de los negros 48 cuartos”; esto indica que era común utilizar este término para referirse a la habitación esclava.

No existen argumentos consistentes para afirmar que “el rancho” es “de aspecto africano”; se trata de construcciones signadas por la pobreza y pudieran ser remedo de las emplazadas en cualquier latitud. Por otra parte, en este modo de concebir la habitación esclava puede haber influido la presencia de los indígenas en la zona, cuyas casas “se encontraban asociadas en asentamientos de más de treinta unidades” (Echeverría, 2011, p. 136) y, de ellas, deriva la vivienda que proliferó en las áreas rurales de todo el territorio americano conocidas como casas de campo.

El sector geográfico de Chalguayacu es un área rural con 1028 habitantes, según el censo (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos del Ecuador, 2010). Actualmente tiene 231 viviendas y pertenece a la parroquia de Pimampiro, cuya extensión es de 115,4 km². Esta parroquia, en 1950, tenía una población de 5062 habitantes y ya para 1953 contaba con un total de 128 viviendas; de ellas, 122 tenían el techo de caña y solo 6 tenían cubierta de tejas. Esta información se refiere a la parroquia en general, no ofrece ningún dato específico sobre las construcciones de Chalguayacu.³⁷

³⁷ Con el paso de los años casi todos los sitios que antes habían ocupado casas de hacienda se convirtieron en anejos, caseríos y luego en cabeceras parroquiales, como es el caso de Ambuquí, o los poblados que crecieron junto al río, por ejemplo, Carpuela, Chota Chiquito y el Juncal, los mayores centros de población negra en el río Chota.

En un Informe del Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía (1959) se plantea que, en principio, los valles estuvieron ocupados por dos grupos culturales predominantes: los indios Pastos,³⁸ que habitaban viviendas de tipo redondo, comúnmente denominadas bohíos, de punta cónica y alares circulares, con cubierta de paja y paredes de tierra; y los Imbabureños o Karas, que residían en grandes chozones rectangulares de dos aguas con paredes de tierra, techo de paja y un amplio corredor en la parte frontal (Peñaherrera y Costales, 1959, p.157).³⁹

Habitaciones con estas características son comunes en todo el ámbito americano; una referencia con este nivel de generalidad no aporta mucho en términos de singularidad tipológica, sin embargo, se considera válido reconocer que hayan sido los Pastos y Karas los grupos más influyentes en este modo de construir por su predominio en el valle.

De acuerdo con los censos realizados en el Valle del Chota en los años 1953, 1954 y 1955,⁴⁰ las primeras construcciones de los negros que habitaron la zona pueden haber recibido varias influencias identificables en las edificaciones actuales. De la vivienda pastense de bahareque y adobe de tierra batida con planta circular, techo cónico y una sola puerta⁴¹ les llega la primera influencia (Figura 17). También incide en su concepción la casa de tipo imbabureño o kara, hecha de piedra de río con recio empañete de barro, o de grandes bloques de adobe superpuestos. De planta rectangular, techo a dos aguas con ligamentos de paja, paredes delgadas y acceso único en la parte frontal, contaba con

³⁸ Los indios Pastos vivieron en todo lo que es hoy la provincia de Carchi, teniendo como límite natural el río Chota en toda su extensión.

³⁹ Ya hemos hecho referencia a algunos rasgos generales de la arquitectura aportada por los indígenas en el área.

⁴⁰ Estos censos fueron realizados por el ya mencionado Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía, durante una investigación en todo el Valle del Chota y Salinas. En el informe que rinden, una de las comunidades más referidas es Chalguayacu, lo cual resulta de gran importancia para esta investigación.

⁴¹ Peñaherrera y Costales (1959) denominan a este tipo de vivienda como bohío.

un amplio corredor sostenido por pilares de capulí, lechero o chahuarquero, que le servía como área de sombra (Figura 18).



Figura 17. Vivienda pastense, según Peñaherrera & Costales, 1959.
Dibujo de Miguel Naranjo-Toro.



Figura 18. Vivienda Kara, según Peñaherrera & Costales, 1959.
Dibujo de Miguel Naranjo-Toro.

También se señala (Peñaherrera y Costales, 1959) que estas construcciones recibieron la influencia de una vivienda de tipo indefinido traída por los negros desde sus lugares de origen en el África.⁴² Se trata del tipo de casa de planta rectangular con techo de hojas de palma, planchas de madera o de cuero, dispuesto a dos aguas laterales, combinadas en ocasiones con otras vertientes más pequeñas dispuestas en la fachada anterior y posterior de la choza, o sea, colgadizos. Por otra parte, no debe desdeñarse la influencia hispánica, evidente en la arquitectura de todos los territorios colonizados (Peñaherrera y Costales, 1959) (Figura 19).

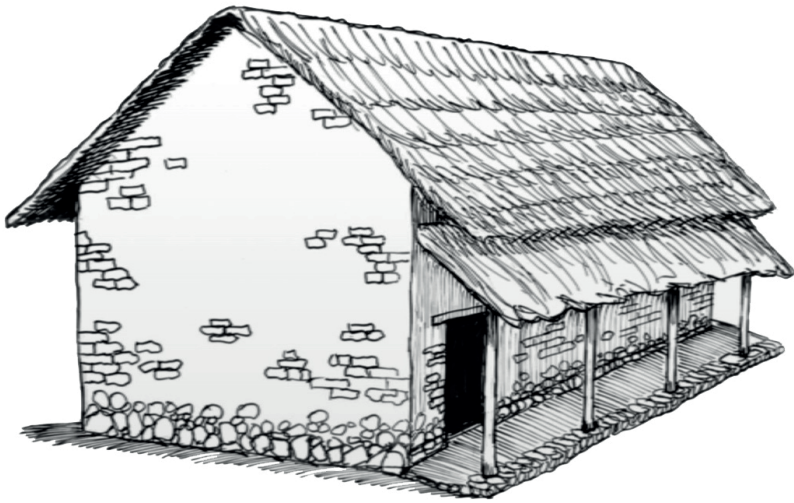


Figura 19. Vivienda de influencia africana, según Peñaherrera & Costales, 1959.
Dibujo de Miguel Naranjo-Toro.

Es posible apreciar la falta de exactitud a propósito de la influencia indígena; baste citar la definición de bohío indígena serrano que aparece en

⁴² En las estructuras de las viviendas africanas es posible hallar paja, palos, barro, adobe, tierra apisonada y piedra. El predominio de uno u otro material depende de la región.

el *Glosario de arqueología y temas afines* y se podrá evaluar la persistencia de una tipología que, con variantes, dominó toda el área mesoamericana, suramericana e, incluso, caribeña. De acuerdo con el referido texto, el bohío se define, básicamente, por su planta circular, o sea, se trata de una vivienda redonda con una sola puerta de acceso, paredes de bahareque y cubierta cónica de paja, sostenida por una pilastra colocada al centro hincada en el suelo. Consistía en un solo ambiente, de plano circular u oval, donde había un fogón pequeño y altillos hechos de suro y/o chahuarquero para depositar cereales (Echeverría, 2011). Aunque no existían límites físicos -paredes u otros- a cada función le era destinada un área específica dentro de aquel espacio mayor.

La presencia del fogón responde a la necesidad de preparar los alimentos y dar calor a la familia; este es un rasgo que persistió durante mucho tiempo en las casas del valle. También el uso de “altillos”, presente en su homólogo: el soberado. “El sentido de ‘familia’ -y, por tanto, de vivienda- de los aborígenes era colectivo, mucho más amplio que el de los españoles y no estaba referido a un hábitat [...]” (García, 2005, p. 13); el concepto que ellos tenían de la relación familia-casa difiere del occidental dominante.

En torno a las otras dos posibles influencias -africana e hispánica- debe tenerse en cuenta que, de acuerdo con las fuentes consultadas (Vera, 1953; Chalá, 2013), no es posible saber de qué parte del inmenso continente africano proceden los negros esclavos traídos por los jesuitas a esta zona, aspecto que no resultaba de interés para los traficantes. África es un territorio vasto y multicultural, cuestión que habría que agregar, por su importancia, a la hora de determinar posibles influencias y difícil de dilucidar dado lo limitado de fuentes primarias. El uso de la tierra como material de construcción -elemento básico del bahareque- ha sido recurrente en muchas civilizaciones; también en África.

Peñaherrera y Costales (1959), tampoco precisan en qué radica la mencionada influencia hispánica; se colige que pudiera hallarse en la subdivisión de los espacios mediante paredes, la apertura de vanos -ventanas- para la ventilación y el uso de materiales como las tejas de barro, existe evidencias de que los jesuitas las utilizaron en algunas casas para esclavos; se conoce que “en La Concepción había 43 cuartos de tejas destinados a los negros esclavos” (Bouisson, 1997, p. 48). Aún hoy, allí existe un trapiche y construcciones anexas, de gruesos muros y cubierta de tejas criollas o españolas.

Según criterio establecido por Peñaherrera y Costales (1959), los habitantes de Chalguayacu aprovecharon la experiencia de los aborígenes e introdujeron algunas modificaciones en correspondencia con el clima de la región, pues no hay evidencias de que haya sido una de ellas, en específico, la predominante. La casa de cubierta cónica, por ejemplo, desapareció; mientras que de la vivienda kara quedaron vestigios en el uso de la planta rectangular, ahora con paredes de bahareque de carrizo y tierra, y dimensiones reducidas.

Es probable que estas cuatro tipologías –la vivienda pastense, kara, de origen africano e hispánica– hayan confluído en el tipo asumido entre los negros libres de Chalguayacu. Luego de realizada esta pesquisa, se considera que la habitación adoptada deriva de la evolución y ajuste de un tipo de casa autóctona con profundas raíces en el pasado prehispánico, más que de posibles influencias externas. La afinidad entre ellas radica en su propia naturaleza, signada por la impronta de lo vernáculo, lo cual establece regularidades asociadas al tipo de material, mano de obra, relación con el entorno y la puesta en práctica de habilidades y de una sabiduría transmitida de generación en generación.

En síntesis, a mediados de la década de 1950, la casa de los afroecuatorianos del Valle del Chota se distinguía por la planta rectangular, las

paredes de bahareque, con cascajo y lodo sin enlucido, el techo de hojas de caña y el piso de tierra (Figura 20). Se considera que en la parte de los valles pertenecientes a Imbabura se ha adoptado, de forma integral, la vivienda indígena kara, pero que predomina la choza de cuatro vertientes y techado de caña (Figura 21).⁴³ Este documento resulta particularmente interesante, pues en él se describe el tipo de vivienda devenida antecedente de las casas erigidas en Chalguayacu entre 1960 y 1990, como se podrá apreciar más adelante.



Figura 20. Vivienda de los afro-ecuatorianos en el Valle del Chota, a mediados de 1950, según Peñaherrera & Costales, 1959.

Dibujo de Miguel Naraijo-Toro

⁴³ En los corredores solían aparecer poyos para sentarse.



Figura 21. Tipo de vivienda predominante en Imbabura a mediados de 1950, según Peñaherrera & Costales, 1959.
Dibujo de Miguel Naranjo-Toro

En el Valle del Chota, la presencia de los descendientes de esclavos africanos ha marcado la historia de los asentamientos poblacionales hasta la actualidad. La organización social giró alrededor de la familia. La comunidad logró consistencia desde el punto de vista estructural a partir de esos vínculos; tuvo lugar un particular entrecruzamiento de los lazos sanguíneos y políticos, de ahí que la familia se conformó por una larga parentela.⁴⁴ Muchas actividades se realizan en grupo. Construir una casa, por ejemplo, es algo que no puede hacer un hombre solo;

⁴⁴ El negro gusta de la vida en el grupo, en la aldea. El aislamiento nunca formó parte de su espíritu; a ello debe añadirse que a su llegada a estas tierras en condición de esclavo tuvo que acostumbrarse a vivir con los demás para hacer menos dolorosa su situación. Por su parte, el indio también ha sido explotado, su triste pasado y no muy feliz presente, hacen de él un individuo receloso. A los indígenas se les ve desfilar juntos, con sus trajes tradicionales y costumbres. Hay, por lo tanto, puntos de contacto entre la situación del negro y del indio.

con la edificación de varias casas surgió el caserío. A propósito de ello el siguiente testimonio resulta ilustrativo:

Nuestro valle tenía caseríos [...], se asentaban al pie de cada hacienda. Era muy bonita la vida pero también era muy dura. No todos los caseríos que hay en este tiempo se han formado junto a las haciendas, sino que, por cuenta propia de la gente, fundaron otros, por otros lados [...]. La vida en los caseríos era muy desarreglada, había mucha pobreza (Comunicación personal de Sixto Chalá, citado por Naranjo, 2016, p. 9).

En la configuración de los caseríos son típicas las huertas cuidadosamente cultivadas para la alimentación. “Las viviendas están desperdigadas, en forma desordenada sin que exista jamás una calle. Si la aldea es una llanura [...] no tienen cerramientos de ninguna naturaleza [...] Completando el desorden [...] están los corrales móviles de las cabras [...]” (Peñaherrera y Costales, 1959, p.170).

Las viviendas que forman parte de los caseríos son, entonces, el resultado de las interinfluencias entre los diferentes grupos que poblaron estos parajes. Surgió un nuevo tipo de casa que, aunque tenía semejanzas en su aspecto exterior, no se identificaba con ninguna de manera fidedigna. Puede apreciarse que las del Valle del Chota, a mediados de la década de 1950, eran bastante rústicas

[...] aún no han rebasado la etapa de la choza porque casi la totalidad de las construcciones tienen techo de caña remedios un tanto modificados de las chozas pajizas de los aborígenes. El no haber podido superar la etapa de la choza o simple construcción rectangular significa que los grupos negros, culturalmente se han estacionado en un punto que ni es la choza india ni la vivienda mestiza (Peñaherrera y Costales, 1959, p. 164).

Lo anterior indica que el uso del bahareque y la paja se consideran indicios de estancamiento, asociado a la desfavorable situación económica de las familias desprovistas de recursos para poder erigir un inmueble mejor. A nuestro juicio, la principal dificultad no radica en la técnica utilizada. Como ya se ha explicado, son varias las posibilidades de construir en la región, de lo que se trata es de dotar a los inmuebles de condiciones higiénico sanitarias superiores.

Se ha hecho una caracterización general de las viviendas de todo el Valle, del cual Chalguayacu forma parte. Esta situación cambió a mediados de la década de 1960. La Ley de Reforma Agraria de 1964 y luego la de 1973, resquebrajan el sistema latifundista-hacendario⁴⁵. Los habitantes del Chota ahora son propietarios de sus tierras, lo cual es sinónimo de independencia, desarrollo económico y social. Los afrodescendientes tienen dominio sobre su territorio y ganan autonomía; asumen el estilo de vida del campesinado y se dedican, con énfasis, a la agricultura.⁴⁶

El desarrollo de esta actividad económica les permite autoabastecerse y comercializar parte de sus productos; muchas familias han debido implementar otras actividades como la artesanía, la manufactura y “hasta las piedras que trae la creciente del río ayuda a la gente de los caseríos [...] algunas familias de Chalguayacu las sacan a orillas del río o la que-

⁴⁵ El Estado creó el Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización (IERAC) en los años sesenta del siglo XX, con el objetivo de establecer la política agraria que consistió, básicamente, en eliminar el huasipungo vigente en las haciendas de la Sierra Norte. La Reforma Agraria de 1964, si bien modernizó el sistema agrario, no pudo evitar que la distribución de la tierra y la riqueza fuera desigual y la propiedad se concentrara en manos de unos pocos hacendados. Los campesinos del Valle del Chota se organizaron en cooperativas agrícolas para luchar por la tenencia de la tierra. No todos los huasipungueros obtuvieron sus tierras y asuntos como la provisión de créditos e infraestructura no se solucionaron. El objetivo central de la Reforma Agraria de 1973 sería incrementar la función social de la tierra asociada a una supuesta productividad, imposible de lograr de manera tácita, sin antes resolver el problema fundamental que seguía siendo el de la tenencia. Esta reforma favoreció a quienes tenían acceso a la tecnología y estaban en condiciones de hacer grandes producciones destinadas a la exportación o mercado interno.

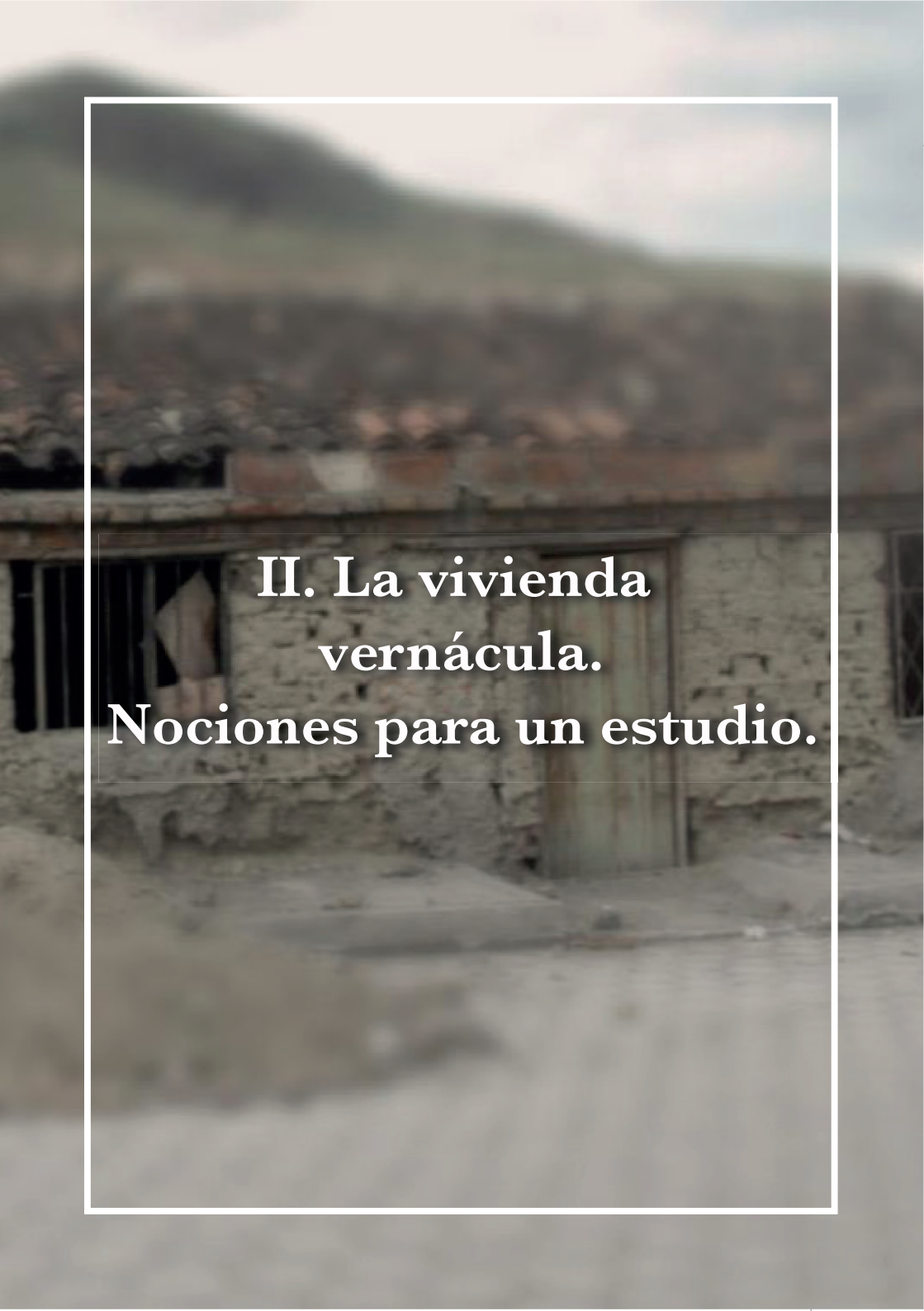
⁴⁶ Muchos moradores de áreas aldeañas, especialmente de Juncal, trabajan en las tierras de Chalguayacu.

brada y las venden por volquetas que se llevan para las construcciones” (Comunicación personal de Gilberto Espinosa, citado por Naranjo, 2016, p. 20).

Es estas nuevas circunstancias sería posible lograr una vivienda que, aún en los predios de lo vernáculo, implicara una mejoría para la vida de sus moradores. Es lícito recordar que, desde los tiempos del cacicazgo indígena, se consideraba como un rasgo de acusada diferenciación no solo la forma y tamaño de la construcción, sino también el material utilizado en la elaboración de sus paredes.⁴⁷

Las transformaciones que tienen lugar a partir de la década de 1960, hicieron que el desarrollo de Chalguayacu sea relativamente reciente. Aparecen instituciones educacionales, deportivas, religiosas, de salud, y otras, destinadas a las funciones más diversas. La situación de la vivienda cambió con la incorporación de técnicas constructivas que, si bien son tradicionales, implican una mejoría en la forma de vida de la comunidad; si antes usaban para hacer las paredes el carrizo, el suro y las delgadas ramas de algarrobo con la técnica del bahareque, ahora se utiliza el adobe como técnica fundamental. Más adelante se hace un análisis de la tipología de la vivienda desarrollada en Chalguayacu, entre 1960 y 1990.

⁴⁷ La casa del cacique, por ejemplo, aunque tenía la cubierta de paja, sus paredes eran de tapia, a diferencia de la casa del indígena común, más pequeña, con paredes de bahareque (Echeverría, 2011, p. 136).



**II. La vivienda
vernácula.
Nociones para un estudio.**

II-LA VIVIENDA VERNÁCULA. NOCIONES PARA UN ESTUDIO

América Latina no ha estado al margen de las acciones en pos de la protección del Patrimonio Cultural. En 1967, se desarrolló en Quito la Reunión Sobre Conservación y Utilización de Monumentos y Lugares de Interés Histórico y Artístico⁴⁸ en cuyo informe final se hace un llamado de alerta sobre la destrucción del patrimonio cultural en esta área y, con ello, la obligación de los jefes de estado de diseñar estrategias encaminadas al amparo de la riqueza monumental y artística, en función del desarrollo económico-social (UNESCO, 1967). Las recomendaciones estuvieron dirigidas a la puesta en valor del patrimonio cultural con un fin trascendente que, en el caso de Iberoamérica, sería contribuir al progreso de la región.

En Ecuador, a nivel gubernamental, existe la intención de preservar el patrimonio, así está reflejado en su Constitución y cuenta con un marco legal y una institucionalidad establecida.⁴⁹ Sin embargo, no abundan estudios precedentes que sirvan como referente para el análisis de la vivienda vernácula de comunidades rurales como Chalguayacu.

Por lo tanto, es necesario, brindarle un sustento teórico-metodológico a la investigación sobre la cual se construye este libro. Se consideró esencial la elaboración de un concepto, así como la determinación de las variables y subvariables de análisis rectoras del proceso. Además, se hacen algunas reflexiones en torno a la relación entre lo material e inmaterial articulados en los predios de lo vernáculo.

⁴⁸ La ciudad San Francisco de Quito conserva una de las mayores áreas de valor patrimonial. En 1978 fue, junto con Cracovia, uno de los dos primeros centros históricos en ser incluidos en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO.

⁴⁹ Se reconoce que el reto del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador está en aportar con las herramientas adecuadas para promover la salvaguarda de las manifestaciones inmateriales del país, diverso y plurinacional.

2.1 La necesidad de un concepto

Los arquitectos se interesaron en incorporar la construcción vernácula a la teoría de la gran arquitectura hacia la década de 1950. Bernard Rudofsky⁵⁰ realizó, en 1961, una trascendente exposición de fotografías de construcciones tradicionales en el Museo de Arte Moderno de New York bajo el título *Arquitectura sin arquitectos*. En ella, grafica las diferentes soluciones que el ser humano, a través de los siglos, ha dado a su hábitat en correspondencia con los medios y recursos ofrecidos por la naturaleza, de ahí la variedad que distingue un modo de construir no sujeto a canon alguno; propuso entonces elevarlas a la categoría de bellas artes (Bernard Rudofsky, 1964).⁵¹ Pudiera considerarse como antecedente significativo en el interés por este patrimonio el movimiento *Arts and Crafts*,⁵² que encontró en lo vernáculo el modo de volver a lo artesanal, abogó por el respeto a los materiales y su naturaleza, valoró el proceso de ejecución y el rescate de los oficios; todo ello como respuesta crítica al proceso de industrialización de la Inglaterra del siglo XIX. Esa defensa a la vivienda rural tradicional, simple, fuerte y funcional fue heredada por los representantes del Movimiento Moderno.

En *Cobijo y Sociedad* (1969), Paul Oliver, defendió este modo de concebir las edificaciones al plantear que “[...] los historiadores de la arquitectura, han menospreciado al género que se refiere a la morada del hombre común, concediéndole valor digno de trascender, de registrar y

⁵⁰ Moravia, 1905-New York, 1988. De nacionalidad norteamericana, fue arquitecto, diseñador, escritor, profesor, coleccionista e historiador social. Cursó estudios en la Universidad Técnica de Viena y obtuvo la Beca Guggenheim en Humanidades.

⁵¹ Se ha llegado al consenso de tomar este hecho como el inicio del estudio de lo vernáculo. A partir de esta experiencia, tres años después –en 1964– Bernard Rudofsky publica su obra *Architecture without architects* en la que ofrece sus criterios en torno a este modo de construir (Bernard Rudofsky, 1964).

⁵² *Arts and Crafts*, en español, Artes y Oficios. Se asocia, sobre todo, con la figura de William Morris, hombre polifacético que se ocupó de la recuperación de artes y oficios medievales, renegando de las nacientes formas de producción en masa.

de valorar, solo a las obras majestuosas, monumentos y símbolos de poder [...]” (Oliver, citado por Aguilar, 2001, p. 811).⁵³ Las construcciones sencillas destinadas a la gran mayoría quedan fuera de los proyectos de estudio al no considerarse dignas de ser reconocidas y salvaguardadas.

Ese mismo año, en El Cairo, es publicado el texto de Hassan Fathy que luego recorrió el mundo bajo el título *Arquitectura para los pobres* (Fathy, 1976, 1982). Su principal aporte es el haber incentivado el empleo de materiales locales y de sistemas constructivos tradicionales para la edificación de viviendas en las áreas rurales. Por su parte, en *House, form and culture*, Amos Rapoport (1969) exaltó las manifestaciones de la vida cotidiana del hombre común, entre ellas la vivienda, por encima de las obras monumentales. Otros autores han dado continuidad a la labor de estos pioneros en el interés por la arquitectura vernácula, de modo que su valía como solución habitacional y como objeto de investigación ha sido argumentada (Aguilar, 2001).

Para el estudio de la vivienda vernácula, la primera dificultad y, quizás la mayor, radica en la sinonimia sufrida por esta. Los autores utilizan, de forma indistinta, los términos de arquitectura rural, tradicional, popular, espontánea, autóctona, folk, indígena, primitiva, anónima, campesina, aborigen, arquitectura sin arquitectos, sin *pedigree* y etnoarquitectura, entre otros. Esta variedad en cuanto a nomenclatura es reconocida desde los primeros estudios sobre el tema; Rudofsky (citado por Aguilar, 2001, p. 811) refiere que es tan poco conocida que ni siquiera se tiene un nombre para ella. Sin embargo, pondera el hecho de que se haya dirigido la mirada hacia esa “otra arquitectura” sin darle mucha importancia a la inexistencia de un término idóneo para denominarla. En esta pesquisa se han considerado válidas todas aquellas fuentes que traten este tipo de vivienda, independientemente del término empleado

⁵³ En 1974, Paul Oliver publica *Cobijo, signo y símbolo* y años después, en 1997, en tres tomos, su *Encyclopedia of vernacular architecture of the world*.

para aludir a ella ¿Qué se entiende, entonces, por vivienda vernácula? En los últimos 50 años este tema se ha venido trabajando con cierta asiduidad,⁵⁴ aun cuando resulta insuficiente dada su importancia en el contexto en el cual se ubica el objeto de estudio. Se prestó especial atención a los textos producidos en el ámbito latinoamericano y, por razones obvias, en el Ecuador; de modo que, para dar respuesta a esta interrogante fueron consultadas varias fuentes.

De manera general, algunos autores consideran que la arquitectura vernácula es resultado de un lento proceso histórico en el cual se mezclan elementos indígenas, africanos y europeos (López, 1987).⁵⁵ Se trata de un criterio adaptable a todo el ámbito latinoamericano y caribeño, donde estas presencias fueron significativas, de modo que, la vivienda vernácula es vista como un resultado de la mezcla de culturas. Esta aprovecha los materiales a los que se tiene acceso en cada región y su único objetivo es ofrecer cobijo, sin otras pretensiones.

Es un modo empírico de construir. No interviene una mano de obra calificada sino el conocimiento acumulado y el dominio de la naturaleza. Cuando se va a erigir una vivienda se tiene en cuenta las características del clima, la incidencia de los rayos del sol a determinadas horas del día, la dirección de los vientos, entre otros aspectos inherentes al lugar de emplazamiento; de ahí que sean estructuras muy funcionales y, por demás, baratas; se aprovechan los materiales allí existentes. Esto último marca las diferencias entre la arquitectura vernácula desarrollada en un sitio y otro, así como las técnicas constructivas a emplear, en correspondencia con las peculiaridades de cada región.⁵⁶

⁵⁴ La nación mexicana ha sido abanderada en estos estudios.

⁵⁵ López (1987) hace esta afirmación a propósito del caso mexicano, pero este criterio es aplicable también al contexto ecuatoriano. Esta opinión es compartida por Saravino (2011) y Arrata (2014), entre otros autores.

⁵⁶ Para el estudio de la arquitectura vernácula ecuatoriana hay que tener en cuenta la existencia de cuatro regiones diferentes. Cada una de ellas amerita un estudio independiente.

Del contexto latinoamericano, han sido de gran utilidad para esta investigación trabajos como el de Torres (2017), quien considera este tipo de vivienda como una respuesta a las necesidades de habitar; difiere de otras edificaciones porque sus soluciones se adaptan al entorno y es realizada por el usuario, apoyado en la comunidad y el conocimiento de sistemas constructivos heredados ancestralmente. En el texto de Aguillón, Benítez y Arista (2011), se considera como vernácula aquella vivienda que sigue las tradiciones locales y refleja la evolución de los tipos estructurales en función del clima, estilo de vida de un lugar determinado y de los materiales existentes en él⁵⁷. Ambos trabajos ofrecen interesantes parámetros generales en torno a este modo de concebir la arquitectura doméstica, aplicables al caso ecuatoriano y, en particular, afrochoteño.

El arquitecto cubano Daniel Taboada⁵⁸ (2006), considera indispensable estudiar la evolución y variedad tipológica de la arquitectura vernácula para la posteridad, por tratarse de construcciones frágiles, hechas de elementos vegetales efímeros cuyo mantenimiento se hace incosteable y amenaza con desaparecer al haberse perdido la tradición de edificarlas. En la Carta de Cuba (Cátedra de Arquitectura Vernácula Gonzalo de Cárdenas de Cuba, 1998), documento que recoge las recomendaciones y conclusiones de los participantes en la Jornada de Arquitectura Vernácula celebrada en La Habana, Cuba, del 5 al 12 de abril de 1998, esta se define como

un producto espontáneo que simboliza y cristaliza la idea que posee del mundo el grupo que la produjo. Los elementos que la definen, son [...] su manufactura -sin la intervención de profesionales- y el que las estructuras, formas y materiales [...] estén determinados por el clima,

⁵⁷ Los autores de este trabajo pertenecen a la Facultad del Hábitat, Universidad Autónoma de San Luis Potosí y presentaron esta ponencia en la VI Cátedra Nacional de Arquitectura Carlos Chanfón Olmos.

⁵⁸ Presidente de la Cátedra de Arquitectura Vernácula Gonzalo de Cárdenas de Cuba.

la geografía, la geología, la economía y la cultura locales [...] que presente gran integración con el contexto y con el paisaje que la rodea, manteniendo plenamente su identidad [...] se encuentra aislada o bien forma conjuntos en los centros históricos y en los poblados urbanos y rurales (Cátedra de Arquitectura Vernácula Gonzalo de Cárdenas de Cuba, 1998).

La bibliografía sobre el patrimonio vernáculo ecuatoriano no es abundante. Para este trabajo fue significativo el aporte del estudio de Arrata (2014), en el cual se hace referencia a la desaparición paulatina de la que es considerada auténtica por sus valores intrínsecos. El autor la define como edificación construida espontánea y naturalmente, con materiales propios del entorno, lo cual implica el aprovechamiento de los recursos disponibles. Además de la vivienda, tiene en cuenta inmuebles con significación económica, tales como graneros, establos o corrales propios del ámbito rural. Aboga por su preservación dada la valía de esta, tanto desde la perspectiva de la conservación del patrimonio como del entorno ecológico en que se asienta y los impactos en la vida económica y social de sus moradores, así como su incidencia en la construcción de los imaginarios y de la conducta psicosocial colectiva.

Por su parte, Yépez (2012), considera que la vivienda vernácula es la respuesta básica y lógica de adaptación a un entorno determinado; dialoga con el ambiente, aprovecha al máximo los recursos naturales para elevar el nivel de confort y es reflejo de las características intrínsecas a cada cultura.

Saravino (2011) define como vernácula un tipo de vivienda que no responde a conceptos preestablecidos. No se trata de una creación individual, sino que es el resultado de un largo proceso de aprendizaje de los miembros de un grupo en constante comunicación y en vínculo con el entorno del que obtienen los materiales y, mediante sus posibilida-

des tecnológicas, dan respuesta a sus necesidades. El autor pondera los valores de los procedimientos originarios como vía para solucionar problemáticas actuales, tanto en el país como en otros ámbitos.

Sandoval, Machuca, y Cedeño (2014) la definen como aquella que nace de las necesidades funcionales y formales de una región, tanto como del aprovechamiento de sus recursos naturales para construir la misma.

En el caso del Ecuador, se ha dicho que la vivienda vernácula tiene su raíz en el modo en que construían los indígenas. Si bien es cierto que esa población hoy constituye minoría –solo representa el 7 % de la población del país–, son la mayor fuente de tradición y cultura. Mantienen sus valores culturales, lengua, modos de vida, sustento económico, formas de trabajo, agrupaciones familiares y características de vivienda que responden a parámetros como el clima y su entorno (Yépez, 2012). Este criterio resulta particularmente interesante porque pondera la impronta indígena en la vivienda vernácula ecuatoriana, tema al que ya se hizo referencia. Por otra parte, este autor se acerca a aspectos que trascienden el marco físico al referirse a “valores culturales, lengua, modos de vida”; de manera que, se adentra en los predios del patrimonio intangible inserto en lo vernáculo, tema que nos resulta de particular interés.

De acuerdo con el *Glosario de arquitectura* publicado por el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador (2010), se trata de construcciones en las que se emplean materiales naturales propios de la zona donde se fabrica⁵⁹ y técnicas de edificación local, asociadas a lo doméstico, a lo autóctono; práctica no científica, basada en el conocimiento empírico transmitido de generación en generación que adquiere carácter patrimonial por su valor de identidad (Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, 2010).

⁵⁹ Utilizan tierra, piedra, cal, madera, carrizo, suro, chahuarquero, paja de páramo, cabestros, vértabras de res, cabuya o materiales artesanalmente procesados.

Finalmente, resulta esencial el criterio aparecido en los documentos internacionales, en especial, en la Carta del Patrimonio Vernáculo Construido de 1999 en la que se plantea que comprende la vivienda y otras edificaciones fruto de la participación comunitaria; mantiene sistemas constructivos resultado de los recursos disponibles y utiliza tecnologías producto del conocimiento colectivo (ICOMOS, 1999).⁶⁰

Estas dos últimas definiciones resultan abarcadoras y tienen en cuenta los elementos esenciales de este tipo de edificación: materiales, mano de obra, tecnología y relación con el entorno. Empero, aunque refiere aspectos que pertenecen al dominio del patrimonio intangible como “conocimiento empírico transmitido de generación en generación” o “conocimiento colectivo” en materia de construcción y, reconoce el “valor de identidad” que la hace merecedora de ese “carácter patrimonial”, se considera necesario hacer algunas precisiones.

De acuerdo con las definiciones manejadas en esta investigación, los autores coinciden en que se trata de edificaciones erigidas espontáneamente, de manera empírica, mediante el uso de materiales propios del medio y resultado de un largo proceso de aprendizaje de los miembros de un grupo humano. Sin embargo, estos ponderan la arista tangible del fenómeno en detrimento de lo intangible, del cual solo se tiene en cuenta esa experiencia en materia de construcción que se traduce en una sabiduría enseñada y aprendida a partir de la transmisión oral de una generación a otra, fijada a través de la práctica vivencial al ser partícipes del proceso constructivo o, ejecución de obras, con el apoyo de parientes y vecinos.

Ante el imperativo de estudiar la vivienda vernácula de Chalguayacu, se considera pertinente ofrecer una definición que se adecue al marco

⁶⁰ ICOMOS, del inglés International Council on Monuments and Sites. Es el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios; asociación civil no gubernamental radicada en París y ligada a la ONU a través de la UNESCO.

espacial seleccionado. Esta comunidad agrícola, habitada por una población, en su mayoría afroecuatoriana, es matizada por un rico patrimonio intangible evidente en manifestaciones que la distinguen dentro del panorama nacional, aspecto que debe ser tenido en consideración al definir un concepto que opere en la investigación.

En el marco de esta pesquisa se entiende como vivienda vernácula aquella que, de manera empírica, diseña y construye el hombre - dedicado al cultivo de la tierra - con materiales propios de su medio y tecnología resultado del conocimiento individual y colectivo para satisfacer sus necesidades y que deviene espacio para el despliegue de sus expresiones artístico-culturales ancestrales. Son esas expresiones del patrimonio intangible las que hacen que la vivienda vernácula adquiera “carácter patrimonial por su valor de identidad” tal y como se expresa en el *Glosario de arquitectura* (Instituto Nacional de Patrimonio, 2010), porque “[...] la presencia humana modifica los significados de los espacios [...], las actividades realizadas por los grupos humanos se enmarcan en determinados espacios y se relacionan con sus características, de ahí la importancia otorgada al patrimonio intangible como aspecto inseparable de la identidad de un sitio [...]” (Cárdenas, 2015, p. 174). El no haber tenido en cuenta la arista inmaterial asociada a la vida del hombre que habita esas viviendas constituye, a juicio de los autores de este libro, la principal limitación de las definiciones encontradas.

La vivienda vernácula interactúa con el medio natural, construido y comunitario, que forma parte de la herencia cultural; como sostén emocional cohesionada a las familias bajo el gran influjo de sus actividades económicas y comunitarias (Sánchez, 2006).

El concepto propuesto nace de la necesidad de contar con un sustento para afrontar la tarea investigativa, a partir de una noción en la que lo intangible está comprendido dentro de lo vernáculo. Por lo tanto, no

hay cabida a escisiones entre lo material y lo espiritual en un contexto en el que ambos están indisolublemente ligados e involucrados en la construcción de la identidad, entendida esta como conjunto de valores que funcionan cual elementos cohesionadores dentro de un grupo social, fomentando el sentido de pertenencia que los identifica dentro de la diversidad.

Se trata de una arquitectura en la que se utilizan materiales locales y es generada de manera espontánea. En su ejecución no interviene la mano de un arquitecto, sino que es el resultado del trabajo colectivo liderado por una o varias personas que conocen de un oficio aprendido y aprehendido, sabiduría empírica heredada de sus predecesores. Quienes habitan estas casas se dedican, en su mayoría, a la actividad agrícola, aunque tienen otras vías de ingreso como el comercio, sin abandonar la práctica de sus expresiones artístico-culturales ancestrales en ese mismo marco.

2.2 Lo inmaterial como parte de lo vernáculo

La insistencia en la necesidad de elaborar un concepto que se adecue a las demandas de esta investigación, derivada del reconocimiento de la impronta del patrimonio intangible como parte de lo vernáculo y, por tanto, fundamental para la realización de un estudio integral de ejemplares de esa naturaleza, como los ubicados en Chalguayacu, condujo a la relectura de los documentos de la UNESCO, rectores de todo estudio relacionado con los bienes patrimoniales.

En estos, en primera instancia, se defiende la existencia de un estrecho vínculo entre lo material y lo inmaterial, en todos los ámbitos, a raíz de la evolución de pensamiento que ha tenido lugar. La concepción de patrimonio y de lo patrimonial no se limita solo a los hechos del pasado y a lo monumental, sino que incluye aspectos de la vida cotidiana de

la comunidad donde se crea; los sucesos que, protagonizados por el hombre, revitalizan la memoria colectiva, de ahí la nueva dimensión que alcanza en la conformación de un todo orgánico. El primer logro es, justamente, que se interese por resguardar las construcciones rurales, tradicionales o vernáculas.

En la Carta de Venecia (ICOMOS, 1964), se amplía la noción de monumento histórico al comprender tanto la creación arquitectónica aislada, como el ambiente urbano o paisajístico que sea expresión de una determinada civilización, de una evolución significativa o de un acontecimiento. Este criterio se ha de aplicar no solo a los grandes edificios, sino también a “las obras modestas, que han adquirido con el tiempo una significación cultural” (ICOMOS, 1965).⁶¹ Es desde esta perspectiva que deben ser enfocadas las que constituyen objeto de esta investigación, como espacio de utilidad al servir de habitación a sus moradores, quienes, en el acto de habitar, le imprimen o la dotan de un nuevo significado.

Por esta razón se sugirió, en el seno de la UNESCO (1972), atribuir al patrimonio cultural y natural una función en la vida colectiva e incluir su protección en los programas de planificación general, a partir del criterio de que el patrimonio adquiere sentido si forma parte de la vida en comunidad. Es decir, si tiene lugar una apropiación colectiva del bien y sus valores; así como la participación de las posibilidades sociales y económicas que con ellos se asocian, al ser revertidas en un mejoramiento de la calidad de vida de sus habitantes.

Este enfoque se fortalece cuando se proclama que los conjuntos de los pueblos tradicionales en su entorno natural o construido deben valorarse de igual forma que obras grandilocuentes de la arquitectura y se propone una mirada integradora en las evaluaciones (UNESCO, 1975).

⁶¹ En varios de sus artículos, la Carta de Venecia (ICOMOS, 1964) pone énfasis en la necesidad de conservar las construcciones de cualquier carácter.

De modo que, hay una evidente reorientación en la forma de entender y concebir el patrimonio que es reforzada por la Carta del Habitar, al tener en cuenta la dimensión urbana, cultural e inmaterial (Unión Internacional de Arquitectos, 1975) y, a tono con este criterio, se considera que cada conjunto y su medio deberán considerarse globalmente como un todo coherente (UNESCO, 1976).

En este trabajo se apuesta por la imbricación de elementos relacionados con la vida cotidiana y la vivienda como espacio de interacción. El patrimonio construido es examinado e inserto en un sistema de relaciones sustentado en el criterio de que “el patrimonio cultural es la totalidad dinámica y viva de la creación del hombre” (UNESCO, 1982), noción que admite tanto lo material como lo inmaterial.

Esta nueva idea es reforzada cuando se declara que: “Todos los conjuntos urbanos del mundo, al ser el resultado de un proceso gradual de desarrollo más o menos espontáneo, o de un proyecto deliberado, son la expresión material de la diversidad de las sociedades a lo largo de la historia” (ICOMOS, 1987), de cuyo análisis emerge la necesidad de considerar todo tipo de poblaciones -ciudades, villas, pueblos-y, concretamente, los cascos, centros, barrios, barriadas, arrabales u otras zonas que posean dicho carácter con su entorno, ya sea natural o hecho por el hombre. Se trata, una vez más, el tema de los valores a conservar haciendo énfasis en el carácter histórico de la población y todos aquellos elementos materiales y espirituales que determinan su imagen.

En este marco, la vivienda vernácula adquirió importancia para el estudio de las manifestaciones arquitectónicas tradicionales. A ella se dedican varios documentos internacionales que la contemplan dentro del patrimonio. Es concebida como resultado de un acto constructivo ancestral; con ello, se asume todo el conjunto de mediaciones etnológicas y valores intangibles implícitos al ser entendida como

producto de un sujeto en un contexto o situación determinada, y en un espacio histórico-cultural específico. Estos componentes textuales determinan el uso y significado, de ahí que se exhorte a la identificación del patrimonio rural sobre una base interdisciplinaria que abarque las características arquitectónicas y artísticas, así como los factores geográficos, históricos, económicos, sociales y etnológicos. Para ello se debe aplicar la legislación existente que protege jurídicamente los elementos más representativos del patrimonio edificado: monumentos, conjuntos arquitectónicos y sitios.

Se sugiere, además, la elaboración de estrategias para la protección y puesta en valor del patrimonio edificado y natural que incorpore aspectos del patrimonio rural; así como promover una arquitectura local contemporánea basada en el conocimiento y el espíritu de las edificaciones tradicionales. El patrimonio arquitectónico rural constituye la clave para la identidad de los pueblos, el progreso socioeconómico y la promoción de una pedagogía. Su puesta en valor es esencial para el desarrollo local (ICOMOS, 1989).

Resulta muy importante para esta investigación, la Recomendación sobre la Salvaguardia de la Cultura Tradicional y Popular (ICOMOS, 1989a), considerada esta como parte del patrimonio, al ser un medio de acercamiento entre los pueblos y grupos sociales existentes y de reafirmación de su identidad cultural.⁶² Se aboga por su conservación como una forma de respeto al derecho de cada pueblo sobre su cultura. Se hace evidente, desde entonces, que se precisa de una lectura transversal del patrimonio. Esta mirada devino en propuesta esencial del Docu-

⁶² Se define como “[...] el conjunto de creaciones que emanan de una comunidad cultural fundadas en la tradición, expresadas por un grupo o por individuos y que reconocidamente responden a las expectativas de la comunidad en cuanto expresión de su identidad cultural y social; las normas y los valores que se transmiten oralmente, por imitación o de otras maneras. Sus formas comprenden, entre otras, la lengua, la literatura, la música, la danza, los juegos, la mitología, los ritos, las costumbres, la artesanía, la arquitectura y otras artes” (ICOMOS, 1989a).

mento de Nara (ICOMOS, 1994)⁶³ a partir de la cual irrumpió una visión intercultural de los bienes patrimoniales y de los valores en ellos representados. En consecuencia, la Carta de Burra (ICOMOS, 1998), como documento aclaratorio, proporcionó una guía para la conservación y gestión de los sitios de significación cultural, documento que se aplica a todo tipo de sitios –naturales, indígenas e históricos–, de manera que la vivienda vernácula y todo lo que ella encierra queda a salvo.⁶⁴

Cualquier intento de exclusión es segado con la ratificación de la Carta del Patrimonio Vernáculo Construido (ICOMOS, 1999). A esta parte del patrimonio se le reconoce por ser “[...] aparentemente irregular y sin embargo ordenado [...], utilitario y al mismo tiempo posee interés y belleza [...]; la expresión fundamental de la identidad de una comunidad, de sus relaciones con el territorio y [...] expresión de la diversidad cultural del mundo” (ICOMOS, 1999). Se asume este tipo de bien como manifestación de una práctica arquitectónica íntimamente relacionada con el saber de determinada comunidad y está interconectada con las demás prácticas culturales que acontecen en el entorno que les sirve de base.

Si se parte del criterio de que el patrimonio vernáculo construido constituye el modo natural y tradicional en que las comunidades han producido su propio hábitat, forma parte de un proceso continuo que incluye cambios necesarios y la adaptación como respuesta a requerimientos sociales y ambientales (ICOMOS, 1999), las viviendas de Chalguayacu

⁶³ En este documento se plantea que: “La diversidad del patrimonio cultural existe en el tiempo y en el espacio, y requiere respeto para las otras culturas y para todos los aspectos de sus sistemas de creencias. Cuando los valores culturales parecen estar en conflicto, el respeto por la diversidad cultural exige el reconocimiento de la legitimidad de los valores culturales de todas las partes” (ICOMOS, 1994).

⁶⁴ La Carta de Burra se sustenta en el criterio de que la conservación es una responsabilidad y parte integrante de la gestión de los sitios de significación cultural. Aboga por una cautelosa aproximación a los cambios -darles utilidad pero transformarlos lo menos posible-. Para los propósitos de esta Carta, la conservación implica el cuidado de un sitio para mantener su significación cultural.

podrían ser consideradas como parte del mismo, pues, además de haber sido generadas de manera natural y espontánea sobre la base de una tradición, son el resultado de un largo proceso en el cual, en correspondencia con las circunstancias económicas, sociales y ecológicas, han evolucionado.⁶⁵

Algunos de sus ejemplares están en franco estado de deterioro,⁶⁶ situación que no debe ser óbice para que se abogue por la preservación de este conjunto de viviendas, pues la concepción de patrimonio arquitectónico, de acuerdo con los documentos de ICOMOS, admite hasta las ruinas de una edificación o sitio, siempre y cuando estos hayan adquirido un valor que trascienda el que se le atribuyó originalmente; aunque este sea solo emocional.⁶⁷ Asociada al patrimonio arquitectónico aparece la noción de monumento, que es flexible al considerar como tal “un sitio rural que nos ofrece el testimonio de una [...] fase representativa de la evolución o progreso [...]” (ICOMOS, 1999). Esto indica que la fundamentación de los valores de un determinado sitio pudiera conducir a su declaratoria como monumento local y garantizaría, de este modo, su protección desde lo legal.

Estas construcciones se enmarcarían en lo que se entiende como patrimonio material;⁶⁸ en este caso, se trata de bienes inmuebles que por

⁶⁵ Si se asume la propuesta de clasificación de los bienes inmuebles en monumentos, conjuntos y lugares, las viviendas vernáculas de Chalguayacu podrían ser ubicadas dentro de los conjuntos de casas por ser grupos de construcciones aisladas o reunidas cuya arquitectura se integra al paisaje y tienen un valor especial para sus habitantes (UNESCO, 1972). Esta tipología pudiera ajustarse a la comunidad rural de Chalguayacu, pues hace mención expresa a la integración del paisaje y el reconocimiento de sus valores inherentes. El hombre es un receptor espontáneo de los múltiples y variados estímulos provenientes del lugar que habita.

⁶⁶ Sería pertinente la ejecución de algún proyecto que permita su recuperación y rescate.

⁶⁷ Significa que “sin ellas el entorno donde se ubican dejaría de ser lo que es” y el término entorno es muy abarcador, trasciende lo físico. Habría que agregar el representacional, sensorial, visual, espacial, entre otros.

⁶⁸ El patrimonio material es concebido como el conjunto de manifestaciones tangibles que han perdurado en el tiempo, que son herencia de las generaciones pasadas y motivo de estudio, análisis y disfrute, por su belleza artística o por su contenido histórico cultural; comprende, los bienes arqueológicos, documentales, muebles e inmuebles (Convención de la UNESCO sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural, 1972).

sus valores intrínsecos adquieren connotación para una comunidad determinada. El solo hecho de servir como domicilio le otorga un valor funcional, pero puede tener otros agregados, a los cuales habría que añadir la relación estrecha que se establece entre este y el patrimonio intangible, ya que “los bienes materiales o tangibles [...] no adquieren su verdadero sentido sino a través del enfoque de valores inmateriales, esta dimensión oral e inmaterial prevalece en torno al discurso sobre un ‘bien cultural’, lo identifica, lo ubica dentro de su cultura” (Díaz, 2010, p.14). Puede que su expresión sea difícil de percibir –es psicológica y sociológica–, tiene que ver con el modo de ser y actuar de los miembros de una comunidad, con la forma en que estos usan el espacio físico (plazas, parques, ciudades y sitios), soporte material de sus tradiciones; estos llegan a ser signo y símbolo de un país, porque lo identifican, y ratifican su identidad (Díaz, 2010).

El patrimonio inmaterial comprende los usos, representaciones, conocimientos, técnicas, tradiciones o expresiones vivas heredadas de los antepasados que tienen un valor simbólico para la comunidad y que son transmitidas de generación en generación,⁶⁹ por lo que, en la adecuada interpretación de un bien tangible es preciso tener en cuenta las expresiones intangibles que en él se concretan o tienen lugar. Por esta razón, para comprender lo que significa la vivienda vernácula de Chalguayacu, hay que analizarla asociada a las manifestaciones culturales que allí se despliegan. Es en ese espacio doméstico y comunitario donde toda una serie de expresiones de la identidad afrochoteña tiene lugar. Al mismo tiempo, para entender esas tradiciones hay que ubicarlas en su contexto.

⁶⁹ Entre ellas se encuentran las tradiciones y expresiones orales –mitos, leyendas, cuentos, plegarias, expresiones literarias–; artes del espectáculo –danza, música, teatro, juegos y otras expresiones vinculadas a espacios rituales o cotidianos, públicos y privados–; usos sociales, rituales y actos festivos como celebraciones religiosas y profanas, ritualidades asociadas al ciclo vital de grupos e individuos; conocimientos y usos relacionados con la naturaleza y el universo –gastronomía, medicina tradicional, espacios simbólicos, técnicas productivas y sabiduría ecológica, entre otros–; técnicas artesanales tradicionales –técnicas artesanales y constructivas tradicionales y su dinamismo (UNESCO, 2003).

Por lo anteriormente explicado, a pesar de que el objeto de este estudio es la vivienda vernácula, no se establece una barrera entre el patrimonio tangible y el intangible, sino que se interpreta a partir de una relación indisoluble, necesaria y objetiva que se evidencia en la vida de los habitantes de esta comunidad. Desde esta perspectiva, las expresiones de lo inmaterial –prácticas, representaciones, conocimientos y habilidades– del mismo modo que los instrumentos, objetos y artefactos reconocidos por colectividades como parte de su patrimonio cultural, habitan la vivienda vernácula por lo que, en un estudio sobre esta última, deben ser tomados en cuenta.⁷⁰ La valoración de los bienes culturales, tangibles e intangibles, es indispensable para la supervivencia de la memoria social y de la identidad de una nación.

2.3 La elección de un método

En este trabajo se caracteriza la vivienda vernácula como resultado tangible de las manifestaciones culturales de un pueblo que se ha arraigado a un territorio, que acude a procedimientos y uso de los recursos materiales disponibles, rasgo inherente a los asentamientos vernáculos.

Este interés conllevó a la revisión de fuentes bibliográficas que permitieran establecer los pasos a seguir. Los textos sobre arquitectura vernácula consultados no manifiestan una voluntad de establecer, desde el punto de vista metodológico, las pautas para afrontar estudios de esta índole, lo cual devino una dificultad. Teniendo en cuenta la naturaleza y ubicación del objeto, fueron examinados textos sobre historia, arquitectura y arte latinoamericanos; tanto los que analizan el panorama más contemporá-

⁷⁰ El patrimonio cultural intangible se expresa, entre otros, en los siguientes ámbitos: las tradiciones y expresiones orales, incluyendo el lenguaje como el vehículo del patrimonio cultural intangible; las artes escénicas (como la música, la danza y el teatro); las prácticas sociales, los rituales y los acontecimientos festivos; el conocimiento y las prácticas relativas a la naturaleza y al universo, y las artesanías tradicionales (UNESCO, 2003).

neo como los que hurgan en el pasado; allí se encuentra el origen de una tradición en materia constructiva que persiste en la actualidad.

En los libros dedicados al estudio de la América precolombina o al arte prehispánico, ya sean de Historia o de Historia del Arte, se ofrece una visión general de la arquitectura, a veces fragmentada, y se enfatiza en el repertorio oficial. En el caso del área cultural andina es privilegiada la arquitectura pétreo de los Incas, no así la vivienda de los agricultores que sostenían el Imperio; ejemplo de ello son los libros de Trimborn (1965) y Disselhoff (1954).

Otros textos más recientes como el de Sonderegger y Punta (2004), no superan esa limitación. Sin embargo, estos autores hacen referencia a muchos aspectos de la vida y costumbres de los pueblos; es lamentable que no se articule con el análisis de los inmuebles. Estos son materiales de obligada consulta porque el estudio del pasado permite comprender la génesis y evolución de problemáticas que resultan hoy de interés, tal es el caso del uso de materiales y técnicas constructivas determinadas.

Otros autores ubican el objeto de estudio en épocas recientes. Gutiérrez (1983), dedica algunas páginas a “la arquitectura contemporánea 1930-1980”. En este capítulo se referencia la continuidad ecléctica e impronta del racionalismo en las ciudades y lo denominado por el autor como “el último ciclo de la arquitectura americana (1950-1980)” pero no se alude al tipo que resulta objeto de este trabajo en ese marco temporal. De especial interés resulta el capítulo “La arquitectura rural americana”; si bien la población ecuatoriana queda fuera del análisis al elegir como muestra caseríos de valles colombianos, fincas de la sierra cuzqueña, fundos chilenos, estancias argentinas y plantaciones brasileñas, el autor reconoce que “este es uno de los temas menos estudiados en el contexto de la arquitectura americana” (Gutiérrez, 1983, p. 321), lo cual indica la pertinencia de tales investigaciones. El autor señala, como uno de sus rasgos

esenciales, el estrecho vínculo entre las características del medio físico y las formas de producción que regirían la estructura espacial y sociocultural (Gutiérrez, 1983); este criterio se ajusta a la comunidad de Chalguayacu. Roberto Segre (1983) dedica un capítulo a la arquitectura rural; enfatiza en la importancia de homogeneizar las soluciones de este hábitat en el continente americano, teniendo en cuenta las diferencias condicionadas por las tradiciones culturales, los materiales, la ecología, lo cual incide en la asunción de determinados tipos en materia de vivienda. Pondera el factor económico en la proyección de la tipología. Por su parte, Gasparini y Margolies (1986) ponen especial atención al tema de la arquitectura popular; en su trabajo logran desentrañar el origen del tipo de vivienda asumida en Venezuela, la cual tiene puntos de contacto con la que es objeto de este tratado.

Lógicamente, fueron consultados materiales que se refieren a la arquitectura vernácula ecuatoriana para conocer cómo se ha estudiado el tema y constatar si existe algún modelo establecido para analizar la tipología. Estas lecturas contribuyeron a determinar las variables y subvariables a tener en cuenta en el análisis.

Entre estos textos sobresalen el de Arrata (2014), quien expone la situación actual de la vivienda vernácula andina; sus interesantes valoraciones evidencian un compromiso y la convicción de que es preciso trazar estrategias que permitan su salvaguarda. Sin embargo, no examina la tipología ni el funcionamiento de la vivienda como sistema, solo refiere aspectos relacionados con el vínculo entre esta y el medio ambiente a propósito de su inserción en el paisaje y los materiales empleados en su ejecución.

Por su parte, Saravino (2011), sustenta la existencia de una distribución arquitectónica de manera territorial consecuente con las concepciones de cada sitio, lo cual permite establecer clasificaciones; refiere las que, a

su juicio, constituyen peculiaridades de la vivienda vernácula y pondera el sedimento indígena. Su principal limitación radica en que, al no explicar qué entiende por tipología, fragmenta el análisis. Aspectos como diseño, materiales, funciones, espacio público y privado son examinados como independientes de la tipología o fuera de ella. No concibe la vivienda como un sistema.

Yépez (2012) intenta definir los rasgos distintivos de la vivienda vernácula en cada una de las regiones del país. Ofrece una detallada y graficada explicación de las técnicas constructivas más utilizadas; sin embargo, no tiene en cuenta aspectos de índole formal ni funcional en el análisis de la tipología. No trata su comportamiento en las cuatro regiones de manera homogénea ni con el mismo nivel de profundidad. Hace énfasis en la vivienda vernácula de la serranía que, debido a la altitud, difiere de las otras regiones, pero no refiere su distribución espacial ni el funcionamiento de los espacios; solo se limita a lo técnico-constructivo.

En *La hora* (2015) se publicó el texto “Saraguros mantienen sus viviendas tradicionales”, a propósito de la presencia de esta tipología en la comunidad homónima, situada al noreste de la provincia de Loja. Resulta una descripción de los rasgos esenciales de estos inmuebles –materiales empleados, principales espacios y funciones, relación con el medio, mano de obra utilizada, etc.–. Sin embargo, es lastrado por su brevedad y falta de rigor científico.

Superior es el análisis realizado por Sandoval, Machuca, y Cedeño (2014), acerca de la arquitectura de Manabí, provincia ubicada en la región costera. Los autores ofrecen una descripción detallada de la vivienda campesina manabita ilustrada con fotos y gráficos, de utilidad para esta investigación porque permite visualizar otros tipos y establecer puntos de contacto y diferencias. En cambio, este trabajo no refiere

aspectos del patrimonio intangible que propicien la comprensión de la vivienda como un todo orgánico.

Los textos consultados acerca de la vivienda vernácula ecuatoriana resultan generales. Los autores centran su atención en las técnicas constructivas utilizadas y, a partir de ese criterio, las clasifican en: viviendas de adobe, viviendas de tapial, viviendas de bahareque y viviendas de piedra. No se manifiesta interés por el estudio de la casa desde una perspectiva en la que puedan valorarse otros aspectos de índole formal, espacial y funcional que también deben intervenir en una definición de esta naturaleza y, sobre todo, el papel del individuo que vive en ella. Por otra parte, no se palpa una intención de orientar la labor analítica a propósito de la vivienda vernácula; razón por la cual, fue preciso revisar el quehacer de historiadores y teóricos de la arquitectura con vistas a encontrar un modo de enfocar su estudio.

En la historiografía de la arquitectura han sido varios los autores que se han acercado al hecho arquitectónico y diversas las posturas de asumirlo. Sigfried Giedion (1968), por ejemplo, se interesa por aspectos tecnológicos y su influencia en la evolución de la arquitectura; por su parte, Bruno Zevi (1951, 1972), pondera en su método de análisis lo relacionado con el espacio. Más generalizadora es la visión ofrecida por Leonardo Benévolo (1972), quien tiene en cuenta condicionantes socioculturales y enaltece los aportes de sus predecesores, comparte o no sus planteos sin desdeñar opiniones vertidas por sus contemporáneos.

Otra mirada es la ofrecida por Enrico Tedeshi (1972), defensor del método histórico, quien hace énfasis en tres aspectos al afrontar las investigaciones sobre arquitectura: la naturaleza -características del terreno, vegetación, clima; la sociedad -uso físico, psicológico y social de la construcción, condiciones técnicas y económicas del momento en que se realiza- y el arte -la forma vista a partir del espacio, la

plástica y la escala-. Por su parte, Robert Venturi (1978) y Aldo Rossi (1982), consideran la arquitectura como un fenómeno complejo y resaltan la importancia de la relación que se establece entre el sitio o lugar y las edificaciones que allí se erigen. La misma línea de pensamiento es seguida por Kenneth Frampton (1990), quien concede importancia decisiva a las condicionantes locales y el modo en que las obras responden a estas.

Enrique Browne (1988) es una de las figuras más destacadas en el ámbito latinoamericano. Este autor señala como constantes indisolubles en el progreso de la arquitectura de la región el espíritu de la época y del lugar. Al analizar la obra, otorga vital importancia al reconocimiento de las peculiaridades del marco geográfico y cultural de cada sitio.

Otro criterio interesante es el sostenido por Manuel Sánchez de Carmoña (1998), quien considera la forma arquitectónica como consecuencia de varias intencionalidades, constituidas como una red de relaciones imposibles de separar. Propone una guía para el análisis de la forma en arquitectura a partir de aspectos como condiciones del lugar de ubicación, materiales y tecnología; sistema de ordenamiento y voluntad expresiva.

Más completa y actualizada resulta la propuesta de metodología para el análisis crítico hecha por la cubana Eliana Cárdenas (1998). Esta sintetiza los aportes realizados por otros autores de la teoría, historia y crítica de la arquitectura, desde los tratadistas hasta los más contemporáneos, pero le otorga gran importancia a los factores que condicionan y determinan el hecho arquitectónico. Su metodología se sustenta en el análisis histórico de la teoría y los métodos para el estudio de la arquitectura en el contexto, tanto nacional como internacional, aplicable a las obras, independiente de su naturaleza. Este es asumido por su pertinencia y dada la ausencia de métodos concebidos, en específico, para el estudio de la arquitectura vernácula.

El análisis, comprensión e interpretación de la arquitectura, presupone concebirla en su desarrollo histórico concreto, situada en espacio y tiempo, razón por la cual en su comportamiento inciden, de manera decisiva, los factores sociales y el contexto físico. Forma parte de la base técnico material de la sociedad y es considerada como un fenómeno cultural, de ahí su carácter eminentemente social (Cárdenas, 1998, p. 180).

La propuesta de Eliana Cárdenas (1998) parte de la concepción materialista de la historia, al considerar el principio de los factores condicionantes y la arquitectura vista como un sistema, de manera que pueden establecerse diferentes niveles de comprensión entre el todo y las partes. Plantea la necesidad de respetar aspectos que caracterizan el proceso de conformación de la arquitectura; dígase, el análisis de la realidad del contexto, caracterización de las necesidades, definición de los criterios rectores de diseño, propuestas de diseño, realización del proyecto, proceso constructivo y evaluación en el uso.

El comportamiento de estos aspectos varía de acuerdo con las especificidades; por ejemplo, en el caso de la arquitectura vernácula, no existe la figura del diseñador ni propuestas de diseño en el sentido tácito. El proceso es regido por un individuo con nociones de construcción que es seguido por un grupo de personas quienes tienen a su cargo la ejecución de la propuesta; es decir, el proceso productivo. Sin embargo, es fundamental considerar la realidad contextual así como la evaluación del uso inherente a toda obra.⁷¹ Uno de los objetivos fundamentales de esta evaluación es determinar los valores de la obra arquitectónica a partir de sus significados. Estos valores se resumen en: valor social –en tanto da respuesta a necesidades concretas–, valor cultural –deriva de la trascendencia de la obra en el ámbito arquitectónico– y valor históri-

⁷¹ Esta evaluación del uso se produce a través de la valoración que hace la comunidad usuaria y la que se genera por parte de la crítica especializada.

co -por ser representativa de una época o suceso (Cárdenas, 1998, pp. 186-187).

Eliana Cárdenas (1998) propone la realización de un análisis a partir de las formas concreto-visibles con el concurso de la semiología, los estudios tipológicos y la axiología, con vistas a lograr una articulación coherente de lo general a lo particular, que permita definir los valores de la arquitectura objeto de estudio.

En esta investigación se tuvo en cuenta la propuesta de esta autora, pero, tal y como ella sugiere, se realizan formulaciones metódicas específicas acordes con las particularidades del objeto, definiendo las variables y subvariables válidas para afrontar el análisis de la tipología. Las variables que rigen el proceso de investigación son las siguientes:

- **Emplazamiento y relación con el contexto:** se refiere a la topografía, peculiaridades del acceso, características de la parcela, inserción en el paisaje e incidencia formal de todos estos aspectos.

- **Solución planimétrico-espacial:** comprende el análisis de la configuración de la planimetría y de los espacios de la edificación como respuesta formal y las relaciones funcionales derivadas de esta -el vínculo entre la configuración de los espacios y el modo de vida de sus moradores.

- **Solución volumétrico-formal:** tiene en cuenta los criterios de composición de los volúmenes y de la fachada principal del inmueble; así como las respuestas formales evidentes en ellos.

- **Solución técnico-constructiva:** considera las soluciones técnico-constructivas generales y materiales empleados en la cimentación, estructura, muros y cubierta; los elementos de carpintería y los rasgos formales exhibidos en la terminación de las superficies.

Estos son los aspectos que se desarrollan para el análisis de la vivienda vernácula como representativa del patrimonio tangible, pero se examina el vínculo con otros elementos culturales, especialmente los del patrimonio intangible que distinguen la comunidad; razón por la cual se hace referencia a expresiones musicales y dancísticas, el vestido, la gastronomía, mitos, creencias, costumbres y tradiciones que tienen lugar en los predios hogareños y más allá de él. De ahí que se pondere la calle como área de interacción cultural y resulte esencial el emplazamiento del inmueble.

Por su importancia en la definición de la arquitectura, se han seleccionado estas variables para el análisis de la tipología. Se ha tenido en cuenta el vínculo que se establece entre la obra, como un todo, y sus partes, en relación con el contexto físico-temporal y el comportamiento funcional. Por otra parte, el estudio de la vivienda vernácula a partir de la articulación de las variables ya referidas, aporta criterios para dilucidar la significación de esta arquitectura que, como se ha planteado, trasciende los límites de lo tangible.

Este procedimiento responde, en el plano teórico, a que se entiende por tipología un concepto más amplio que el tipo y, un campo académico aplicable a diferentes escalas que puede ser explicado mediante disímiles categorías de análisis, enfocadas a problemas generales y específicos. A partir de este criterio, se han definido las siguientes categorías para clasificar las edificaciones: funcionales, formales, constructivas y de emplazamiento (Pevsner, 1980). De modo que, la concepción del análisis tipológico a partir de las variables ya explicadas se corresponde con las categorías establecidas para estos fines.

Teniendo en cuenta que lo referente al manejo de conceptos como tipo y tipología ha generado controversias en el ámbito de los estudios sobre arquitectura, es válido aclarar que entendemos por tipo el esquema ideal, representativo de todas las características comunes a los edificios de un grupo (Cárdenas, 1989, p.61); se trata entonces de “un esquema lógico

de organización interna de la realidad de un objeto arquitectónico en sus diferentes niveles, que se repite en una serie de objetos arquitectónicos de la misma familia” (2000, p.70, citado por Soto, 2006, p. 18).

Por tipología puede entenderse, entonces, “la generalización del *tipo*, como un resultado del análisis de los elementos que se repiten dentro de ese conjunto de edificios que responden a un *tipo* dado” (Cárdenas, 1989, p.61).

De la misma manera,

[...] la definición de una tipología no es más que el resultado de un análisis de elementos o componentes arquitectónicos o urbanos en los cuales se repiten rasgos constantes o semejantes en forma, tamaño, proporción, distribución [...] que pueden corresponder a un repertorio temporal – de una época específica– o de un determinado sitio o tema arquitectónico (Cárdenas, 1989, p. 64).

De cualquier modo, el análisis tipológico permite, a partir de comparaciones sustentadas en la observación científica, determinar regularidades y singularidades entre los inmuebles que conforman la unidad de análisis, de ahí su eficacia como instrumento para esta investigación. Aunque se utilizan herramientas de las ciencias técnicas, este se concibe desde la historia del arte con la intención de lograr un examen integral del inmueble.

El inventario realizado por el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador (2010), actualizado durante el trabajo de campo, aporta información en torno al comportamiento de las plantas, fachadas, cubiertas y pisos; además de los elementos componentes de la arquitectura, tales como, los de carpintería y herrería. También se consideran las técnicas y el sistema constructivo utilizado en la concepción de los inmuebles y algunos rasgos asociados a la naturaleza de los materiales -color, textura y efectos de claroscuro-.⁷²

⁷² Se toma como referencia los trabajos de Diana María Cruz Hernández (2003, 2015).

El modo de vida de los habitantes de Chalguayacu incide en la concepción de su vivienda vernácula; condiciona de algún modo la distribución de los espacios y sus funciones. La conducta recelosa de su gente hace que la vida se vuelque hacia adentro; es asunto solo de la familia, pero en ocasiones especiales –un festejo, caso de enfermedad o de muerte– aunque se elijan los espacios menos íntimos como la sala, cocina o los patios, puede que sean más flexibles con el acceso. Sin embargo, salen y se manifiestan hacia el exterior; actitud que se evidencia en la vida diaria, en la preferencia por permanecer, en grupo, sentados frente a la casa y por irrumpir en las áreas exteriores para hacer música y bailar (Figura 22).



Figura 22. Habitantes al frente de su casa ejerciendo un oficio, 2017.

Para comprender este trabajo es preciso tener en cuenta que se trata de la arquitectura concebida como la primera de las artes y la más vinculada a la vida del hombre. En este caso, es asumida como “[...] la técnica o el arte de proyectar, construir y transformar el entorno vital de un grupo social [...], el concepto de arte habrá de tomarse muchas veces, más como

habilidad o acierto que como arte propiamente dicho” (Flores, citado por Sánchez, 1983, p. 2). La belleza de estas construcciones no es producto de un estudio previo, sino heredada por tradición; del acto de construir derivará un efecto plástico y tendrán lugar soluciones, inesperadas o sorprendentes a veces, como consecuencia de una actitud desprejuiciada y basada en premisas funcionales.

En este tipo de construcción toda propuesta formal tiene como base el predominio de lo utilitario; su carácter funcional ha servido de lección a otros artífices por el tratamiento de aspectos compositivos como el equilibrio entre forma y función, la limpieza en la construcción a base de configuraciones cúbicas, la pureza y sencillez de sus volúmenes. La ausencia de estilos históricos al no ser objeto de especulación ni ejercicio de diseño; es la arquitectura del sentido común, de carácter existencialista e intemporal (Sánchez, 1983).

A lo anterior pudiera agregarse el aprovechamiento de las potencialidades del material, la ubicación de los elementos de acuerdo con la incidencia de la luz, la explotación de los rasgos de la volumetría y, finalmente, la conversión de los inmuebles y el entorno en el que se encuentran en escenario para otras manifestaciones. Se trata de una obra cuyo destinatario participa en mayor o menor escala.

Afirmar que la arquitectura vernácula solo obedece a un arraigo en terreno natural, sería sesgar la amplia orientación que posee habitar un sitio, recorrer el espacio y conformar lugares a lo largo del trayecto, a través de señales y huellas. Es aquí que la reflexión acerca del hábitat vernáculo se relaciona con la cotidianidad y la conformación de espacios por los propios habitantes, al crear vínculos con el medio natural; es así que se define un compromiso y una complicidad con lares habituales, es decir, un desarrollo de la vida a través de las señas que dejan sus autoconstructores.



A close-up photograph of a person's hands and feet working with a dark, fibrous material on a sandy ground. The person is wearing a yellow rubber boot on their left foot and a dark long-sleeved shirt. The background is blurred, showing some green grass and a wooden post. The text is overlaid on the image in a white serif font.

**III. La vivienda
vernácula de Chalguyacu.
Tipología y hábitat.**

III- LA VIVIENDA VERNÁCULA DE CHALGUAYACU. TIPOLOGÍA Y HÁBITAT

No existen estudios acerca del crecimiento de la comunidad de Chalguayacu. La observación del plano actual hace pensar que, en sus orígenes, no era muy dispersa o su trazado se fue corrigiendo. Hoy es bastante regular. Las calles se cortan perpendicularmente para conformar manzanas rectangulares -tiene alrededor de diez manzanas con esa forma-; las restantes son cortadas o interrumpidas, dada la misma morfología de un asentamiento que describe una V invertida. Esta regularidad del trazado, además de ser una posible herencia hispánica, pudiera estar asociada a la parcelación de la que fue objeto, en 1954, cuando sus tierras fueron repartidas. Chalguayacu está ubicada entre la quebrada y la vía asfaltada que se dirige a Pimampiro, inaugurada en 1975 (Figura 23).



Figura 23. Trazado de Chalguayacu. Archivo fotográfico de la UTN.

Es probable que los pobladores hayan procurado distanciarse de la quebrada al elegir el sitio donde emplazar sus viviendas, para evitar que fueran arrastradas por las crecientes. En el plano de la comunidad se puede ver la gran franja de tierra deshabitada que se extiende a todo lo largo de esta, de modo que los atisbos de crecimiento tienen lugar hacia el sureste, dirección hacia donde está obligada a crecer. Justo al centro se construyó un parque y, frente a él, una capilla destinada al culto católico.

Resulta de importancia tener un recinto en el cual desarrollar las prácticas religiosas; así lo asevera un habitante de Chalguayacu: “Cuando ya había algunas chozas en el caserío recién fundado, entre todos los moradores levantamos una capilla para tener donde celebrar misa y arreglar el altar del santo que iba a ser el patrono del caserío” (Comunicación personal de Eriberto Congo, citado por Naranjo, 2016, p.16)⁷³ (Figuras 24 y 25).



Figura 24. Parque de Chalguayacu, 2017.

⁷³ En la construcción de la capilla y el parque se utilizaron los mismos materiales que en la ejecución de viviendas; ambas obras fueron erigidas entre 1960 y 1970, según inventario. El santo patrono de Chalguayacu es San Francisco Javier, nacido en España en 1506. Fue ordenado sacerdote en Roma el año 1537 y se dedicó a obras de caridad. Durante diez años evangelizó en la India y Japón. Fue llamado “El gigante de la historia de las misiones” y el Papa Pío X lo nombró patrono oficial de las misiones extranjeras y de todas las obras relacionadas con la propagación de la fe. Murió en 1532 en la isla de Sanchón Sanción, a las puertas de China. Se dice que su cuerpo permaneció incorrupto (Acosta, Arias y Valladares, 2015, p. 1).



Figura 25. Capilla de Chalguayacu, 2017.

Para el siguiente análisis tipológico se utilizó la información ofrecida por el referido inventario de 2010; fue verificado por los autores de este libro durante el trabajo de campo, entre 2015 y 2017, y perfeccionado en el orden gráfico mediante la modelación, a partir de las variables de análisis establecidas. Sus resultados se resumen en la siguiente tabla.

Tabla 1. Resultados del inventario

RESUMEN DE INVENTARIO. Comunidad de Chalguayacu. Total de casas inventariadas: 20						
Niveles	De un nivel	16				
	De dos niveles	4				
Plantas	Rectangulares	15				
	En forma de ele	5				
Fachadas	Simple	13				
	De corredor	7	Corredor en fachada principal	1		
			Medio corredor en fachada principal	3		
			Corredor en fachada posterior	3		
Cubiertas	A dos aguas	6				
	A cuatro aguas	14				
	De tejas de barro	19				
	De zinc	1				
	Con falso techo	12	De madera	8	Incluye las 4 casas de dos niveles	
			Otros	4	2 de carrizo, 1 de bahareque y 1 de plástico	
Pisos	De cemento	9				
	De tierra	8				
	Otros	3	2 de cemento y baldosas y 1 de ladrillos			
Paredes de adobe y cimientos de piedra		20	Con enlucido	16		
			Con adobe a vista	4		
Elementos de carpintería de madera y metal	Puertas principales de madera	19	Lisas		9	
			De tablero		8	
			De tablas y tapajuntas		1	
			Lisas con decoración		1	
	Ventanas principales de madera	6	Lisas	2		
			De tablero	4		
	Puertas de metal	1				
Ventanas de metal	14					

3.1 Comportamiento de la vivienda vernácula

Este análisis fue concebido a partir de la arquitectura vista como una unidad compositiva (estructura unitaria y sinérgica) de partes –plantas, fachadas, cubiertas y pisos– y elementos componentes –carpintería y herrería–. Se trata de un sistema en el cual todas las partes están relacionadas y, en correspondencia con ellas, las funciones que se realizan. Además, se han tenido en cuenta las técnicas constructivas utilizadas y otros aspectos, ya referidos, que permiten tener una visión más completa de los inmuebles. Como se ha fundamentado, el análisis tipológico fue realizado a partir de las siguientes variables: emplazamiento y relación con el contexto, solución planimétrico-espacial, solución volumétrico-formal y solución técnico-constructiva.

3.1.1 Análisis de la vivienda a partir de las variables establecidas

Entre la comunidad y su tierra se establece un fuerte vínculo. Ella abastece de alimentos necesarios para la vida; proporciona un espacio real en el que se han desarrollado varias generaciones. La tierra aglutina pasado, presente y es garantía de futuro para un pueblo; es de propiedad colectiva y su valor esencial radica en lo que produce para el bienestar común, por tanto, su significado trasciende lo físico.⁷⁴

Históricamente, en el surgimiento de las comunidades ha sido esencial la elección del lugar; “emplazadas de forma agrupada o aislada, en torno a un programa de edificación [...] o a un condicionante topográfico [...] comienzan su trazado entre edificaciones y vías de comunicación de singular manera por cada poblado” (Tillería, 2010, p. 14). El emplazamiento está relacionado con el sitio.

⁷⁴ Para las culturas indígenas la tierra –Pacha Mama– es sagrada; esto se deriva de una cosmovisión donde la relación hombre-naturaleza es evidente.

Las viviendas vernáculas de Chalguayacu son, en su mayoría, de un solo nivel.⁷⁵ A propósito de su **emplazamiento y relación con el contexto**, aunque pueden encontrarse en número de tres o cuatro, una a continuación de la otra a lo largo de una misma calle, no constituyen conjuntos o barrios; alternan con otras viviendas concebidas con soluciones constructivas y materiales diferentes. Estas suelen ocupar espacios libres en la parcela de una casa vernácula –con la que tendrán que coexistir– o ser el resultado del reemplazamiento de una de ellas.⁷⁶

Los inmuebles objeto de estudio se integran a una retícula bastante regular. Aunque el espacio entre uno y otro es relativamente pequeño –a veces solo un pasillo– persiste el concepto de vivienda aislada (Figuras 26 y 27).⁷⁷ El sostén del caserío es el territorio en el que está enclavado, sujeto a sus ventajas y limitaciones. Inciden las peculiaridades del suelo que provee de los materiales necesarios para la construcción –distintos tipos de tierra, de madera, de cañas y de piedras–; fronteras naturales como ríos, quebradas, bajíos o montañas. Son construcciones que dialogan con el peculiar paisaje de la región; este sirve de soporte al asentamiento pero se transforma, modifica y convierte en testigo de todo lo que el hombre ha creado; es lo que queda luego de su paso.⁷⁸

⁷⁵ De las 20 casas inventariadas, solo cuatro, presentan un segundo nivel.

⁷⁶ En el trabajo de campo, fue posible apreciar la relación entre el área del terreno y el área construida, lo cual permite colegir las potencialidades del primero para ser destinado a otros usos.

⁷⁷ Durante la verificación y actualización del inventario llamó nuestra atención el uso del término retiro para hacer referencia a dicho espacio, por ejemplo, “vivienda con retiro a los costados”. Por el contrario, en ocasiones, aparece algún adosamiento en uno de sus lados, lo cual implica la inexistencia de ese espacio o retiro, pero no significa que se recurra a la medianería. Prevalece el concepto de vivienda aislada en todos los casos.

⁷⁸ Las edificaciones son el elemento modelador: dimensiones, relaciones y comunicaciones entre construcciones (Tillería, 2010).



Figura 26. Plano de Chaguayacu con emplazamiento de viviendas vernáculas, 2018.



Figura 27. Vivienda vernácula en una calle de Chaguayacu., 2017.

El acceso a estas casas es a desnivel –más o menos pronunciado– en correspondencia con la topografía del terreno. Como son erigidas por gestión particular, no existe un modelo estandarizado o preconcebido; responden al gusto, al número de personas que la habitarán y a las posibilidades económicas del cabeza de familia. Las viviendas autoconstruidas son singulares; no adolecen de la estandarización característica de las erigidas en serie para solucionar problemáticas habitacionales en barrios previamente planificados.

Ese arraigo al terruño donde transcurre la vida cotidiana y tiene lugar la práctica de costumbres y tradiciones otorga al sitio un significado especial. La permanencia de los descendientes de esclavos africanos en un área otrora propiedad de los jesuitas, objeto de la explotación azucarera, fue determinante en la conformación y evolución posterior de la comunidad; de ahí la importancia que los habitantes otorgan a la tenencia de esa huerta, chacra o cuadra para los cultivos, pedazo de tierra heredado de generación en generación, el cual, además de proporcionar el alimento, deviene ámbito que los cohesiona e identifica.

A propósito de la **solución planimétrico-espacial**, se recurrió al uso de la planta compacta rectangular, más ancha que profunda –de 20 casas, 15 presentan este tipo de planta, las cinco restantes son en forma de L–. Se ha manejado el criterio de que, originalmente, hubo tendencia a erigir viviendas de una sola crujía, espacio alargado donde se compartían funciones; y luego se dividían de acuerdo con las necesidades. De las casas conservadas en Chalguayacu, las cuatro de dos niveles son las que presentan una sola crujía, aunque dividida en dos o tres espacios, algunos polifuncionales.

No es posible determinar la fecha a partir de la cual comenzaron a definirse los espacios interiores mediante el uso de paredes. Esta tendencia pudiera ser el resultado de la influencia de la vida urbana. Roberto

Segre hace referencia a una progresiva desaparición de los límites entre lo público y lo privado, y a la existencia de una mayor interrelación de las funciones dentro y fuera de la vivienda. Hace énfasis en que “[...] desaparecen las habitaciones como ambientes determinados *a priori*: el interior de la vivienda está en constante transformación, es un espacio por conquistar” (Segre, p.15, citado por Cárdenas, 2015, p. 163). Este principio coincide con una tradición constructiva presente en la vivienda vernácula de Chalguayacu.

En la actualidad, predominan las plantas de dos crujiás paralelas compartimentadas en cuatro, cinco o seis espacios. Algunos de estos locales son designados por sus habitantes como “habitación”, se trata de un recinto que no tiene función específica. Cinco de las casas de un solo nivel cuentan con esta peculiaridad y una de las cuatro de dos niveles.⁷⁹

Todas las plantas tienen un comportamiento diferente. Las dimensiones de los espacios interiores, y su número, es variable; se corresponde con las necesidades de la familia. La distribución espacial que pudiera parecer más lógica se comporta como sigue: al centro de la primera crujiá, paralela a la calle, se presenta un espacio destinado a las actividades sociales (sala) y a cada uno de sus lados aparece un local para dormitorio.⁸⁰ En la crujiá paralela a la anterior existen dos o tres espacios que pueden ser igualmente dormitorios o dedicarse a otras funciones como comedor y cocina. Llama la atención que siete de las casas presentan dificultades de comunicación entre los espacios y, por tanto, peculiaridades a propósito de la relación funcional; se trata de viviendas en las que una de las crujiás

⁷⁹ De los 20 inmuebles inventariados solo uno presenta tres crujiás, por lo que esta variante no es representativa. A propósito del número de crujiás, también se ha considerado la posibilidad de que algunas de las viviendas, originalmente de una sola, luego hayan sido ampliadas mediante el agregado de una segunda para satisfacer demandas familiares, independiente de la ya referida división de los espacios. En torno a este particular no se ha encontrado información documental probatoria.

⁸⁰ En este trabajo se ha respetado la nomenclatura usada por el Instituto Nacional de Patrimonio del Ecuador (2010). Para los habitantes de esta comunidad el significado de los espacios, a propósito de su función, difiere del acostumbrado por los residentes en las ciudades; en cualquier rincón de los dormitorios pueden ser depositados productos de la cosecha.

o algunos locales específicos han ganado independencia por decisión familiar.⁸¹

Roberto Segre afirma que en este tipo de casa “predomina la ausencia de servicios sanitarios, la primacía de la cocina, centro operativo y corazón de la vivienda y el dormitorio, espacio indiferenciado, sin ventilación ni equipamiento adecuado” (Segre, 1983, p. 124). La cocina es un sitio muy importante. En ocasiones, al no existir un espacio específico para comedor, asume también esta función. En caso de que no se establezca un local para cocinar, cualquier otro puede ocuparse con solo colocar allí la tulla o fogón. La cocina, por sus funciones, se conecta directamente con el patio trasero donde se desarrollan algunas actividades económicas y, por extensión, con la chacra o cuadra para el cultivo; atrae a personas afines con las actividades que allí se realizan. Los productos son preservados en algún rincón de la cocina o de otra dependencia.⁸²

De las 16 viviendas de un solo nivel, 8 tienen sala;⁸³ esta puede destinarse al descanso. Es el sitio que marca la llegada a casa luego de una larga jornada laboral, generalmente agrícola. Es también donde se reciben las visitas, tienen lugar algunas actividades y celebraciones familiares. Sin embargo, en estas comunidades no se le atribuye el mismo *status* que en la población mestiza urbana; este espacio no se jerarquiza. Como su función es la de “estar”,⁸⁴ en las construcciones

⁸¹ En el Censo de Chalguayacu (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos de Ecuador, 2010), el acápite “Existencia de hogares en la vivienda” indica la presencia de 253 inmuebles e igual número de hogares, lo cual se interpreta como la inexistencia de inmuebles multifamiliares.

⁸² De las casas inventariadas, solo una presenta un local declarado como almacén.

⁸³ Solo una de las cuatro casas de dos niveles tiene sala, y no es autónoma; en un mismo espacio se comparten las funciones de estar y dormir.

⁸⁴ Es posible apreciar que este espacio designado en el *Inventario...* como “sala”, es percibido por los habitantes de Chalguayacu de manera diferente. En otros trabajos consultados también se le denomina de este modo. En tal sentido, se enfatiza en la función que esta desempeña; por ejemplo, en Saraguros, “La sala [...] situada en el centro de la construcción, era un cuarto más grande que estaba destinado para guardar y almacenar los productos como: granos secos de maíz, porotos, habas, entre otros” (La hora, 2015). Lo anterior ilustra la polifuncionalidad de los espacios; en este caso, con énfasis en lo socioproductivo.

donde no existe así designada, cualquier otro local puede emplearse como tal (Figura 28).

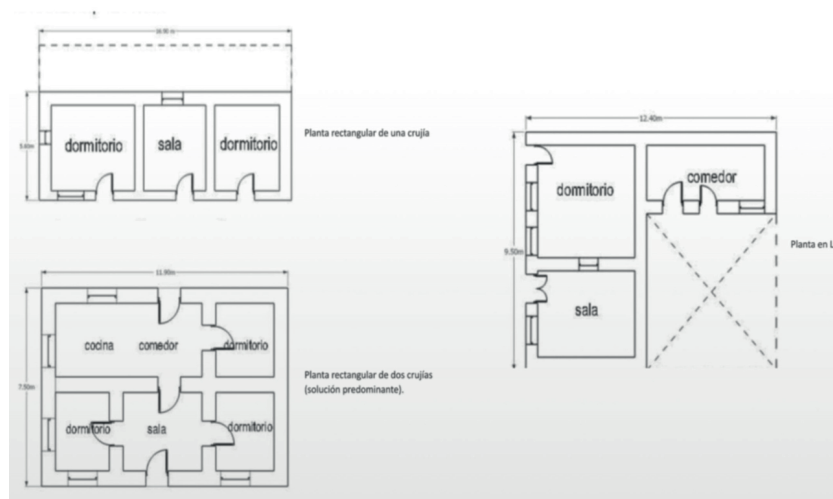


Figura 28. Variantes de solución planimétrica, 2017.

Se tiene referencia del uso de largos bancos adheridos a la pared en el interior y exterior de las viviendas –poyos–, hechos de adobe, aprovechados para sentarse a descansar y dialogar;⁸⁵ la sala –o la habitación correspondiente– era entonces mucho mayor y podía ser dispuesta para múltiples fines (Figura 29). Esta comunión de funciones en una misma área o “ambiente”, sin necesidad de erigir límites físicos, es heredada de la vivienda indígena, en la cual había un rincón para fogón de cocina y otro, comunitario, para dormir. En las casas de Chalguayacu abundan los locales designados como dormitorios, lo cual no significa que sea ese su único empleo.

⁸⁵ En el capítulo anterior se alude al uso de poyos en las viviendas encontradas en el Valle del Chota a mediados de la década de 1950, o sea, es este uno de los elementos tradicionales que logra sobrevivir.



Figura 29. Bancos (Poyos) de adobe, 2017.

Como la casa debe responder a las necesidades reales de la familia, no existe un modelo a seguir en cuanto a distribución espacial y las áreas están expuestas a un posible cambio de función; “de acuerdo al análisis visual, la vivienda [...] está diseñada por grupos espaciales amplios que tienen la cualidad de subdividirse según la necesidad de sus habitantes [...]. Los espacios se acoplan a las actividades diarias y comunales de las familias” (Saravino, 2011). Para la comunicación entre estos no se utilizan puertas secundarias; los vanos son cubiertos con una cortina de tela.

La existencia de áreas, retiros laterales o saguanes y traseros es muy importante dada la ausencia del patio interior; además, facilita la circulación de las personas y la comunicación entre ellas. En muchos casos, en la parte de atrás de la casa se construyen nuevas cimentaciones para la misma familia, totalmente diferentes de la original, las que coexisten con ella porque los habitantes “maduros” no quieren deshacerse de “la casa vieja”. Ello dice del significado que, en el plano emocional, tienen estos inmuebles para sus moradores. Los espacios exteriores no son aprovechados para la jardinería, sin embargo, son utilizados para la realización de algunas labores domésticas. Esto resulta extraño si se tiene en cuenta que en las condiciones climáticas de la sierra ecuatoriana crece toda clase de flores y de frutos; y pudiera estar asociado a la posesión de una huerta o cuadra para los cultivos, más o menos próxima a la vivienda. En la actualidad, muchas mujeres todavía lavan la ropa y los trastos de la cocina en el río (Figuras 30 y 31).



Figura 30. Mujeres fregando en el río, 2015.



Figura 31. Mujeres lavando en el río, 2015.

Al analizar la **solución volumétrico-formal** (fachadas y cubiertas), se evidencia similitud en el aspecto externo de estos inmuebles, situación que pudiera estar relacionada con la mano de obra y el criterio de vecindad común en los caseríos marcados por la ruralidad. En ellos, el modelo de una casa es retomado o repetido sucesivamente aunque, al final, cada una posea algún rasgo distintivo del resto, respuesta lógica a la imposición del gusto y demandas del inquilino.

Son volúmenes únicos, rematados por una cubierta a cuatro vertientes paralela a la calle⁸⁶ cuya forma rectangular deriva de la composición planimétrica. Lo bajo del puntal acentúa el carácter apaisado de la edificación. De gran simplicidad, los elementos de cierre tienen una relación armónica. En general, se establece un equilibrio entre las proporciones horizontales y verticales (Figura 32). La simetría predomina en la composición, a esto contribuye el volumen de cubierta y la distribución de los vanos en la fachada principal: la puerta al centro y una ventana a cada lado es lo más común. Algunos inmuebles pueden presentar dos puertas, una en cada extremo de la fachada principal y tres ventanas al centro de la misma. En este caso, es probable que la cocina esté situada en la parte anterior de la casa y se acceda directamente a ella desde la calle.⁸⁷

⁸⁶ De las 20 casas inventariadas, 14 presentan esta solución de cubierta; en las 6 restantes, es a dos vertientes.

⁸⁷ Este comportamiento deriva de una división en el seno familiar que se traduce en el inmueble; lo que antes era una habitación para dormir ahora se utiliza para cocinar. Estas modificaciones en el uso de los espacios, alteran las características originales de la casa.



Figura 32. Vivienda vernácula con cubierta a cuatro vertientes, 2017.

En ciertas viviendas alternan puertas y ventanas en un ritmo regular. Llama la atención la presencia de vanos cegados con adobe; esta fue una alternativa ante el deterioro de las ventanas y la carencia de recursos para sustituirlas. El tamaño de los vanos, relativamente pequeños –sobre todo las ventanas–, también se relaciona con los cambios de temperatura del valle (Figura 33).



Figura 33. Vivienda de fachada simple con disposición simétrica de sus vanos, 2017.

Las fachadas laterales suelen ser lisas, con apenas alguna ventana y, en la posterior, es idónea la apertura de una puerta para facilitar el acceso al patio ubicado detrás del inmueble. Cuando no existe puerta trasera, se accede al fondo de la casa a través de los corredores laterales. Ni las fachadas laterales ni la posterior presentan elementos distintivos. Se destaca la fachada principal, no solo por el modo de disposición de los vanos, sino porque cuando las paredes están revestidas, los frentes denotan un mayor acabado y puede que sean pintados.

Si no existe revoque es posible apreciar los bloques de abobe que “cuadriculan” los muros creando, al incidir la luz, interesantes efectos. Las casas fulguran a los pies de las montañas en las horas más cálidas del día. En otros tiempos lucían policromadas, en contraste con los cimientos de monocroma neutralidad derivada de la coloración propia de la piedra de río. En la actualidad, la mayoría solo exhibe la textura del material, rugoso en unos casos y más pulido por el tiempo en otros, de modo que este asume el reto de la ornamentación y la inclusión de ellas en el paisaje de la región, completándolo⁸⁸ (Figuras 34 y 35).

⁸⁸ La relación territorio-edificación define el paisaje (Tillería, 2010).



Figura 34. Vivienda de fachada simple sin enlucido, 2017.



Figura 35. Muro de adobe y detalle del enlucido dañado, 2017.

La fachada principal presenta los elementos de carpintería, limitados a las puertas y ventanas que contribuyen muy poco a su enriquecimiento. Las puertas principales de madera –de tablero, lisas, de tablas y tapajuntas, entre otras variantes–, a uno o dos batientes u hojas, deben articularse con ventanas de madera o de metal. Este último tipo de ventanas está presente en la mayoría de los inmuebles;⁸⁹ quizás sea el resultado de intervenciones posteriores. La presencia de estos elementos delata la fachada principal y aporta color; ella recibe a quien llega y define el carácter de la construcción, en este caso, doméstico (Figura 36).⁹⁰

⁸⁹ En 14 de las 20 viviendas inventariadas aparece este tipo de ventana.

⁹⁰ El resto de las fachadas presenta pocas o ninguna ventana y, si acaso, una puerta. Todos los vanos son pequeños; adecuados a las condiciones climáticas de la región serrana.



Figura 36. Puertas y ventanas, 2017.

Las casas vernáculas de Chalguayacu son, en su mayoría, de fachada simple.⁹¹ De las inventariadas, solo una luce corredor en la fachada principal; otras tres, medio corredor.⁹² Esto indica la pérdida de un espacio que, históricamente, las resguardó del sol. Sin embargo, el uso de la cubierta a cuatro vertientes pudiera ser una herencia de aquellas casas construidas a mediados de la década de 1950; ahora son de tejas de barro y no de paja.⁹³

Aunque no abundan los corredores, a los lugareños les gusta estar al frente de la casa, al borde de la calle. Es común verlos sentados en una silla, en un banco de madera, en un tronco o en el escalón de la puerta cuando cae la tarde, conversando u ocupados en algún menester. Se trata de la típica vivienda andina, fresca en verano y cálida en invierno (Figura 37).



Figura 37. Habitantes al frente de la casa, 2017.

⁹¹ A diferencia de las censadas a mediados de la década de 1950 por el Instituto Nacional de Antropología y Geografía, información recogida en Peñaherrera y Costales (1959).

⁹² Tres de las casas inventariadas presentan algún tipo de corredor en la fachada posterior.

⁹³ De las 20 viviendas inventariadas, 14 presentan cubierta de armadura a cuatro vertientes. Las 6 restantes, a dos. Solo una de las casas no tiene tejas de barro en la terminación de cubierta.

La cubierta es otra de las partes que funciona como determinante espacial. Son construcciones de puntal muy bajo, lo cual garantiza la regulación de la temperatura del ambiente interno, pues “la tierra recibe radiación durante el día almacenándola y transmitiéndola durante la noche a los espacios interiores, esto es de gran ayuda en climas como el de la sierra ecuatoriana que tiene saltos térmicos muy grandes” (Yépez, 2012, p.15);⁹⁴ y para la estabilidad de su construcción, ante los posibles movimientos telúricos.

A pesar de su simplicidad, las cubiertas otorgan volumetría a los inmuebles. Su estructura interior es visible dada la ausencia de cielo raso o falso techo.⁹⁵ Su inclinación facilita la recogida de agua para uso doméstico, así como el desagüe, importante en este tipo de edificación, pues la humedad excesiva puede hacer colapsar los techos. La configuración, color y textura de las tejas, derivados de la cocción, de la influencia climática (sol, lluvia, vientos) y del material con el que están hechas, le confieren un valor agregado (Figura 38).



Figura 38. Cubiertas a cuatro vertientes, 2017.

⁹⁴ Durante el día la temperatura puede ser de unos 15°C y durante la noche descender a 2°C o 3°C.

⁹⁵ Aunque 12 de las 20 casas inventariadas presentan cielo raso o falso techo no se considera un elemento representativo, pues en esos 12 ejemplares están incluidas las cuatro viviendas de dos niveles. De las 16 casas de un solo nivel, 8 cuentan con ese elemento, pero, de ellas, solo en 4 aparece en madera con un estado de conservación aceptable.

Como se ha visto en el capítulo anterior, hay evidencias de que las tejas de barro ya habían sido usadas en la zona en tiempos de los jesuitas, pero, al parecer, su empleo en las áreas rurales no logró sobrevivir luego de su expulsión. Este hecho debe estar asociado más a un factor de índole económico que a la posible pérdida de una tradición constructiva. Los descendientes de esclavos asentados en el valle, ya avanzado el siglo XX, no tenían recursos suficientes para erigir viviendas con tales características, la paja fue la opción de los pobres.

A propósito de la **solución técnico-constructiva**, es significativa la asunción del adobe para la ejecución de los muros. Esta antigua técnica fue usada en la época prehispánica; actualmente tiene vigencia por ser adecuada a las condiciones climáticas de la zona andina. Utiliza como material primordial la tierra, con ella se elaboran los bloques (adobes) con los que se levantan los muros de la estructura. Su principal limitación es su susceptibilidad a la humedad; por eso es tan importante la implantación de un buen cimiento de piedra que aisle los muros del suelo.⁹⁶ Los bloques de adobe se pegan con la misma mezcla utilizada en su fabricación: barro común.⁹⁷

El sistema constructivo se distingue porque en la parte superior de los muros, justo encima de las ventanas y puertas, se coloca un dintel de madera con el objetivo de reforzarlos y lograr un reparto uniforme de las cargas. Luego, por encima de este, aparecen dos hiladas de bloques de adobe, rematados con una viga solera de madera que actúa como cerramiento y fortalece la estructura que sostendrá la cubierta. No hay columnas. Son construcciones de muros muy gruesos que, junto con los cimientos de piedra, garantizan la estabilidad del inmueble, amenazada por la sismicidad (Figura 39).

⁹⁶ A la mezcla para preparar el adobe (lodo) se le incorpora paja para evitar que se agriete. Esa tierra, en su composición, no debe tener más de 30% de arcilla para que pueda ser combinada con otros materiales. Como norma, el ancho de los bloques debe ser igual a la mitad del largo.

⁹⁷ También se conoce con el nombre de quillocata.



Foto: Miguel Naranjo-Toro

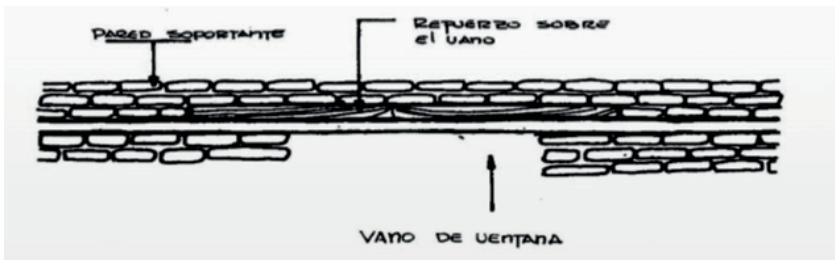


Figura 39. Vano con dintel de madera, 2017. Esquema tomado de Yépez, 2012.

Para los techos se dispone una estructura de madera y caña guadua traída de los montes cercanos, que sirve como elemento de cierre superior de las construcciones. Según los habitantes, la madera más usada es el eucalipto, por su resistencia y abundancia en la zona; esta, junto a la caña, inmune a los insectos, hace que los techos sean seguros y duraderos (Figura 40).



Foto: Miguel Naranjo-Toro

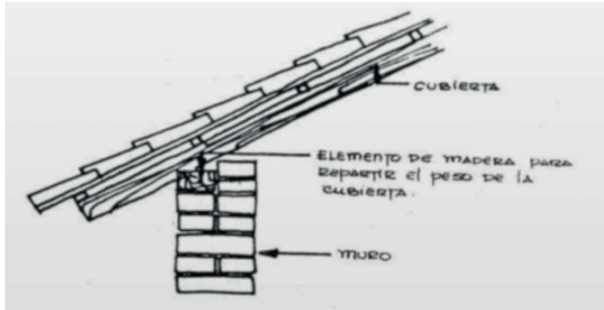


Figura 40. Estructura interior de los techos, 2016.

Esquema unión muro-viga, solera-cubierta, tomado de Yépez, 2012.

Los cimientos se forman con piedras de diversos tamaños extraídas del río Chota. Sobresalen del suelo lo suficiente como para que las paredes, a erigirse luego, queden a salvo de la humedad. “La colocación de estas piedras inicia con la excavación de una zanja; luego se procede a nivelar la base de las mismas con nivel y codal, así como también de las paredes” (Yépez, 2012, p. 14). Las piedras grandes se sitúan en el fondo de la zanja de modo que la cara más plana quede en contacto con el suelo. Luego, se colocan los pedruscos más pequeños junto con el mortero que puede ser de barro simple o de cal, proceso conocido como empachillado.⁹⁸ De la correcta aplicación de esta técnica depende la calidad de la edificación resultante; la inadecuada ordenación de la cimentación puede ser la causa del fracaso de la construcción (Figura 41).

⁹⁸ El mortero elaborado con cemento es poco utilizado en la zona rural; solo el 25% de las construcciones de los indígenas utilizan este material, ya sea por su costo o difícil acceso (Yépez, 2012).



Figura 41. Cimientos de piedra, 2017.

Los pisos—otro de los elementos definidores del espacio arquitectónico—son de tierra apisonada o de cemento. Este es, de las partes de la vivienda, la más expuesta a modificaciones. Razones higiénicas hacen que las familias, en la medida de sus posibilidades, sustituyan los de tierra progresivamente.⁹⁹ Los pisos no otorgan a la vivienda otros valores, son eminentemente funcionales.

3.1.2 Síntesis del análisis

El emplazamiento ordenado de las casas erigidas a lo largo de las calles de Chalguayacu, entre 1960 y 1990, fue posible gracias al trazado bastante regular de la comunidad. La forma rectangular de la mayor parte de sus manzanas fue, quizás, factor condicionante de la asunción de una planta en las viviendas con esta morfología. Es el tipo predominante, con la peculiaridad de ser más anchas que profundas

⁹⁹ No obstante, de las 20 casas inventariadas, ocho tienen pisos de tierra.

para dar cabida a las crujías dispuestas horizontalmente y paralelas a la calle dentro de las cuales se distribuyen los espacios. Prevalece la de dos, ya sea con la sala y dormitorios centrados en la primera o, al no tener área de estar, con locales para dormir y realizar otras actividades al unísono en ambas crujías. En general, hay mucha movilidad de las funciones.

El carácter aislado de las edificaciones favorece el empleo de cubiertas a cuatro vertientes.¹⁰⁰ Aunque solo sea un estrecho espacio lo que separe a una casa de la otra, estas tienen la posibilidad de verter sus aguas en cuatro direcciones, disposición que beneficia la conservación de la estructura de los techos en tanto logran con mayor rapidez librarse del peso acarreado por la permanencia del agua sobre el tejado.

El hecho de ser viviendas aisladas permite, además, apreciar los volúmenes en su totalidad al dar visibilidad a las fachadas. En todos los casos, se jerarquiza la fachada principal sin que ello implique la incorporación de elementos cuya función sea netamente decorativa. Esto se logra mediante la disposición de los vanos y la explotación de las peculiaridades de los materiales de construcción en una fachada que no presenta corredor, salvo excepciones.¹⁰¹ Sin embargo, esta jerarquización es más de naturaleza formal que funcional, si se toma en cuenta la importancia que goza la parte trasera de la vivienda en la vida cotidiana, al devenir espacio de confluencia de personas vinculadas a la producción y consumo, y a la práctica de manifestaciones ancestrales del patrimonio intangible.

Las viviendas inventariadas son de adobe. A pesar de haber sido el bahareque la técnica predominante en la década de 1950, y

¹⁰⁰ Como se ha explicado, no hay evidencias del uso de viviendas separadas por una pared mediana. En algunas de ellas el espacio exterior (retiros) es mayor que en otras; sin embargo, en ningún caso estas áreas son aprovechadas para la jardinería.

¹⁰¹ De 20 viviendas solo 7 presentan corredor.

probablemente hasta los primeros años de la siguiente, la nueva situación económica y de vida propició beneficios para los habitantes de estos lares. Esto se evidencia en la asunción del adobe como la técnica más socorrida en la construcción de viviendas y de las tejas de barro para la concepción de las cubiertas.

A propósito de este cambio expresa una informante: “las casas de más antes eran de bahareque después ya [...] hicieron adobe de tierra, que hacían los adobes al filo de la loma y de ahí ya fueron haciendo sus casitas, había otros cuartos departamenticos, el papá, mamá y los quijos en un cuarto aparte [...]” (Gloria Pavón, comunicación personal, 31 de enero de 2017). Además de las razones expuestas, merecieran considerarse la falta de materia prima disponible, provocada por la deforestación de los bosques nativos, la durabilidad de las edificaciones de adobe frente a aquellas de bahareque, y la influencia de la arquitectura urbana.

A partir de la integración de las variables de análisis, la tipología de la vivienda vernácula de Chalguayacu se define, en síntesis, como: viviendas emplazadas –en esquina o medianería– adaptadas a la parcela, alineadas en la manzana de acuerdo con la estructura urbana del asentamiento. Planta compacta de forma rectangular, en ocasiones tendiente a ser cuadrada, que define un volumen único, protegido con cubiertas inclinadas a dos o cuatro aguas. La organización espacial es variada, aparecen habitaciones destinadas a usos múltiples, y espacios como la cocina tienen gran importancia. La planta es flexible en cuanto a usos y no a la posibilidad de variación en organización espacial interna. Estas adecuaciones están en función de la composición familiar y de la necesidad de dar cabida a expresiones de lo intangible; de ahí que la parte trasera de la casa sea ponderada como área de interrelación social con un notable protagonismo de la cocina y se priorice el vínculo con el patio y la chacra. Al frente, a través de la sala y del corredor –si lo hubiere– la casa se conecta con la calle, también espacio de interacción

social. Los retiros laterales funcionan como accesos que dinamizan ese trasiego. Se distingue por la utilización de adobe en las paredes, piedras en los cimientos y tejas de barro en las cubiertas (Figura 42).

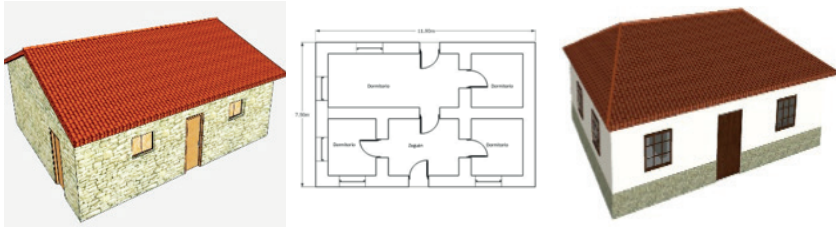


Figura 42. Tipología.

De la vivienda devenida en antecedente de esta se conserva, por tanto, el predominio de la planta rectangular y la cubierta a cuatro vertientes. Difiere en la tendencia a compartir espacios en más de una crujía que se subdivide para la satisfacción de necesidades disímiles. La cubierta, aunque tiene el mismo número de vertientes, cuenta con un material relativamente nuevo en su terminación: las tejas de barro cocido. El bahareque es desplazado por el adobe como técnica predominante en la concepción de paredes y el piso de tierra es sustituido por el de cemento. El corredor en la fachada principal casi desaparece, no así los poyos de adobe para sentarse, tanto en exteriores como en interiores.

A pesar de esta definición tipológica general, el comportamiento de las variables solución planimétrico-espacial y solución volumétrico-formal-resultante esta última de la configuración genérica de las plantas-permite la definición de dos tipos fundamentales dentro de la tipología antes descrita:

Tipo 1- a) Viviendas de planta compacta de forma rectangular, más ancha que profunda. Volumen único con cubiertas inclinadas a dos

o cuatro aguas. De un solo nivel, con una distribución de espacios en función de la composición familiar. Hechas de adobe -con paredes enlucidas o no- piedra y tejas de barro (Figura 43).

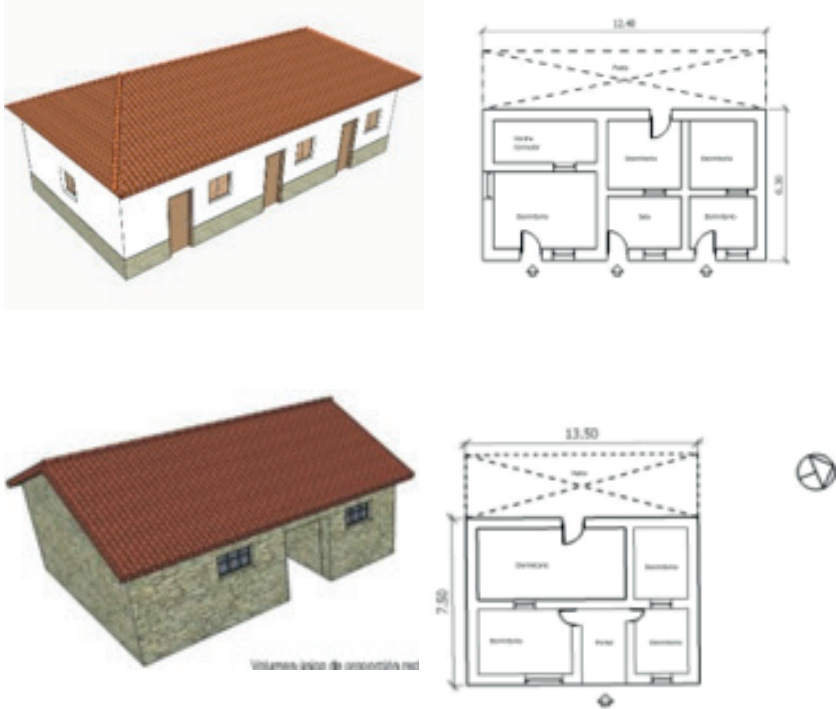


Figura 43. Vivienda tipo 1- a)

Tipo 1- b) Viviendas de planta compacta de forma rectangular, más ancha que profunda. Volumen único con cubiertas inclinadas a dos o cuatro aguas. De dos niveles, con una distribución de espacios en función de la composición familiar. Hechas de adobe, con paredes enlucidas, piedra y tejas de barro (Figura 44).

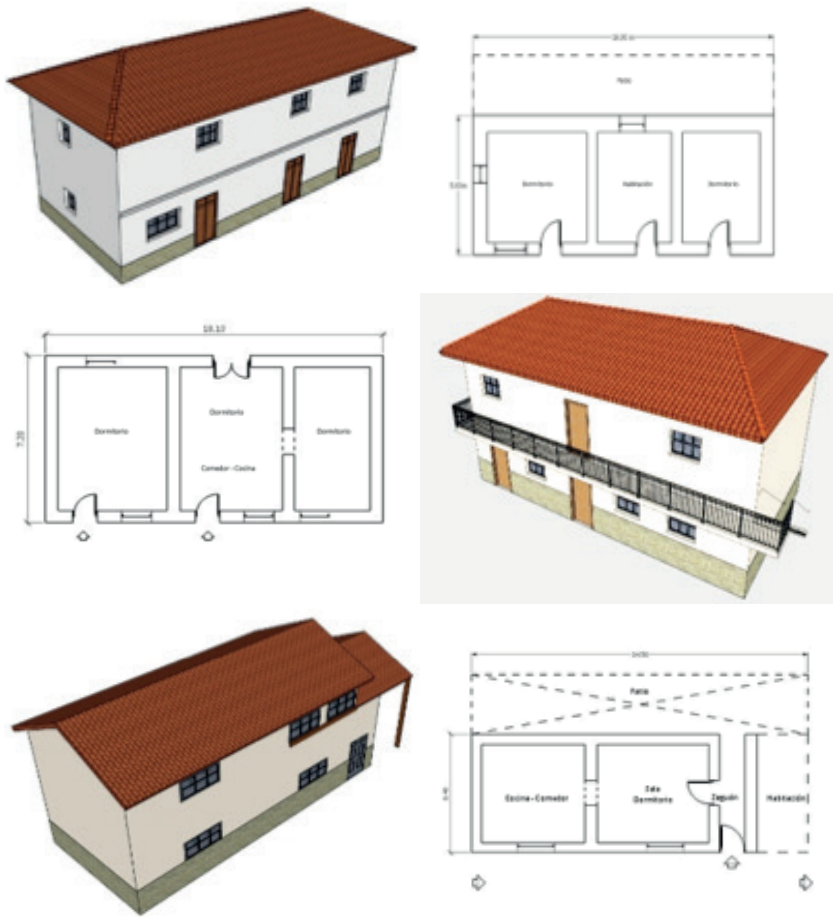


Figura 44. Vivienda tipo 1-b

Tipo 2- Viviendas de planta en forma de L que define un volumen único articulado, cubiertas inclinadas a dos o cuatro aguas. Hechas de adobe -con paredes enlucidas o no- piedra y tejas de barro (Figura 45).

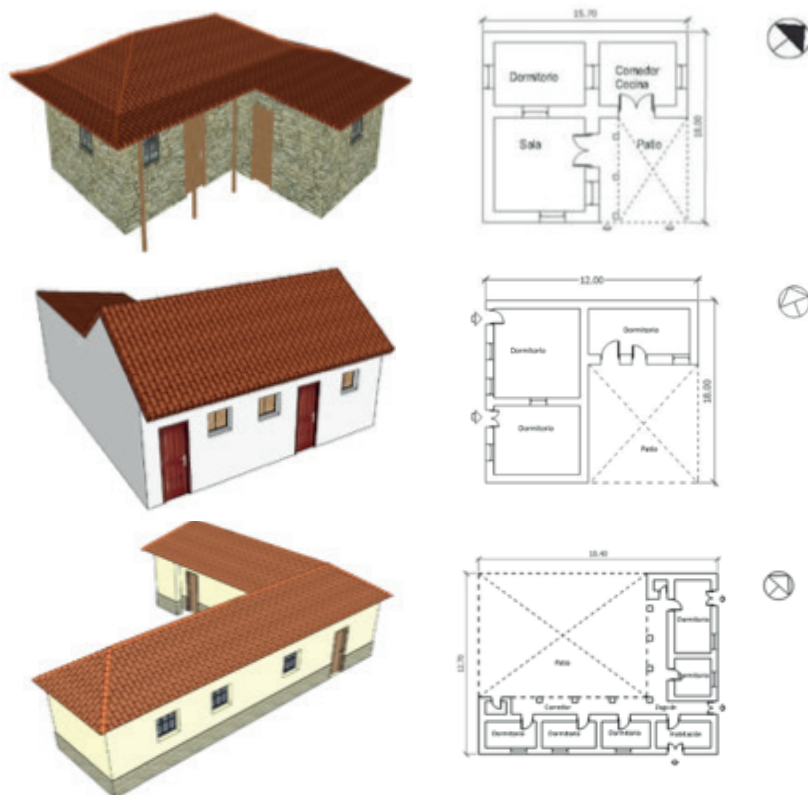


Figura 45. Vivienda tipo 2.

Como es posible apreciar, la concepción de la planta y la configuración del volumen que se erige a partir de esta, son los aspectos que inciden en la definición de tipos dentro de la tipología general. Son estos los que, además, se relacionan de modo más evidente con las manifestaciones del patrimonio intangible que veremos más adelante. De la relación establecida entre estas dos variables, en lo fundamental, derivan los espacios en los que se desarrolla la vida familiar: allí se construye identidad.

La belleza de estas construcciones radica en lo auténtico del material; no aparece ningún elemento incorporado para que cumpla esa función. Es el color de la tierra cocida, tanto en los muros como en los techos con tejas de barro en su terminación, en contraste con el color blanquecino de las piedras de los cimientos, lo que las dota de una hermosura otra, inherente a las cosas simples.

En la elaboración de estas construcciones fue esencial la existencia de los materiales necesarios tomados de la naturaleza: madera, tierra, caña y paja,¹⁰² abundantes en el extenso valle. Las piedras eran recogidas en las márgenes del río Chota. No había que trasladarse a otro sitio para buscar los recursos, todo estaba allí, al alcance de la mano, producto del medio ambiente; de ahí la relación que se establece entre las construcciones y su entorno.¹⁰³ Los diseñadores y ejecutores de obras eran los propios miembros de la comunidad organizados en mingas.

Como se ha podido apreciar, la arquitectura gestada en Chalguayacu es el resultado de una serie de condicionantes que matizan el surgimiento y desarrollo de esta comunidad; aunque puedan existir puntos de contacto con otras, erigidas en espacios diferentes. La vivienda vernácula se distingue por la singularidad derivada de las interpretaciones individuales en las que incide, tanto el que la ejecuta como su beneficiario, quien interviene en su concepción y posibles modificaciones. Esta es una peculiaridad que la hace diferir de la arquitectura normalizada cuyos modelos son reproducidos. Este modo de construir admite las más diversas soluciones; hay absoluta libertad a la hora de decidir cómo acometer la ejecución de la obra arquitectónica.

¹⁰² La paja, si bien ya no era usada en las cubiertas, formaba parte de la mezcla con la que se hacía el enlucido.

¹⁰³ Las tejas se fabricaban en hornos emplazados en sitios poco cercanos desde donde eran trasladadas hasta el caserío. Solo se utilizó el tipo de teja conocida como criolla o española.

En la actualidad, se ha extendido por todo el valle la tendencia a modernizar las construcciones a partir de modelos urbanos, hecho relacionado con el desarrollo industrial que condiciona la emigración hacia las ciudades y el consiguiente despoblamiento de las áreas rurales y, en este caso, también ha incidido el fenómeno en que se ha convertido el fútbol.¹⁰⁴ Se han producido cambios en el modo de vida y de pensar de algunos pobladores e impuesto nuevos paradigmas, dada la necesidad de exteriorizar solvencia económica y ascenso social. Con certeza, “muchas de las innovaciones en el aspecto de las viviendas se explican por un cambio en la mentalidad más que por una supuesta mejora funcional” (González Ruibal, 2001, p.8).¹⁰⁵ Una mirada a las calles del actual Chalguayacu así lo demuestra; son varias las construcciones modernas que asoman sus puntales por encima de los perfiles de las casas vernáculas que se achican, achatan y aumentan su fragilidad frente a esa imponente presencia.¹⁰⁶

Ante esta situación, no se han tomado medidas que vislumbren la posibilidad de un cambio favorable, pues no existe una política de preservación de estos inmuebles que, desde la ley, permita trazar

¹⁰⁴ Con la clasificación de Ecuador para los mundiales de fútbol Corea-Japón (2002) y Alemania (2006), los afrochotoños son visibilizados. En la selección nacional ecuatoriana es notable el número de jugadores afrodescendientes. El fútbol goza de gran popularidad en la zona del Valle, y varios de los deportistas más exitosos provienen de allí, lo que contribuye a la construcción de un nuevo imaginario de identidad en el Valle del Chota; los futbolistas son propuestos como modelo social en el cual reconocerse y representarse (Ortiz, 2011).

¹⁰⁵ El abandono de las áreas rurales, la pérdida de habilidades artesanales y las edificaciones modernas sin carácter y expresión local son los principales factores que amenazan a la arquitectura vernácula en el mundo (Arquitectura Vernácula y Patrimonio, citado por Aguillón, Benítez y Arista, 2011). Chalguayacu, como otras comunidades alledañas, se ha poblado de inmuebles de uno o dos niveles, de mampostería y placa monolítica (o losa) con balcones, vanos cerrados con cristales y pisos de *gres* cerámico.

¹⁰⁶ Entre las afectaciones más evidentes en las viviendas vernáculas de Chalguayacu están: 1) cubiertas cuyas estructuras han cedido en determinados tramos debido a la pérdida de cañas y vigas de madera que las sostienen; 2) caída del enlucido que da terminación a los muros y los protege de la humedad; 3) erosión de trechos de pared al dañarse algunos adobes por la incidencia de la humedad, el tiempo y la mano del hombre; 4) pérdida de algunas piedras de los cimientos, que ha llevado a “calzarlos” mediante la colocación de ladrillos; 5) rotura de puertas y ventanas o sustitución de las originales por otras de los más variados tipos.

alguna estrategia. La vivienda de la región andina ecuatoriana, en tanto reafirmación de identidad, es contenedora de nociones culturales cuya reinterpretación puede contribuir al desarrollo de la arquitectura contemporánea en cualquiera de los ámbitos. No solo merece ser conservada en su noción de materialidad y valor intrínseco, sino por todo lo que, a través de otras manifestaciones, ella protege.

La preservación de estos caseríos significa salvar el espacio donde sobreviven tradiciones de quienes habitan en ellos. La arquitectura vernácula y su lugar de emplazamiento es el marco en el que estas se desarrollan; constituye el soporte físico de múltiples expresiones culturales. La conservación de esta parte del patrimonio tangible implica, por extensión, la persistencia de manifestaciones del patrimonio intangible en su contexto.

3.2 Vivienda vernácula y patrimonio intangible

El estudio oficial del patrimonio inicia con la Carta de Venecia (ICOMOS, 1964) y la fundación de ICOMOS en 1965. Luego, este organismo creó el Comité Internacional de la Arquitectura Vernácula, cuyo trabajo se ha centrado en definir los niveles de valoración de la misma. La Carta del Patrimonio Vernáculo Construido (ICOMOS, 1999), ratifica la definición de la arquitectura vernácula y le otorga la categoría de patrimonio al considerarla importante por el modo en que hombres y mujeres han producido su propio hábitat, por integrarse al paisaje cultural y por ser expresión de identidad de una comunidad.

Es preciso concebir la vivienda vernácula y el espacio en el cual se encuentra enclavada, no solo en función de las necesidades materiales, sino también espirituales. La casa, el caserío, es “nuestro lugar en el mundo”; es allí donde el hombre puede sentirse realizado. Entonces,

resulta fundamental que este tipo de vivienda, con sus manifestaciones de forma de vida, sea reconocida en su conjunto desde el punto de vista patrimonial.¹⁰⁷

A partir del criterio anterior y de las experiencias vividas durante el trabajo de campo, en este epígrafe se hace referencia a algunas de estas manifestaciones íntimamente vinculadas a la vida diaria, que se proyectan hacia toda la comunidad, porque “las viviendas vernáculas están estrechamente ligadas con las tradiciones locales [...] como son las celebraciones religiosas, comidas, danzas, leyendas y la lengua entre otras. Lo cual de acuerdo a los lineamientos internacionales, poseen el valor patrimonial” (Torres, 2017, pp. 12-13).

3.2.1 Vivienda vernácula. La vida cobijada

El área habitada por una significativa población afroecuatoriana conserva toda una serie de tradiciones heredadas que se desarrollan en ese espacio. Las expresiones de identidad en el Valle del Chota evidencian un vínculo con África y mantienen fuertes costumbres ancestrales. La música, la danza, la literatura, la espiritualidad, las formas de habla, los valores sociales y códigos de ética son sus principales manifestaciones (Padilla, 2014). A estas pudiera agregarse el vestuario, la gastronomía, las festividades, las creencias y las prácticas asociadas a la actividad agrícola.

Todas encuentran cobijo en la casa, entendida como algo más que el inmueble principal, pues también forman parte de ella, la huerta y el espacio -patio- intermedio entre ambos. Comprende, básicamente, todo el escenario doméstico, cuya configuración se debe apreciar como resultado de la interacción entre el ser humano y la arquitectura.

¹⁰⁷ La vivienda vernácula cobra interés con la valoración del patrimonio inmaterial, no solo por su valor arquitectónico, sino por los sistemas de vida que ella ampara. Lo patrimonial también habita lo cotidiano, así se otorga valor a los constructores anónimos (Tillería, 2010, pp. 13-15).

Desde que Henri Lefebvre hiciera su propuesta, desarrollada por Philippe Ariès y Georges Duby (1989), el concepto de vida cotidiana ha sido retomado y enfocado desde diversos ángulos. Para Lefebvre (1961), elementos como el espacio, el tiempo, las pluralidades de sentido, lo simbólico y las prácticas forman parte de la misma. Desde esta perspectiva, el espacio adquiere un carácter referencial y se le otorga importancia a las experiencias vividas en este. Por su parte, la destacada socióloga Agnes Heller en su texto *Sociología de la vida cotidiana*, se refiere a esta como la que vive todo hombre, sin excepción, no importa cuál sea el lugar que le asigne la división del trabajo (Heller, 1991).

Al ser la vivienda el centro de atención de este trabajo, lo cotidiano se asocia a lo privado; de ahí que también resulte de interés lo que el Dr. Jorge Luis González Calles –profesor de la Universidad de Tolima, Colombia– ha definido como *vida cotidiana doméstica* para hacer referencia a la vida familiar y a las expresiones que de las personas –como sujetos sociales– tienen lugar en ella. Los hábitos construidos alrededor del uso del tiempo y del espacio; la definición de espacios de vida íntima (el dormitorio y el baño), espacios privados de cotidianidad familiar (la cocina), espacios de encuentro social (la sala), espacios religiosos, de higiene, abiertos de recreación, de género, de edad, para las relaciones sociales residenciales de parentesco, compadrazgo, paisanaje, vecindad y amistad (González Calles, 2003).

El estudio del espacio doméstico, además de facilitar la caracterización y comprensión de la vivienda, ofrece atisbos de las actitudes mentales que se desarrollan dentro del inmueble. La manera en que se distribuyen los espacios interiores y las peculiaridades de los objetos, ofrecen información sobre la forma de pensar en un momento histórico determinado.

En este caso, la vida cotidiana se eslabona a partir de las actividades que diariamente realizan los habitantes del lugar y se expresa en

una diversidad de ámbitos de la vida social. Así, la casa/habitación desempeña un papel esencial en tanto es el espacio que mejor permite expresar el sentido de la vida cotidiana, la actividad social diaria que reproduce en lo inmediato al individuo y por lo tanto, a la sociedad misma. Tal y como expresa Lefebvre es: “[...] donde toma forma y se configura la suma total de las relaciones que hacen de lo humano —y a cada ser humano— un todo [...] es el terreno en que el momento germina y echa raíces” (Lefebvre, 1991, p. 97). Se trata de las valoraciones de lo experimentado en el día a día de la gente que reconoce a los otros y se autorreconoce en ese proceso de interacción mutua, compartiendo espacios comunes. Este proceso tiene, por tanto, una gran significación antropológica. Es preciso, entonces, aprender a andar los espacios, en especial, el espacio de lo insignificante, el que contiene la vida cotidiana, y ello depende de cómo es percibido.

La forma en que el espacio es asumido y apropiado por sus habitantes es particular. Está marcado por las múltiples relaciones que lo recodifican y construyen. El espacio adquiere significado cuando los elementos que lo componen alcanzan en la dinámica del uso atributos identitarios y se convierten en códigos de reconocimiento social. A juzgar por estos criterios, la vivienda obtiene una entidad propia en cuanto realidad en sí misma, no por lo que dice o comunica, sino por lo que es: unidad en la que confluyen factores, subjetivos y culturales, que se adecuan a una determinada construcción que es menester desentrañar.

En esta línea destaca el texto de Gastón Bachelard (1965) para quien la casa es evaluada en tanto imagen poética. El autor señala que la casa es un elemento de integración psicológica, morada de recuerdos y de olvidos. Se trata de espacios de posesión, de referencia, de estabilidad, espacios amados a los que se adhieren valores imaginados (Bachelard, 1965).

Por tanto, estima que el rasgo principal que estructura y da sentido a la casa en el momento de su vivencia, está determinado tanto por la arquitectura como por el propio individuo que la habita. El ámbito doméstico está asociado a una serie de tareas que el habitante realiza de modo repetitivo en su vida cotidiana. Cada cultura define su esencia a través de una educación sensorial, que vincula al hombre con el mundo objetual de modo particular. Desde tal perspectiva, se asume que el espacio doméstico construido es un producto social en constante retroalimentación y estos bienes son susceptibles de ser estudiados como medio de expresión y transmisión de conductas y comportamientos.

La lectura del espacio doméstico construido, de su lógica formal y organizativa, entraña el análisis complejo de su configuración, articulación interna, emplazamiento, visibilidad y visibilización. Pero también trasciende esta dimensión puramente constitutiva del entorno construido, y engloba la actividad doméstica interna, en tanto unidad básica de producción y reproducción social (Gutiérrez, 2012) en la que intervienen herramientas, utensilios y bienes muebles cada vez más específicos en términos de utilidad, que conforman gran parte de la identidad y multifuncionalidad de la vivienda.

La arquitectura doméstica, como soporte de la vida cotidiana, posibilita múltiples lecturas. Es oportuno promover nuevos diálogos morador-vivienda. Al contemplar estos bienes se establece una relación de materialidad que es la esencia de su alcance, el objeto adquiere una significación propia diferente a su finalidad de uso que se erige como su verdadera cualidad (Heinz, 2000).

Como ya se ha explicado, la vivienda vernácula es reservorio de disímiles manifestaciones del patrimonio intangible; esa profusión implica elegir cuál de ellas deben ser tratadas en este trabajo. En el plano metodológico, esta dificultad se soluciona mediante la selección

de aquellas cuyo desarrollo está más vinculado a la casa, en su concepción y funcionamiento; enclavada en un espacio con el que interactúa cotidianamente. Por esta razón, el análisis sigue la misma lógica del epígrafe anterior, pero con una flexibilidad que haga posible interconectar las expresiones seleccionadas con el comportamiento de las variables ya aplicadas, en un discurso coherente. Así se arma esta suerte de trama y urdimbre.

La vivienda vernácula no es pretexto para hacer referencia a otras expresiones, sino una tipología arquitectónica a la que estas se encuentran asociadas por ser la arquitectura la única manifestación que le permite al hombre no solo recorrerla, sino habitarla. Para este análisis nos hemos apoyado en los testimonios recogidos, amén del uso de otras fuentes.

3.2.1.1 Habitación de lo intangible. Manifestaciones de una relación

La tierra y el territorio forman parte de la identidad de los afrochoteños; son el fundamento de su existir. Su día a día gira en torno a estos dos elementos: la tierra, porque su cultivo los provee del alimento diario y de recursos económicos para satisfacer necesidades complementarias; y su territorio, en tanto este constituye un espacio físico familiar y comunitario donde se construyen e instituyen todos los acervos culturales. Es decir, el territorio es el espacio de producción de sentidos (Pabón, 2006).

Dentro de ese espacio, la casa, como pequeño universo, ocupa un lugar esencial. Es allí donde se alimenta y fortalece el espíritu y el hombre establece toda suerte de relaciones con ese ámbito mayor. La casa como espacio de vida comulga con la naturaleza y se inserta en el paisaje. Es, en palabras de Marc Augé (2000), el “lugar antropológico”, histórico en la exacta medida en que escapa a la historia como ciencia. Este es

el lugar que han construido los antepasados, la morada de los abuelos. Por esta razón, el **emplazamiento y la relación con el contexto** devienen aspectos esenciales para su funcionamiento; se suman la **solución planimétrico-espacial y volumétrico-formal** porque en su concepción inciden prácticas, creencias, costumbres y tradiciones asociadas al modo de vida. Finalmente, hay una participación activa de los habitantes en la solución **técnico-constructiva** durante el proceso de ejecución de obras.

Se ha declarado que, en el marco de esta pesquisa, se asume como vivienda vernácula aquella que, de manera empírica, diseña y construye el hombre –dedicado al cultivo de la tierra– con materiales propios de su medio y tecnología, resultado del conocimiento individual y colectivo para satisfacer sus necesidades, y que deviene espacio para el despliegue de sus expresiones artístico-culturales ancestrales. Se retoma el concepto propuesto por la necesidad de ponderar la vocación y el carácter agrícola del asentamiento en el cual se erige este tipo de construcción, y se complementa con las variadas manifestaciones culturales que son el producto del quehacer histórico. Esa realidad resulta determinante en la conformación de este asentamiento de hábitat vernáculo, signado por la ruralidad.

Al definir las manifestaciones del patrimonio intangible a trabajar, resulta imposible obviar algunas que, sin ser artísticas en el sentido lato, están ligadas a la vivienda vernácula. Este pensamiento deriva de comprender, dentro del patrimonio intangible, conocimientos y usos vinculados con la naturaleza y el universo; técnicas productivas y sabiduría ecológica, entre ellos, los relacionados con la agricultura. También, las celebraciones religiosas y profanas, la gastronomía, la tradición oral como mitos, leyendas y creencias; además de expresiones vinculadas a espacios rituales o cotidianos.¹⁰⁸

¹⁰⁸ Véase, notas 69 y 70.

Por esta razón, se considera que la primera expresión a tener en cuenta debe ser la más vinculada a la base económica de la comunidad, el arte de cultivar la tierra; matizada por una sabiduría acerca de la naturaleza y el medio más inmediato y de técnicas y procedimientos aplicados para la extracción de sus frutos. Otras manifestaciones trabajadas son: la gastronomía, las creencias populares, la música, la danza, el canto, el vestido y las fiestas.

Al ser Chalguayacu una comunidad básicamente campesina, la casa como espacio privado y ámbito cerrado se extiende hacia la huerta; de modo que la agricultura, como actividad económica fundamental, condiciona una apertura que tiene lugar hacia el fondo y no hacia el frente, como sucede, de forma habitual, en otros asentamientos. “La organización del espacio y la constitución de lugares son, en el interior de un mismo grupo social, una de las apuestas y una de las modalidades de las prácticas colectivas e individuales” (Augé, 2000, p. 57). Estas peculiaridades inciden en las características de **emplazamiento** y, signan la **solución planimétrico-espacial y volumétrico-formal** como podrá apreciarse a continuación.

La preferencia por la vivienda aislada confinada en aparente ostracismo, regula la vida dentro de ella. Se abre o se cierra no solo porque es preciso conservar la temperatura hacia su interior, sino porque algunas prácticas así lo imponen. Esto genera posibles cuestionamientos en torno a la concepción de la fachada, a propósito de la relación forma-función, pues, como se ha explicado en el epígrafe anterior, la fachada principal es la más trabajada a partir de la disposición de sus vanos, paño texturado por la naturaleza del material o pintado en caso de estar revestida; es ella la que delata el uso de la edificación.

Sin embargo, el trasiego que tiene lugar en torno a la fachada posterior de la vivienda, no jerarquizada mediante elemento alguno y con

escasos vanos, es esencial para la vida de la familia y, por extensión, de la comunidad. Ella marca la relación entre la casa y la cuadra para los cultivos. Es allí donde se limpian las legumbres, se recogen los frutos y, luego, se accede al sitio destinado a su almacenamiento. Algunas casas cuentan con espacios que, además de cumplir la función para la cual fueron concebidos, deben servir para conservar productos o clasificar los granos.

En la actualidad, es raro encontrar dentro del inmueble un sitio destinado específicamente a estos fines, como sucedía en el pasado. Por lo general, se recurre a un rincón de una habitación cualquiera, de modo que la comunicación interior-exterior a través de la parte trasera, o en su defecto por los retiros laterales, es fundamental al haber sido asumida la planta compacta; también pudiera explicar que la planta sea más ancha que profunda, al facilitar el vínculo frente-fondo pues “lo exterior y lo interior actúan dialécticamente en la vida humana” (Iglesia, 2011, p.8).

Este rasgo pudiera asociarse a la impronta de la vivienda indígena; dentro de ella la mujer impera mientras el hombre domina afuera, allí donde “[...] se realizan actividades como beber, estar, [...] el desgranado, trillado [...] las artesanales [...]”; puede existir una banca -tronco de madera- que facilita la ejecución de estas[...].” (Naranjo, 1989, p. 353) (Figura 46).



Figura 46. Bancos de madera improvisados, 2017.

En la vivienda indígena, la intensidad en la ocupación del espacio abierto varía de acuerdo con el ciclo agrícola y los rituales que allí se realizan: festejar un bautizo, un matrimonio o celebrar un velorio; pero, en ocasiones, también se utilizaba la sala para esas fiestas familiares,¹⁰⁹ espacio que era amueblado con largos bancos de madera y una mesa grande dispuesta para ser utilizada en cualquier actividad familiar (*La Hora*, 2015). Esto significa que existe una interesante relación entre lo de adentro y lo de afuera.

La preferencia por la vivienda aislada deriva de la necesidad de utilizar el espacio resultante –tanto al fondo (patio) como al frente y a los lados (retiros)– para permitir el acceso y garantizar la conexión casa-cuadra como área de producción e interacción social, y casa-calle como vínculo entre el espacio privado y el público; entendido este último como sostén físico de actividades colectivas que superan los intereses individuales, lugar de contactos e interrelaciones y de expresión comunitaria, en tanto facilita la comunicación e identificación entre las personas. Es una suerte de repre-

¹⁰⁹ Fiestas de carácter religioso; actividades civiles, como matrimonios, o funerarias, como velorios.

sentación espacial de la colectividad que allí genera identidad. El espacio privado, al no ser de propiedad social, es menos accesible; comprende, básicamente, todo el escenario doméstico, más cerrado a la relación con los otros, cuya configuración debe ser apreciada como resultado de la interacción entre el ser humano y la arquitectura.¹¹⁰

Algunos testimonios permiten comprender la dinámica referida; “[...] en el Chota todos tenemos la huerta que nos da productos para nuestro hogar y estas tierras pasan de generación en generación [...]” (Josefrén Chálá, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016). La producción era asunto de toda la familia y cada miembro hacía su correspondiente aporte, “[...] cuando el marido trabajaba la mujer le seguía al campo con la comida y al regresar a la casa hacían el trabajo en conjunto” (Mercedes Acosta, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016).

Lo anterior está relacionado con la asignación natural del trabajo en la vivienda campesina: las mujeres en actividades reproductivas, biológicas y sociales (interior del inmueble), los hombres en las productivas y de intercambio (exterior del inmueble) (Sánchez y Jiménez, 2010). Sin embargo, este esquema podía ser quebrantado por necesidad. En Chalguayacu “La mujer trabajaba igual que el hombre [...] en la hacienda con pala, limpiando caña, empapelando el dulce, o si no en el cañaveral [...]. Había mujeres paleras [...] y sacudidoras de la hierba de la caña [...], también en las aradas [...]” (Comunicación personal de Gilberto Espinosa, citado por Naranjo, 2016, p. 22).

¹¹⁰ En este trabajo se asume una perspectiva convencional de la dicotomía espacio público-espacio privado, al no ser de nuestro interés entrar en disquisiciones teóricas en torno al asunto. Es conocido que en la actualidad existe una controversia a propósito de la interpretación del entorno físico, al considerar que este trasciende el mero escenario para convertirse en un elemento que participa de la interacción social y que, si bien el accionar humano modifica y resignifica el entorno, este de algún modo lo define al contextualizarlo desde diversas perspectivas -ambiental, personal y social-. Por otra parte, la privacidad no debe definirse como tácito aislamiento. Una persona establece el grado de acceso que considera óptimo para su bienestar y el espacio puede regular esta dialéctica. Las personas son las que con su interpretación sistemática del entorno convierten lo físico en simbólico (Valera, 1999).

En la vivienda vernácula es estrecho el vínculo trabajo-producción-vida familiar, y de esos elementos con el entorno. En consecuencia, no solo comprende la unidad de habitación, sino también el área de producción. En los espacios de la casa donde se desarrollan labores domésticas y productivas se expresan usos y costumbres asociados a la vida del hombre de campo; dentro de estas son importantes las que implican sociabilidad y expresión de tradiciones culturales.

Estas casas, por su propia naturaleza, difieren de las urbanas. En su concepción intervienen otros esquemas o normas que las particularizan. Pueden aparecer edificaciones anexas, por ejemplo, letrinas, corrales para la protección de los animales, para guardar el alimento que se dará de comer a los chanchos o para las herramientas de labranza. Se trata de construcciones, relativamente pequeñas, destinadas a diversas funciones asociadas a las peculiaridades del entorno y al modo de vida del campesinado.

La vivienda es reflejo auténtico de una vida, ajena a la idea de comodidad y confort urbanos; aparecen edificaciones y espacios utilizados por la familia en su vida diaria y sus valores son multidimensionales. Responde de manera natural e inmediata a las necesidades y posibilidades de los usuarios, tanto en lo relativo a cuestiones funcionales asociadas a su forma de vida ligada a la tierra, su historia y su cultura, como a las expresiones de lo plástico, en consideración de los condicionamientos naturales -la geografía, el clima, el contexto material y la infraestructura-, muchas veces escasa, elemental o inexistente (Vicente, 2014).

Ese trasiego entre la casa y la huerta impone las características de **emplazamiento**; se precisa de un área intermedia que conecte el interior de la vivienda con el terreno para los cultivos. Esa área es importante porque allí se generan relaciones comerciales -otra vía para la obtención de ingresos-, se conversa sobre temas diversos, se

intercambian experiencias y transmiten conocimientos vinculados a este quehacer. En fin, son prácticas asociadas a la agricultura.

Varios testimonios así lo ilustran:

“Mi papá me enseñó que en la luna creciente no era recomendable sembrar la mata de plátano porque cargaba súper alto [...], en menguante [...] cargaba en un tamaño normal, además, si se cosecha en luna tierna esa semilla se apolilla [...]” (Iván Lara, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016).

“[...] cuando una mujer está encinta de su primer hijo se le hace abrazar a los árboles de aguacate para que carguen mucho” (Josefrén Chalá, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016).

“[...] cuando se cultiva la yuca, hay que dejar el palo enterrado [...], es nutriente para la tierra” (Aida Caicedo, comunicación personal, 25 de noviembre de 2016).

Muy importante para el campesino es el abono del terreno y control de plagas, para eso se aprovechan “[...] las hojas de los árboles; estas se tienden y dejan podrir en el terreno [...]” (Olga Maldonado, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016).

Se recurre a

[...] la integralidad de la misma maleza ahí la plaga consumía la maleza y existía el equilibrio [...]. Mi papá siempre nos decía que nunca tenemos que quemar la maleza al momento de trabajarle, él siempre le amontonaba y le hacía descomponer y se mantenía el suelo fértil [...]. Según mi experiencia el tema de no quemar los desechos ya que estos se descomponen y sirve a la misma tierra. (Iván Lara, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016).

Estos testimonios refieren la conservación de tradiciones asociadas a la que constituye la base económica fundamental de estos poblados: respetar el criterio de los mayores a los que se debe esa sabiduría es garantía de éxito en la cosecha. Como las comunidades agrícolas están a merced de la naturaleza “[...] hay que fijarse muy bien en el clima para los sembríos y así aprovechar los regadíos de la lluvia [...]” (Aida Caicedo, comunicación personal, 25 de noviembre de 2016). Si todo sale bien, “Hay que darle las gracias por lo que nos ha dado; es preciso ir a la loma [...] donde está el sol naciente [...], allí se realiza una ceremonia para agradecer a la madre tierra [...]” (Aida Caicedo, comunicación personal, 25 de noviembre de 2016).

Las características de la vivienda de los habitantes del Valle del Chota están determinadas, en gran medida, por la altitud. En valles con cambios bruscos de temperatura, históricamente se ha preferido la construcción ligera, idónea para resistir el calor sofocante del día y el frío penetrante de la madrugada. Una de las razones por la que se defiende la conservación de este tipo de habitación está relacionada con el control térmico. Ella tiene la capacidad de mantener una temperatura agradable a toda hora, pues “en la mañana el espeso muro de tierra capta el calor del sol y lo conserva en su parte interna; durante la noche, el frío exterior que golpea la pared, empuja el calor contenido hacia el interior de la vivienda” (Saravino, 2011, p. 17).

Debe ponderarse, entonces, “la sabiduría vertida en la arquitectura vernácula [...] ya que la habitabilidad es solucionada en cualquier clima, sin necesidad de elementos eléctricos o electrónicos” (Torres, 2017, p. 9). Se trata de un conocimiento no aprendido en institución alguna, sino transmitido por tradición oral y corroborado en la práctica.

A propósito de la **solución planimétrico-espacial**, como ya se ha explicado, no existe una repartición única de los locales. Se considera

que siempre ha existido un espacio para los padres y otro para los hijos. Las habitaciones, con el paso de los años, han ganado en especificidad. La cocina, que puede servir además de comedor, es un área importante de la casa; cuando en la crujía trasera ha encontrado acomodo otra familia de la misma parentela puede que se acceda a ella directamente. La ubicación tradicional de la cocina es al fondo y, en algunas viviendas, las camas son colocadas próximas al fogón por la calidez que este genera (Naranjo, 2005).

La situación de la cocina es aprovechada en el mejoramiento de las condiciones del suelo. Cuenta una informante que “para abonar la tierra se usan los desechos que quedan de cuando cocinamos o, algo un poco tradicional, he escuchado que es bueno para no tener plagas poner a las plantas el agua jabonosa de cuando se lavan los platos” (Sindi Tapia, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016).

El soberado, además de atribuir belleza o acabado al inmueble, es útil para conservar semillas y cosechas. Esa es otra razón para que el puntal de la edificación sea bajo y no solo la sismicidad de la zona. Cuando la casa no tiene soberado, las semillas se echan en una bolsa que cuelga del techo para resguardarlas hasta el momento de la siembra, interesante detalle que afecta la solución volumétrico-formal. A propósito de este asunto dice Iván Lara:

Mi papá toma en cuenta el tiempo y el espacio al momento de hacer la actividad agrícola, por ejemplo, el tema de la preservación de la semilla en el soberado al lado del humo, en un lugar especial donde se preserva esa semilla seleccionada para el tiempo de siembra [...] (Iván Lara, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016).

El escenario doméstico es, quizá, el espacio más habitado por el hombre, y no concluye en las determinantes espaciales. Los utensilios vienen

a completarlo, el universo objetual es esencial para el funcionamiento de la casa convertida en hogar, ellos son facilitadores de las prácticas sociales (Iglesia, 2011, p.13). En la cocina de las casas de Chalguayacu se pueden encontrar, junto al fogón, muebles improvisados, fijos o móviles,¹¹¹ y utensilios de todo tipo usados para almacenar productos: ollas de barro, puros (calabazas secas), pilches (cascarones de coco), piedra para pilar y una batea (Figura 47). En otro rincón, las herramientas de labranza y demás instrumentos de trabajo. El mobiliario con el que se configuran los locales evidencia la estructura familiar y los hábitos sociales domésticos. La casa fue, desde siempre, un espacio dotado del ajuar preciso para la satisfacción de necesidades elementales y ámbito para el disfrute de expresiones que enriquecen el espíritu de sus moradores.



Figura 47. Utensilios para uso doméstico, 2016.

Durante su vida, los miembros de la comunidad incorporan elementos socioculturales del medio en que viven, proceso este que facilita su integración al entorno social. El vínculo con los otros tiene lugar en

¹¹¹ Entre los muebles móviles puede aparecer una cama, usualmente no concebida para ser dispuesta en ese local.

los dominios de las experiencias cotidianas. En Chalguayacu la casa es fundamental en la conservación de las costumbres alimentarias basadas, particularmente, en el consumo de leguminosas como el fréjol, en especial el guandul,¹¹² además de toda clase de frutas y carne de cerdo.¹¹³ También se come el sancocho con yuca y plátano, el camote -con sal o dulce- y varias clases de maíz; el bledo sazonado y las morcillas de cerdo. Un platillo muy peculiar es el fréjol con dulce de panela.

Mientras cocinan, la casa se llena de humo, pues hay pocas ventanas¹¹⁴ y el fogón no es de buena hechura, pero las cazuelas están bien limpias, fueron lavadas en un fregadero improvisado sobre unas piedras al fondo del patio, porque es preferible a tener que bajar hasta el río. El morocho de dulce y el champús son las bebidas de domingo y dedicadas a San Francisco; también se toma el jugo de tomate cernido.

La vivienda vernácula de Chalguayacu presenta evidentes puntos de contacto con la indígena, en la cual el espacio interior, familiar, se organiza alrededor del fogón, de donde emerge el fuego que sirve no solo para preparar alimentos, sino también para calentar el ambiente y alumbrarse (Naranjo, 1989, p. 353). Este rasgo ha sobrevivido durante años. En 1977 llegó la electricidad a Chalguayacu y la consecuencia más valorada por los lugareños es que con ella “se hizo la luz”. El investigador Iván Pabón (2006) recogió interesantes testimonios que permiten colegir lo que significó este hecho para los habitantes del

¹¹² El guandul es un nutriente fundamental que ha contribuido, según nutricionistas y antropólogos, a la contextura atlética de los negros de la región de Imbabura y Carchi.

¹¹³ En el Valle del Chota y toda la Cuenca del Mira, la comida gira alrededor del fréjol, que puede ser el de palo, más conocido como guandul, o el fréjol rojo o “misturiado”, que se prepara con aliños y no se deja cocinar mucho. Este es acompañado de carnes (pollo, cerdo), arroz y platanitos maduros fritos. La yuca y el plátano se comen cocinados o asados.

¹¹⁴ La escasez de ventanas es una reminiscencia de la vivienda indígena en la que existía un solo acceso. No se consideraba necesario la apertura de vanos porque “los indios se pasaban el día trabajando en el campo”, venían a la casa solo a dormir, por tanto, no había tiempo para que el calor los agobiara. Sin embargo, una razón asociada al arte de construir pudiera ser que el abrir ventanas en un muro de bahareque complejizaba mucho la ejecución de la obra.

Valle del Chota quienes, durante la noche, se alumbraban con bagazo amontonado con querosene, justo al centro de la habitación, remedo del fogón indígena o tullpa:

[...] íbamos a traer bagazo del trapiche y le poníamos ahí en la mitad del cuarto; el bagazo hacía claridad y abrigaba [...]. Hasta el rato que podían dormir los mayores, así se ajuntaban de tres, cuatro vecinas casas y se organizaba la gente y pasaban conversando; entonces, el rato de entrar a dormir, se iba a “prende” el montón de bagazo. De ahí, porque pobre casi “éramo” bien pobre, yo no sé qué pasó, pero así “hayga” sido [...] (Comunicación personal de Juan Cribán, citado por Pabón, 2006, p. 101)

Este testimonio corrobora que era un hábito, entre los pobladores de Chalguayacu, la quema de bagazo con querosene alrededor del cual se entablaban conversaciones en las noches. Estas pláticas afianzaban la relación de vecindad presente en actividades de otra naturaleza, como las agrícolas o de construcción. La electrificación trajo grandes beneficios a la comunidad.¹¹⁵

En Chalguayacu perviven algunas creencias populares que inciden en el funcionamiento de la casa; “es extendida la leyenda de que en todas las vertientes donde se cogía agua para la familia había un duende, por eso se iba con respeto y temor a ese sitio” (Iván Lara, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016). El duende es descrito como un hombre pequeñito con un sombrero grande que toca guitarra, se enamora de las mujeres bonitas y se las roba. Josefrén Chalá narra una vivencia:

Nosotros vivíamos junto a la huerta [...] y, mi esposa, tenía la costumbre de bañarse todas las noches en un ojo de agua que había más abajo. Una noche la oí gritar ¡Deja

¹¹⁵ Con la llegada de la electricidad, en 1977, los pobladores podrían tener equipos electrodomésticos –de sonido, la televisión y el refrigerador–; también contarían con agua potable “entubada” y, lo más importante, podrían alumbrarse en las noches. Todo ello condiciona cambios significativos en el modo de vida.

de molestarme con ese silbido! [...]. Era el duende que se había enamorado de ella y quería llevársela [...] (Josefrén Chalá, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016).

Consuelo Carcelén, asegura que “cuando estaba en cuarto año de escuela [...] abajo, por lo que antes había un San Pedro, unas vertientes, fuimos algunos niños, pero me quedé atrás, y ahí estaba un duende viéndome a mí [...] fue esa única vez” (Consuelo Carcelén, comunicación personal, 25 de noviembre de 2016). Todo esto sucede luego de traspasar el umbral de la puerta trasera, mientras los habitantes se adentran en la huerta. Paralelamente, en ese espacio intermedio, se elaboran instrumentos musicales, se baila, se canta y se preparan algunos alimentos, actividad muy importante para los moradores.¹¹⁶

En esa área desocupada se improvisa una mesa sobre la cual, con el mismo cuchillo usado para picar los vegetales que se echarán al sancocho, los paisanos cortan la punta de los pencos y de las calabazas que después serán sopladas a modo de instrumentos de viento por los músicos de la Banda Mocha, de larga tradición en Chalguayacu. Su génesis pudiera estar asociada a grupos clandestinos de músicos que entonaban cantos y plegarias en sus puestos de trabajo o de confinamiento, cuando llegaron los primeros negros esclavos al Valle del Chota. Estas agrupaciones, con una serie de instrumentos originales, imitan a las bandas clásicas de la sierra ecuatoriana, comúnmente conocidas como bandas de pueblo. La familia del músico, amigos y vecinos participan en la elaboración de los instrumentos.¹¹⁷ (Figura 48).

¹¹⁶ La existencia de terrenos libres favorece el desarrollo de otras acciones más allá de las de índole económica.

¹¹⁷ Desde finales del siglo XIX se tiene conocimiento de su existencia. Estas bandas están formadas por 12 o 15 músicos; su nombre alude a los instrumentos de soplo que emplean: varios tipos de puros (especie de calabaza seca), que son recortados o “mochados”, además de bombo, tambor, platillos y corneta de penco (cabuyo). El más emblemático de sus instrumentos de viento es la hoja del naranjo, y entre los de percusión se destaca la mandíbula de burro. Agregaban el particular ritmo del tambor choteño llamado “bomba”. Los pencos en forma de corneta sirven como amplificadores de la voz humana.



Figura 48. Banda Mocha de Chalguayacu, 2015.

La actividad de la Banda Mocha está relacionada con el proceso constructivo de la vivienda vernácula. La culminación de la fabricación, o de alguna reparación o agregado que se le haya hecho a esta, se ameniza con su actuación. Los integrantes de la minga tienen a su cargo la ejecución de la obra, y el dueño de la vivienda adquiere un compromiso con ellos por haber participado en la edificación de su casa, labor colectiva que fortalece la vecindad y los vínculos entre los miembros: “después del trabajo comunitario, el propietario tiene la obligación de servir comida, generalmente hornado, y de dar de beber algún licor” (Naranjo, 2005, p.417). Debe, además, restituir el trabajo cuando sea preciso. Una actividad festiva de esta naturaleza “ratificaba el sentimiento de reciprocidad, en el sentido de que quien había recibido ayuda para la edificación de su vivienda, se comprometía a reponer en trabajo cuando cualquiera de los colaboradores lo requiera” (Naranjo, 2005, p.418).

El espacio doméstico es, entonces, una prolongación de las relaciones humanas comunitarias. Existe un innegable vínculo entre ese microespacio de la vivienda autoconstruida y el fomento de una identidad familiar y grupal, si se tienen en cuenta las redes que funcionan entre los futuros habitantes para que se logre la edificación de la casa, y una red social de apoyo, basada en la solidaridad que se materializa estéticamente en ella (García, 2005).¹¹⁸

Según la cosmovisión afroecuatoriana, en la casa conviven vivos y muertos en cierta armonía. Estas presencias generan enfermedades ligadas a lo espiritual o energético más que al cuerpo propiamente dicho. Asomarse a una vivienda abandonada puede ser peligroso: se está expuesto a coger “mal aire” por la influencia de un muerto cercano o reciente que, por proximidad física o afectiva, produce la enfermedad que puede consistir en un repentino dolor de cabeza o malestar general.¹¹⁹ Existe el criterio de que la pequeñez de puertas y ventanas se convierten en una barrera física que evita estos males. Ello conduce a pensar que la reducida dimensión de los vanos tiene condicionantes que van más allá de los rigores del clima.

Como la casa también está habitada por los vivos, luego de entrar a ella, puede que en cualquiera de sus rincones se encuentre a un anciano sentado en una silla vieja o sobre un tronco seco, mientras arregla una batea y mira por la ventana. A veces se sienta al frente de la casa, en ese banco sólido donde se prolonga la pared, remedo de viejos poyos para el descanso; o se reúne con los otros a disfrutar de *la bomba*. Esta es la principal manifestación cultural de los habitantes del Valle del

¹¹⁸ La Banda Mocha anima las festividades de la comunidad, los cumpleaños de las familias, celebrados en las casas o en espacios abiertos donde todos pueden participar. Interpretan un repertorio muy variado.

¹¹⁹ Para resolver esta situación se le pasa un huevo a la persona, especialmente, por la cabeza mientras se rezan unas oraciones. También se habla del “mal viento”: este afecta a quienes salen en la madrugada sin antes hacerse un sahumero, pues concentra los espíritus de los muertos de las horas pesadas.

Chota y, junto con la Banda Mocha, paradigma de la expresión musical y dancística en la zona.¹²⁰

Las actividades en las que interviene la bomba requieren para su realización de un espacio, un soporte físico, material -una casa, el parque, la sede de una institución cultural, la calle; en fin, la comunidad-, de modo que existe entre lo material y lo inmaterial una relación indisoluble. Gregorio Chalá cuenta que

[...] cuando eran las fiestas de las casas se reunían en familia y amigos, y era el festejo por las casas y bebían con la bomba; mi abuelo tocaba la bomba y otro el violín y las madres preparaban los alimentos, había andenes de madera para sentarse, comían, bebían y luego se iban a su casa (Gregorio Chalá, comunicación personal, 31 de enero 2017).

En la actualidad, los que llegan a Chalguayacu son recibidos por el inconfundible sonido de *la bomba*. Los jóvenes que días atrás ayudaban a cargar los adoquines para el arreglo de las calles, ahora bailan en la sala de una casa; puede verse a través de la puerta principal que está llena de gente. Algunos solo miran pegados a la pared, se ríen y aplauden porque la letra es graciosa. Todos se mueven con esos gestos de picardía y parecen competir para ver quien lo hace mejor; bailan formando círculos con sus caderas. Las mujeres llevan botellas de aguardiente o un cesto lleno de frutas en la cabeza y se contonean sin que estas caigan al suelo. *La bomba* tiene una fuerte carga erótica por el permanente acoso del hombre a la mujer. Muchas de las canciones

¹²⁰ La bomba es un género dancístico-musical que incluye la poesía y refleja las vivencias cotidianas del pueblo. Vinculada a las actividades productivas, sociales y religiosas -cumpleaños, matrimonios, bautizos, festivales musicales- adquiere la dimensión de símbolo de cohesión e identidad. Se distingue por el sonido de un instrumento bímembranófono, hecho de madera de balsa o del tallo de la cabuya y cueros de chivo curtidos. Como conjunto, mantiene una composición básica: un guitarrista y un bombero (a los que se pueden sumar dos guitarristas), la mandíbula de burro, una raspa o güiro, maracas y sonajeros; en ocasiones se incorpora una hoja de naranjo o guayabo que se toca con la boca (Chalá, 2006; Antón, 2010; Villa, 2015).

que se interpretan hacen referencia a la esclavitud, al trabajo en las plantaciones de caña de azúcar (Naranjo, 1989, p. 209) (Figura 49).

Letra de una “bomba”.

Estrofa:

A la culebra verde,
cholita noagas caso;
mete caña al trapiche,
saca caña bagazo.

Estribillo:

Meniate, meniate,
yo te daré un medio;
ele ya me menio,
quierde pes el medio.

Estrofa:

Anoche yo fui por verle
por el hueco del tejado,
salió tu mama y me dijo:
¡por la puerta condenado!

Estribillo:

Meniate, meniate,
yo te daré un medio
ele ya me menio,
quierde pes el medio.



Figura 49. El baile de la “bomba” en las calles de Chalguayacu.

El sitio elegido para el festejo es una casa en cuya construcción, los que ahora se divierten, pueden haber tenido participación al formar parte de uno de los dos grupos sociales implicados en la ejecución de obras: el doméstico, integrado por los miembros de la familia, y el comunitario, al que pertenecen los vecinos. Todos brindan su apoyo y colaboración sin diferencia de edad ni sexo “lo que expresa la unidad familiar en términos económicos y sociales” (Rapoport, 1969, p.122). A cambio de esta espontánea colaboración solo se espera que la persona beneficiada haga lo mismo por su vecino cuando sea preciso (Fathy, 1982).

Además de *la bomba* y la Banda Mocha, en Chalguayacu existe un significativo repertorio de canciones asociado a la liturgia funeraria. Comenta una informante que “más que plegarias hay salves: canciones que se cantan en los velorios [...]; deberíamos aprenderlas para conservar la tradición” (Sindi Tapia, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016). Otro habitante de la zona dice: “Se realiza el velorio en el cual se reparte agua de canela con galletas a las personas que acompañan; un grupo de mujeres realiza los cánticos de motivo religioso, después se hace la misa y, posteriormente, el entierro” (Raúl Maldonado, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016).

Entre estas mujeres puede que estén las conocidas como *Las Tres Marías*,¹²¹ acompañan a las familias en momentos luctuosos. Nadie como ellas entona los cantos de difuntos mientras los vecinos acuden a acompañarles, sentados en los bancos y sillones improvisados, porque no caben todos en el pequeño espacio. Se trata de cantos tradicionales aprendidos de sus abuelas, en los que puede aparecer algún elemento africano porque quizás fueron los ritos funerarios los que alcanzaron una mayor connotación en el Nuevo Mundo, donde se encuentra más acentuado el elemento afro (Gutiérrez, citado por Peña 2011, p. 64) (Figura 50).

¹²¹ Las Tres Marías son las hermanas Gloria, Rosa y Magdalena Pavón, quienes, desde muy jóvenes, acompañan sus tareas domésticas con cantos asociados a ritmos afrochotoños.



Figura 50. *Las Tres Marías* frente a una vivienda vernácula, 2016.

Sobre este asunto comenta Iván Lara: “Existe una gran diferencia cuando se lamenta la partida de un ser querido y los cantos y salves tienen letras tristes pero que alivianan el dolor de la pérdida [...]. Es una religiosidad que parte de la colonia [...] de la herencia esclavista, como que ahí nos parecemos a los indígenas porque somos muy religiosos[...]” (Iván Lara, comunicación personal, 24 de noviembre de 2016). Llama la atención que señale solo a los indígenas como posible influencia cuando se conoce que los africanos también eran muy religiosos y lo son sus descendientes.

Existen algunas prácticas de ascendencia africana, pero el catolicismo tiene una gran fuerza en la zona; por ejemplo, la iglesia de Chalguayacu es católica y se hacen fiestas santorales en las que muchas personas participan: “los jesuitas vinieron y nos trajeron a un santito que tenemos aquí en Chalguayacu, San Francisco Javier que es el patrón de la comunidad” (Rosa Pavón, comunicación personal, 31 de enero de 2017).

A la adoración de las deidades del santoral católico están asociadas las fiestas religiosas de las que dan fe los habitantes de la zona y en cuya organización interviene la casa: “Las señoras, en las fiestas nos ayudaban en los quehaceres domésticos, preparaban la comidita y atendían a las amistades, a los amigos que venían de otros caseríos [...]” (Comunicación personal de Dioselina Carvajal, citado por Naranjo, 2016, p. 17). Entre las fiestas más importantes en el poblado, además de la de San Javier, estaban las de Santa Marta y La Dolorosa: “Entonces las familias de por aquí preparábamos un champús, una chicha, una carne con yuca, el que tenía para dar a los buenos amigos (Comunicación personal de Dioselina Carvajal, citado por Naranjo, 2016, p. 17). Las festividades eran amenizadas por los conjuntos de música típica del caserío, con *las bombas*.

La entonación de cantos y ritmos de origen africano también está asociada a la vida doméstica. En su vida diaria, Las Tres Marías cantan mientras preparan los alimentos en la cocina, junto al fuego de un fogón rústico; mientras limpian el piso de cemento de la casa para que no se vea tan opaco por el polvo que entra desde la calle adoquinada; mientras arreglan las camas colocadas en cada ángulo del dormitorio, o en otro espacio, porque del techo puede haber caído alguna partícula de madera o caña. Cuando realizan tareas más duras como pelar las habas o desgranar el fréjol¹²² en el patio trasero, o cuando tienen que

¹²² Son esos los productos que llevarán al mercado para venderlos, allí se las puede ver en su puesto, con su atuendo colorido mientras entonan cualquier canción.

bajar al río a lavar la ropa.¹²³ Al atardecer se sientan, ataviadas, frente a su casa, al borde de la calle y saludan a todo el que pasa.

Estas mujeres son ejemplo de la conservación del vestido tradicional: sayas amplias de colores vivos, debajo de las cuales llevan pantalones; blusas también coloridas de tela ligera con delantal superpuesto, rebozo, aretes, collares multicolores y pañolón en la cabeza (Figura 51).¹²⁴ Así vestidas, venden productos en el mercado o permanecen en casa ocupadas en sus quehaceres; se sientan en el escalón a hacer labores como coser, o salen a caminar por la comunidad. Las niñas y adolescentes llevan peinados trabajados con trenzas. Ante la obligada pregunta de por qué lucen así, contestan con mucha naturalidad: “porque así lo hacían nuestros ancestros”. Los varones usan camisas blancas o de colores claros con pantalón de paño y sombreros de ala corta o gorras;¹²⁵ Tomás Carabalí, más conocido como TC,¹²⁶ es ejemplo de ello.

¹²³ Justo en uno de esos días fueron descubiertas, por casualidad, por un gestor cultural mientras lavaban en las acequias en el camino de Pimampiro. Invitadas a participar en importantes festivales a nivel nacional e internacional, Las Tres Marías han sido merecedoras de premios que han confirmado su valor dentro de la cultura nacional.

¹²⁴ Las fuentes refieren que, en tiempos de esclavitud, las mujeres usaban un faldellín cocido con sus cintas de reata. Para ello, los jesuitas les entregaban, anualmente, dos varas y media del mismo material para su rebozo, cuatro varas de tocuyo en corte con sus diez hebras de pita para coser las camisas y un paño para la cabeza. Además, llevaban collares y aretes confeccionados con semillas de colores (Rodríguez, 1983).

¹²⁵ Los más jóvenes llevan pantalonetas, camisetas y zapatos de caucho. Las telas con las que se confeccionaba la ropa de los hombres consistía en una bayeta de liencillo y sayal que era traída desde los obrajes de Otavalo, elaboradas con lana y algodón, siendo esta última fibra la preferida por el clima cálido. El vestido de los negros esclavos era sencillo: una especie de calzón de liencillo arregnable con un cordón corto, una camisa simple de algodón, ozhotas o alpargates de cabuya, en el mejor de los casos. Casi siempre andaban descalzos en virtud de su propio trabajo. Era de mirar a los negros paneleros, quienes por razones de seguridad y para evitar heridas en sus pies al pisar sobre las puntiagudas hojas de caña, utilizaban una especie de oshota confeccionada con cabuya y capelladas de cuero para protegerlos (Rodríguez, 1983). Por su lado, los niños -los muleques- “andaban casi desnudos, apenas tapados su cuerpecillo con un camisón largo que les llegaba a las rodillas. Los mulecones traían una camisa corta extendida hasta el ombligo, pantalón corto y pies descalzos” (Ruffon, 1999, p.120).

¹²⁶ Tomás Carabalí -TC- Es hijo de una de Las Tres Marías, aprendió este arte desde niño, observando como tocaban sus padres. Se trata de un saber que se transmite de generación en generación.



Figura 51. Vestidos típicos, 2016.

Este hombre es uno de los músicos emblemáticos de la Banda Mocha de San Miguel de Chalguayacu.¹²⁷ Durante una de las tantas conversaciones con él, manifestó su interés por conservar su casa “así tradicional, solo que necesitamos arreglarla para que esté más bonita” (Tomás Carabalí, comunicación personal, 7 de enero de 2017). Esto permitió constatar que los habitantes de la comunidad, aunque hayan levantado una vivienda moderna en el patio, o esté en proceso de construcción, insisten en ocupar la “casa vieja”, no solo por razones prácticas, sino también de índole emocional y afectivo.

El modo de vida de los habitantes de Chalguayacu está marcado por una clara tendencia a la unidad y extroversión; uno de sus habitantes así lo ilustra: “nos gusta sentarnos al filo de la calle en una silla cualquiera; yo lo hago en un tronco de capulí que tumbó la ventolera hace unos años y converso con cualquiera que pase por la calle” (Sixto Chalá, comunicación personal, 14 de marzo de 2015). Ese trozo de madera ya forma parte del mobiliario doméstico. Al frente de la casa se ejerce algún oficio, o simplemente se conversa, haya corredor o no.

Las viviendas vernáculas de Chalguayacu son muy económicas si se comparan con otro tipo de edificaciones, dado el uso de materiales que se encuentran en el lugar, que son tomados de la naturaleza y a ella han de retornar luego de cumplida su vida útil. Resultaría una alternativa valiosa desde el punto de vista ecológico. En la **solución técnico-constructiva** es esencial la intervención de los moradores, no solo porque son ellos quienes extraen las piedras del río y trasladan cañas y maderas desde los montes cercanos, sino porque en la comunidad se mantiene el proceso tradicional con que los alfareros elaboran los adobes.

¹²⁷ Esta banda apareció a mediados de la década de 1920. El actual elenco pertenece a la quinta generación, por lo que debería ser declarada “Patrimonio Viviente” de la cultura ecuatoriana.

Este es un trabajo de familia, entre todos preparan el lodo¹²⁸ que contiene, además, rezagos de bagazo, tierra y piedras de la zona que se colocan en los cuadros donde se establece la forma del adobe. Luego se sacan y se ponen a secar durante un tiempo determinado¹²⁹. La descripción de este proceso ilustra cómo esta habilidad es transferida de padres a hijos en la práctica; se trata de una sabiduría signada por la experiencia que pasa a formar parte del legado patrimonial comunitario (Figura 52).



Figura 52. Proceso de elaboración del adobe.

Es dentro de esas casas de adobe y tejas, entre esas paredes ya vetustas por el tiempo transcurrido, donde se han gestado las más diversas expresiones culturales para luego irrumpir en la comunidad. La música, la danza, el canto, las fiestas, la gastronomía, el vestido, las creencias, la producción; todas ellas han madurado bajo el techo de tejas, paredes de

¹²⁸ Esta tierra, llamada chocoto, tiene que ser preparada con mucho cuidado; debe ser menuda y es aventada con una pala.

¹²⁹ Véase, *Chalguayacu. Vivienda vernácula entre la resistencia y el riesgo*. Material audiovisual realizado por Miguel Naranjo Toro, en el año 2017, como parte de la investigación de este libro.

adobe, pisos de cemento o de tierra, puertas externas de madera y vanos internos con cortinas de tela, en uno o varios ambientes, a flor de piso o bajo la calle. Allí se forjaron mujeres y hombres con cultura e identidad, que la recuperan en el día a día dentro y en torno a esa casa vieja. En esta vivienda se forja y desarrolla el devenir económico, político, social y cultural; ahí se reconstruye y recupera una historia de este pueblo.

Como se aprecia existe una estrecha relación entre patrimonio material e inmaterial por lo que, a la preservación del primero habría que sumarle la del acervo de tradiciones, usos y costumbres, fiestas y formas de celebración que han configurado la identidad. Si la cultura constituye elemento fundamental de la condición humana, la nominación del patrimonio es un resultado complejo que debe extenderse a todas las cualidades de la ordenación de los sentidos (Guanche, 2003). Es desde esta perspectiva que se propone sea valorada la vivienda vernácula de Chalguayacu.

La necesidad de salvaguardar el patrimonio de la cultura inmaterial ha ganado espacio a nivel internacional, evidente en las normativas contenidas en la Convención de la UNESCO (2003) y la Convención sobre la protección y promoción de la diversidad de las expresiones culturales (UNESCO, 2005). Por su parte, la Comunidad Andina de Naciones (CAN, 2004), hizo énfasis en la urgencia de salvaguardar los bienes inmateriales considerados como patrimonio intangible.¹³⁰

Hay que ofrecer otros enfoques al tema del patrimonio y redelinear algunas perspectivas. Es necesario ponderar al ser humano como centro de la identidad, concebida como un elemento dinámico y en permanente creación (Gutiérrez, 2002). Un acercamiento al patrimonio

¹³⁰ Se entiende como salvaguarda “la toma de medidas encaminadas a garantizar la viabilidad del patrimonio cultural inmaterial, comprendidas la identificación, documentación, investigación, preservación, protección, promoción, valorización, transmisión y revitalización de este patrimonio en sus distintos aspectos” (UNESCO, 2003, artículo 2).

implica reconocer la historia de los otros. Aquí se inserta el tema de las prácticas culturales de ese hombre común que, de una generación a otra, ha logrado conservar elementos ligados a su vida diaria en medio de un entorno matizado por peculiaridades que hoy ya forman parte de su acervo cultural.

Es preciso cambiar el criterio de apreciación para trascender de lo histórico hacia lo cultural. Esto permite comprender que puede ser patrimonio desde una estación de ferrocarril a un molino (Gutiérrez, 2002). Visto de este modo, no hay dudas de que el trapiche de La Concepción¹³¹ y los artefactos empleados para tamizar la sal en la comunidad de Salinas,¹³² son tan válidos como lo es *la bomba* y la vivienda vernácula de Chalguayacu; estas dos últimas, expresiones de los habitantes del Valle del Chota. Se trata de manifestaciones vivas que han sido heredadas y conservan absoluta vigencia, pues inciden en la economía de estas comunidades y satisfacen necesidades. Deben ser más valoradas junto con el medioambiente al que están directamente conectadas.

En la actualidad, existe un mayor reconocimiento de la relación entre el patrimonio natural y el cultural, entre el individuo y su medio, entre el patrimonio tangible e intangible. Y ahí sigue el hombre centrándolo todo, habitante de esos espacios que albergan conjuntos arquitectónicos y estos, a su vez, sirven de marco para el despliegue de manifestaciones que debieran recibir mayor reconocimiento.

La República del Ecuador se ha sumado a esta preocupación internacional y en su Constitución vigente reconoce, como parte del

¹³¹ Se refiere al trapiche de la hacienda Santa Ana en La Concepción –región de la Sierra–, heredado de la época colonial, que aún está en actividad.

¹³² La comunidad de Salinas, ubicada en el valle homónimo, también en la Sierra ecuatoriana, cuenta con un museo donde se exhiben los artefactos empleados para elaborar la sal y se ilustra todo el proceso productivo.

patrimonio cultural tangible e intangible, relevante para la memoria e identidad de personas y colectivos y objeto de salvaguarda del Estado, a las diversas formas de expresión como la tradición oral y manifestaciones y creaciones culturales, incluyendo las de carácter ritual, festivo y productivo. Las edificaciones, espacios y conjuntos urbanos, monumentos, sitios naturales, paisajes, entre otros, que constituyan referentes de identidad para los pueblos o que tengan determinados valores (Asamblea Nacional del Ecuador, 2008, pp. 170-172).

EPÍLOGO

La condición de comunidad, agrícola y rural, coloca la arquitectura doméstica de Chalguyacu en los predios de lo vernáculo. Está signada por el uso de materiales locales, mano de obra comunitaria y tecnología aprendida por herencia. Su carácter rural incide en el modo de pensarla; se trata de la casa concebida como algo más que inmueble para habitación, porque de ella también forma parte la parcela, edificaciones anexas y manifestaciones culturales y patrimoniales que se insertan en ese espacio.

La vivienda vernácula de Chalguyacu es testimonio de una tradición constructiva enraizada en el pasado prehispánico. Como toda la región, esta comunidad participa de una forma de edificar devenida en heredad; de modo que es difícil determinar la influencia que pudo haber tenido la presencia de los afroecuatorianos en la zona.

Sus caseríos, remedo de las rancherías habitadas en tiempos de esclavitud, eran concebidos con escasos recursos y a partir de técnicas que formaban parte de la tradición constructiva andina. Sin embargo, le impregnan su espíritu a través de la impronta de expresiones que imponen adecuaciones al espacio, en una estructura básica que no ofrece resistencia dada su flexibilidad funcional. Desde esta perspectiva, es posible

que la tradición africana haya incidido debido a la necesidad de cultivar, dentro de esos límites físicos, manifestaciones culturales ancestrales que les permite mantenerse cohesionados como grupo: su identidad.

La evolución de la vivienda vernácula de Chalguayacu se refleja en la ascensión del adobe y de las tejas criollas o españolas como materiales constructivos: el primero también heredado de los indígenas, el segundo traído por los jesuitas. Esta arquitectura doméstica se mantuvo dentro de los dominios de lo vernáculo, conservando de aquellas primeras construcciones -ranchos de mediados de la década de los años 50- elementos en la solución planimétrico-espacial y volumétrico-formal.

La arquitectura de Chalguayacu es, como la de otras tierras pertenecientes al mismo espacio, un producto mestizo. En ella confluyen elementos de diversas procedencias; pero el análisis, a partir de las variables establecidas para este estudio, otorga preeminencia a lo indígena. Este fue asimilado por los descendientes de africanos allí establecidos que metabolizaron esa impronta, pues su pertinencia estaba probada en las condiciones climáticas de la región y se convirtió en marco propicio para la creatividad distintiva del quehacer popular, encauzada en diversas soluciones para dar acceso a otras expresiones.

Se trata de un inmueble en el que se evidencia el audaz tratamiento de los aspectos compositivos, la búsqueda de equilibrio y armonía entre planos horizontales y verticales; limpieza en una construcción concebida a base de formas cúbicas, volúmenes puros y aprovechamiento de las potencialidades del material para crear efectos visuales, resultado de la habilidad y creatividad de un artífice anónimo y popular que, sin proponérselo, moviliza sensaciones y provoca placer en quien la percibe.

La vivienda vernácula de Chalguayacu configura su identidad como un proyecto simbólico que el individuo construye y evoca valores

comunitarios al estar asociada a tradiciones de la colectividad. El modo de vida, los hábitos y costumbres arraigados y heredados matizan la concepción del hábitat. Al mismo tiempo, es en este contexto donde manifestaciones como la música, la danza, el vestuario, la gastronomía, entre otras, encuentran el espacio ideal para su despliegue. Esta es una muestra de la estrecha relación que se establece entre lo tangible y lo intangible, en cuyo centro está el hombre.

Las manifestaciones del patrimonio intangible están ligadas a la vivienda vernácula; sin embargo, por su dimensión y persistencia, superan los límites de ese marco como escenario. Involucran y dominan la comunidad toda, más allá de la solvencia económica y del *status* social de sus habitantes. Su impronta transgrede los límites del marco arquitectónico, pues estas expresiones no penden de las peculiaridades del espacio construido ni de una estructura física determinada.

Estas viviendas tienen valor estético, fundamentado en la evaluación de su diseño y concepción manufacturada; valor de originalidad derivado de sus cualidades y coherencia con el contexto natural y valor funcional, por los usos originales y tradicionales que encierra, lo cual refuerza su significado. Poseen, además, valor educativo, porque su permanencia potencia la toma de conciencia sobre la cultura y la historia. Su valor social proviene de su relación con las actividades socioculturales que tienen lugar en ella, esenciales en la construcción de la identidad y, por tanto, de interés popular. Tiene valor histórico porque se asocia a hechos del devenir local.

Los rasgos definitorios de la vivienda en Chalguayacu y sus valores patrimoniales se manifiestan en la manera en que se fue erigiendo la imagen del ambiente construido asociado a la historia. La valoración de estas viviendas como bienes culturales resulta indispensable en la edificación de la memoria y en su reconocimiento como un espacio de vida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Acosta, T.; Arias, N. y Valladares, A. (2015). *Chalguayacu, Boletín informativo de la comunidad*. Universidad Técnica del Norte (UTN), Ingeniería en gestión y desarrollo social, Ibarra, Ecuador.
2. Aguilar, B. (2001). Estado del arte sobre la arquitectura vernácula en México. *Vivienda rural, Tercer Seminario sobre vivienda rural y calidad de vida en los asentamientos rurales*. Memoria. Programa Iberoamericano de Cooperación (pp.809-818). Santiago de Cuba, Cuba.
3. Agullón, J. (2010). Habitabilidad de la vivienda rural, construcción de indicadores. *IV Foro Internacional de investigación en Arquitectura*. Programa Interinstitucional de Doctorado en Arquitectura, Universidad Autónoma de Aguascalientes, México.
4. Agullón, J., Benítez, V. y Arista, G. (2011). El patrimonio tangible e intangible de la tradición constructiva Teenek en la huasteca potosina. *VI Cátedra Nacional de Arquitectura Carlos Chanfón Olmos*. Facultad del Hábitat, Universidad Autónoma de San Luis Potosí. México.
5. Alvear, S. (1968). *La serpiente emplumada*. Quito: Clero.
6. Antón, J. (2010). *La experiencia afrodescendiente y la visibilidad estadística en el Ecuador*. Comisión económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Colección Documentos de proyectos. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
7. Archivo Compañía de Jesús (1705). Tomo II. Quito, Ecuador.
8. Archivo de la Compañía de Jesús de Quito (1968). Quito, Ecuador.
9. Archivo del Convento Máximo la Merced de Quito (1686). Tomo III, folio 98), Quito, Ecuador.
10. Archivo del Convento Santa Catalina de Ibarra (s.f.). Cartas y expedientes, folio 225, Ibarra, Ecuador.
11. Ariès, P. y Duby, G. (Dtres) (1989). *Historia de la vida privada de la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Editorial Tauros.

12. Arrata, M. (2014). Destrucción de la arquitectura vernácula campesina en los andes ecuatorianos. *Agusvinnus*, 9, pp. 343-347.
13. Asamblea Nacional del Ecuador (2018). *Plan Nacional de Desarrollo*. Quito, Ecuador.
14. Asamblea Nacional del Ecuador. (2008). *Constitución de la República del Ecuador*. Quito, Ecuador.
15. Augé, M. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Editorial Gedisa.
16. Bachelard, G. (1965). *La poética del espacio*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
17. Benévolo, L (1972). *Historia de la arquitectura moderna*. La Habana: Instituto Cubano del libro.
18. Bouisson, E. (1997). Esclavos de la tierra: Los campesinos negros del Chota-Mira, siglos XVII-XX. *Procesos*, 11, pp. 46-67.
19. Browne, E. (1988). *Otra arquitectura en América Latina*. México: Editorial Gustavo Gili.
20. Burke, P. (2000). *Formas de historia cultural*. Madrid: Editorial Alianza.
21. Cárdenas, E. (1989). Conceptos de tipo y de tipología. *Revista científica Arquitectura y urbanismo*, 10(2), pp. 58-65.
22. Cárdenas, E. (1998). *Problemas de teoría arquitectónica*. Guanajuato: Editorial Universitaria.
23. Cárdenas, E. (2015). *Historiografía e identidad en la arquitectura cubana*. La Habana: Ediciones Unión.
24. Cátedra de arquitectura vernácula Gonzalo de Cárdenas (1998). *Jornada de arquitectura vernácula. Carta de Cuba*. La Habana, Cuba.
25. Chalá, J. (2006). *Chota profundo. Antropología de los afrochoteños*. Quito: Abya-Yala.
26. Chalá, J. (2013). *Representaciones del cuerpo, discursos e identidad del pueblo afroecuatoriano*. Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador: Editorial AbyaYala.

27. Cloke, P. (2006). *Conceptualizing Rurality*. Handbook of rural studies. London: SAGE Publications Ltd.
28. Comunidad Andina de Naciones (2004). Decisión 538 sobre la protección y recuperación de bienes del patrimonio cultural de los países miembros de la Comunidad Andina de Naciones (CAN). Quito, Ecuador.
29. Coronel, R. (1991). *El valle sangriento: de los indígenas de la coca y el algodón a la hacienda cañera jesuita, 1580-1700*. (Vol. 4). Ecuador: Editorial AbyaYala.
30. Cruz, D. (2003). *La arquitectura doméstica de los bateyes azucareros en la región oriental de Cuba, 1900-1930*. (Tesis inédita de doctorado). Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba.
31. Cruz, D. (2015). *Pueblos de madera y azúcar*. Santiago de Cuba: Ediciones Caserón.
32. Delgado, A. (2016). *Del gol al nocaut. Expectativas de movilidad social a través del deporte en las y los jóvenes afro descendientes de la comuna Juncal-Chalguayacu*. (Tesis de maestría). FLACSO, Quito, Ecuador.
33. Díaz, M.C. (2010). *Criterios y conceptos sobre el patrimonio cultural en el siglo XXI*. (Serie materiales de enseñanza). Universidad Blas Pascal, Año 1, No. 1. Córdoba, Argentina.
34. Díaz, R. (2003). *Diagnóstico de Identidad Cultural Afroecuatoriana*, Quito: Banco Interamericano de Desarrollo.
35. Disselhoff, H. (1954). *América precolombina*. Barcelona: Ediciones Orbis.
36. Echeverría, J. (1990). La vivienda prehispánica en los Andes Septentrionales del Ecuador. Sarance 14, pp. 41-71.
37. Echeverría, J. (2011). *Glosario de arqueología y temas afines*. Instituto Nacional del Ecuador, Ecuador.
38. Fathy, H. (1982). *Arquitectura para los pobres*. México: Extemporáneos.
39. Fathy, H. (1976). *Architecture for the Poor: An Experiment in Rural Egypt*. Chicago: University of Chicago Press.
40. Fernández, O. (1991). El autor de la arquitectura popular. *Revista de*

- Folklore*, 11b(128), pp. 47-49.
41. Frampton, K. (1990). Lugar, forma e identidad: hacia una teoría del regionalismo crítico. En Toca, A. (ed.) *Nueva arquitectura en América Latina: presente y futuro* (pp. 25-34). México: Gustavo Gili.
 42. García, A. (2005, enero-abril). Vivienda, familia, identidad. La casa como prolongación de las relaciones humanas. *Trayectorias*, 7(17), pp. 43-56 Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, Nuevo León, México. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60722197006>
 43. García, A. (2012). Prólogo. En Roura, L. y Ángelbello, T., *Vivienda esclava y rural en Cuba: bohíos y barracones* (pp. XI-XXII). Artemisa: Editorial Unicornio.
 44. Gasparini, G. y Margolies, L. (1986). *Arquitectura popular de Venezuela*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.
 45. Giedion, S. (1968). *Espacio, tiempo y arquitectura*. Barcelona: Editorial científico-médica.
 46. González Calles, J. (2003). “Cambios en la vivienda urbana en Ibagué: un problema de Historia de las Mentalidades”, en *Scripta Nova*, Vol. VII, 146(116). Recuperado de: [http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146\(116\).htm](http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146(116).htm).
 47. González Ruibal, A. (2001). Etnoarqueología de la vivienda en África subsahariana: aspectos simbólicos y sociales. *Revista sobre Arqueología en Internet*. Recuperado el 14 de marzo del 2015 de <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/3-2/ruibal.pdf>
 48. Grijalva, C. (20 de septiembre de 1938). *Carta al editor*. Ecuador: Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, Editorial El Día de Quito.
 49. Guanche, J. (2003). ¿El Patrimonio de la Cultura Popular Tradicional es Realmente Inmaterial o Intangible? *El Catobepias*, 19, p.10. Recuperado de <http://nodulo.org/ec/2003/n019p10.htm>
 50. Gutiérrez, M. (2004). *Encomenderos de la Villa de San Miguel de Ibarra en el siglo XVII*. (Trabajo de grado). Pontificia Universidad Católica

- de Ecuador, Ibarra, Ecuador.
51. Gutiérrez, R. (1983). *Arquitectura y urbanismo de Iberoamérica*. Madrid: Ediciones Cátedra.
 52. Gutiérrez, R. (2002). La situación del patrimonio cultural argentino y latinoamericano. (Conferencia Magistral). *Jornadas Nacionales Del Patrimonio Cultural. Patrimonio Cultural Tangible e Intangible*. Centro Cultural Borges, Instituto Argentino de Gestión y Políticas Culturales Buenos Aires, Argentina.
 53. Gutiérrez, S. (2012). Gramática de la casa. Perspectivas de análisis arqueológico de los espacios domésticos medievales en la península Ibérica (siglos VII-XIII). *Arqueología de la arquitectura*, 9, pp. 139-164.
 54. Heinz, H. (2000). Teoría estética, y estética de las artes plásticas. *Revista Internacional Marx, Ahora*, 20, pp. 46-47.
 55. Heller, A. (1991). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Editorial Península.
 56. ICOMOS (1964). *Carta de Venecia. Carta internacional para la conservación y la restauración de monumentos y sitios*. Venecia, Italia.
 57. ICOMOS (1987). *Carta de Washington. Carta Internacional para la Conservación de Ciudades Históricas y Áreas Urbanas Históricas*. Washington, Estados Unidos de Norteamérica.
 58. ICOMOS (1989). *Recomendación 89. Recomendación del Comité de Ministros de Estados Miembros relativa a la protección y puesta en valor del patrimonio arquitectónico rural*. París, Francia
 59. ICOMOS (1989a). *Recomendación sobre la salvaguarda de la Cultura Tradicional. y Popular*. París, Francia.
 60. ICOMOS (1994). *Documento de Nara sobre autenticidad*, Nara, Japón.
 61. ICOMOS (1999). *Carta de Burra. Carta para la conservación de sitios de valor cultural*. Burra, Australia.
 62. ICOMOS (1999). *Carta del Patrimonio Vernáculo Construido*. XII Asamblea General, Ciudad México. México.
 63. Iglesia, R. (2011). La vida doméstica y los objetos. *Seminario de Crítica. Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas* Instituto de Arte

- Americano e Investigaciones estéticas Mario Buschiazzo, No. 165. Buenos Aires, Argentina.
64. Instituto Geográfico Militar, (2014). *Datos*. Quito, Ecuador.
 65. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos del Ecuador (2010). *Resultados del Censo 2010 de población y vivienda en el Ecuador*. Quito, Ecuador.
 66. Instituto Nacional de Patrimonio Cultural. (2010). *Glosario de arquitectura*. Quito, Ecuador.
 67. Iturralde, J. (1950). El indio de la Sierra Norte en el siglo XVII. *Revista General de Cultura*, 3(5), pp.52-59.
 68. Jasped, D. (1980). *Los jesuitas y su dominio en el mercado del siglo XVII, caso Ecuador*. Pasto, Colombia: Ediciones de la Universidad de Nariño.
 69. Jijón y Caamaño, J. (1920). *Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la Provincia de Imbabura de la República del Ecuador*. Ecuador País: Tip. y Encuadernación Salesianas.
 70. Jouanen, J. (2005). *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua provincia de Quito: 1570-1774*. (Edición digital basada en la de Quito, Editorial Ecuatoriana, 1941, Tomo I). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
 71. La Hora (octubre 5, 2015). Saraguros mantienen sus viviendas tradicionales. Periódico *La Hora*. Recuperado de: <https://www.lahora.com.ec/noticia/1101870687/saraguros-mantienen-sus-viviendas-tradicionales>
 72. Lefebvre, H. (1961). *Introducción al marxismo*. Buenos Aires: EUDEBA.
 73. Lefebvre, H. (1991). *Critique of Everyday Life Volume I: Introduction*, London: Verso [edición original (1947) *Critique de la vie quotidienne I: Introduction*, Paris: Grasset].
 74. Lefebvre, H. (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Editorial Alianza.
 75. López, Francisco. (1987). *Arquitectura vernácula en México*. México:

- Editorial Trillas.
76. Martínez de la Vega, L. (1954). *Monografía de la parroquia de Pimampiro*. Imbabura, Ecuador: Imprenta Municipal de Ibarra.
 77. Naranjo, M. (2016). *Manifestaciones de la vida cotidiana de los afroecuatorianos, en las comunidades de El Chota, Salinas y La Concepción*. Ecuador: Ibarra, Editorial UTN.
 78. Naranjo, M. (coord.) (1989). *La cultura popular en el Ecuador*. (Tomo V, Imbabura). Centro Interamericano de Artesanía y Artes Populares (CIDAP), Quito, Ecuador.
 79. Naranjo, M. (coord.) (2005). *La cultura popular en el Ecuador*. (Tomo XII, Carchi). Centro Interamericano de Artesanía y Artes Populares (CIDAP), Cuenca, Ecuador.
 80. Oliver, P. (1969). *Cobijo y sociedad*. Madrid: Ediciones Blume.
 81. Oliver, P. (1997). *Encyclopedia of Vernacular Architecture of the World*, (Vol. III, Cultures and Inhabitants). Cambridge University Press, United Kingdom.
 82. Ortiz, V. (2011). *Valle del Chota: fútbol, identidad y mercado*. (Tesis inédita de maestría). Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, Ecuador.
 83. Pabón, I. (2006). *Procesos de construcción identitaria en las comunidades negras de la cuenca Chota-Mira en tres generaciones: abuelos, adultos mayores y jóvenes*. (Trabajo de grado). Universidad Andina Simón Bolívar. Ecuador, Quito.
 84. Padilla Pastrana, L. G. (2014). *Desarrollo local y afrodescendencia: El caso de la parroquia de Salinas, en el Valle del Chota*. (Trabajo de grado). FLACSO, Ecuador, Quito.
 85. Peña, D. (2011). Experiencias del proyecto. Las Tres Horas y Cantos de Difuntos. Un acercamiento a la ritualidad del pueblo afro-serrano del Ecuador. *Alteridad, Revista de Educación*, 1(1), pp.59-66.
 86. Peñaherrera, P. y Costales, A. (1959). *Coangue o Historia Cultural y Social de los negros del Chota y Salinas*. Investigación y elaboración. Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía, Ecuador, Quito.

87. Pevsner, N. (1980). *Historia de las tipologías arquitectónicas*. Barcelona: Gustavo Gili.
88. Proaño Revelo, J. P., y Ricaurte Pazos, P. R. (2015). *Estudio etnográfico de la situación actual de los afroecuatorianos: sus prácticas culturales e imaginarios sociales* (Tesis inédita de maestría). Universidad Politécnica Salesiana sede Quito, Ecuador.
89. Rapoport, A. (1969). *House, form and culture*. Milwaukee: University of Wisconsin.
90. Rodríguez, B. (1983). *El comercio en la Villa de Ibarra en el siglo XVIII*. (Trabajo de grado). Pontificia Universidad Católica de Ecuador, Quito, Ecuador.
91. Rossi, A. (1982). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
92. Rudofsky, B. (1964). *Architecture without architects*. New York: Doubleday and Co.
93. Ruffon, C. (1999). *Los esclavos de las haciendas jesuitas de Colombia*. Cali: Ediciones del Valle.
94. Sánchez de Carmona, M. (1998). Guía metodológica para el análisis y evaluación de la forma arquitectónica. En *Estudios de tipología arquitectónica* (pp. 93-101). Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, México.
95. Sánchez, A. (1983). Aproximación a la arquitectura popular. *Revista de Folklore*, 03b(35), pp. 160-163.
96. Sánchez, C. y Jiménez, E. (2010). La vivienda rural. Su complejidad y estudio desde diversas disciplinas. *Revista Luna Azul*, 30, pp. 174-196.
97. Sánchez, Q. (2006). Cambios operativos y funcionales en la vivienda rural en zona de expansión demográfica. *Psicología para América Latina*, 7, pp. 1-18.
98. Sandoval, F., Machuca, J., y Cedeño, L. (2014). La arquitectura vernácula en el medio rural y urbano de Manabí. Levantamientos, análisis y enseñanzas. Análisis tipológico y constructivo como respuesta al clima

- de la región de Manabí (Ecuador). En *Hábitat social, digno, sostenible y seguro en Manta, Manabí, Ecuador*; Universidad de Valladolid, España, pp. 135-143.
99. Saravino, M. (2011). *Arquitectura indígena: fundamentos para la generación de una arquitectura contemporánea*. Recuperado de [http://repositorio.usfq.edu.ec/bitstream/23000/825/2/99846%20\(Tesis\)](http://repositorio.usfq.edu.ec/bitstream/23000/825/2/99846%20(Tesis))
 100. Segre, R. (comp.) (1983). *América Latina en su arquitectura*. (Serie América Latina en su cultura). UNESCO: Siglo XXI editores S.A.
 101. Segre, R. y Cárdenas, E. (1981). *Crítica arquitectónica*. Santiago de Cuba: Imprenta de la Universidad de Oriente.
 102. Sonderegger, C. y Punta, C. (2004). *América precolombina. Síntesis histórica, antología y análisis de su arte plástico*. Buenos Aires: Nobuko.
 103. Soto, M. (2006). *La vivienda del movimiento moderno en Santiago de Cuba*. (Tesis de doctorado). Facultad de Construcciones, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba.
 104. Taboada, D. (2006). El bohío y lo vernáculo en Cuba. *Extramuros*, 21, pp. 11-15.
 105. Tapia, A. (2011). *Histórico social de la provincia del Carchi*. (Monografía inédita). (Tomo II). Boletín de prensa. Academia Nacional de Historia Quito, Ecuador. Unidad de Comunicación Social. Quito, Ecuador.
 106. Tedeshi, E. (1972). *Teoría de la arquitectura*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
 107. Tillería, J. (2010). La arquitectura sin arquitectos, algunas reflexiones sobre arquitectura vernácula. *Revista Universidad Austral de Chile*, 8, pp.12-15.
 108. Torres, G. (2017). Arquitectura vernácula, fundamento en la enseñanza de sustentabilidad. Recuperado de https://kipdf.com/arquitectura-vernacula-fundamento-en-la-enseanza-de-sustentabilidad-gerardo_torr_5aed7a937f8b9aa73c8b45ad.html
 109. Trimborn, H. (1965). *La América precolombina*. España: Ediciones Castilla.

110. UNESCO (1967). Reunión Sobre Conservación y Utilización de Monumentos y Lugares de Interés Histórico y Artístico. Quito, Ecuador.
111. UNESCO (1972). *Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural*. París, Francia.
112. UNESCO (1975). *Carta de Ámsterdam*. Consejo de Europa, Ámsterdam. Holanda.
113. UNESCO (1976). *Recomendación de Nairobi relativa a la salvaguardia de los Conjuntos históricos y su función en la vida contemporánea*. Nairobi, Kenia.
114. UNESCO (1982). *Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales*. Comisión de Desarrollo en México. Ciudad México, México.
115. UNESCO (2003). *Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial*. París, Francia.
116. UNESCO (2005). *Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales*. París, Francia.
117. UNESCO (2005a). *Directrices Prácticas para la aplicación de la Convención del Patrimonio Mundial*. Comité Intergubernamental de protección del Patrimonio Mundial cultural y natural, España: Fondos extrapresupuestarios españoles del Ministerio de Cultura.
118. Unión Internacional de Arquitectos (1975). *Carta del Habitat*. Lausana, Suiza.
119. Valera, S. (1999). Espacio privado, espacio público: Dialécticas urbanas y construcción de significados. Originalmente: *Tres al Cuarto*, 6, 1999, pp.22-24, B-6300-1993. Recuperado de: www.ub.edu/es-cult/editions/0tresal.pdf
120. Venturi, R. (1978). *Complejidad y contradicción en la arquitectura*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
121. Vera, M. (1953). Los negros en el sur de Colombia. *Revista de Educación*, 16, pp. 41-45.
122. Vicente, A. (2014). Valores formales de la vivienda rural tradicional: La Provincia del Azuay, en Ecuador, como caso de estudio.

- Arquitecturas del Sur*, 32(46), pp. 30-41.
123. Villa, M. (2015). *Acceso a la tierra de los ex huasipungueros en la hacienda "Carpuela", en el valle del Chota.* (Trabajo de grado). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ecuador, Quito.
 124. Villegas, R. (2014). *Historia de la provincia de Imbabura.* Ibarra: Corporación Imbabura.
 125. Yépez, A. (2012). *Análisis de la arquitectura vernácula del Ecuador: propuestas de una arquitectura contemporánea sustentable.* (Tesis de maestría). Universidad Politécnica de Cataluña, España.
 126. Zevi, B. (1951). *Saber ver la arquitectura.* Buenos Aires: Editorial.
 127. Zevi, B. (1972). *Historia de la arquitectura moderna.* Buenos Aires: Editorial Poseidón.

BIBLIOGRAFÍA

1. Acaso, M. (2009). *El lenguaje visual.* Barcelona: Editorial Paidós.
2. Acosta, M. (2009). *Políticas de vivienda en Ecuador desde la década de los 70 análisis, balance y aprendizajes.* (Tesis de maestría). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Quito, Ecuador.
3. Actas del Congreso Internacional de Arquitectura Vernácula (2001). *La Arquitectura Vernácula del Siglo XX, Balance y Perspectivas.* Montreal, Canadá.
4. Actas del Congreso Internacional sobre Arquitectura Vernácula (2005). Carmona, España.
5. Álvarez, L. y Barreto, G. (2007). *El arte de investigar el arte.* Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
6. Álvarez, L. y Ramos, J. (2003). *Circunvalar el arte.* Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
7. Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo.* México: Fondo de la Cultura Económica.
8. Antón, J. y Tuaza, L. (2013). *Salvaguardia del patrimonio cultural*

- inmaterial de los afrodescendientes en América Latina. *Informe sobre la situación del PCI afrodescendiente en Ecuador*. UNESCO, Quito, Ecuador. Recuperado de www.crespial.org/public_files/EAPCIA-Ecuador.pdf.
9. Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Argentina: Ediciones Trilce.
 10. Archivo de la Compañía de Jesús. (1760). BAEP. Temporalidades. Legajo XIV.
 11. Archivo de la Notaría I de Ibarra. (1560-1590). Libro II. Folio 115.
 12. Archivo del Convento Máximo de la Merced de Quito (1686). T. III, folio 98.
 13. Archivo Municipal de Ibarra. (1617-1638). Libro Segundo de Cabildos de la Villa de San Miguel de Ibarra.
 14. Archivo Nacional de Historia. (s.f). Libro de composición de tierras de la Compañía de Jesús en la provincia de Quito, siglo XVII. Caja 4.
 15. Artunduaga, A. (2015). *Reinterpretación de lo vernáculo en la vivienda campesina productiva. Modelo metodológico de diseño*. (Trabajo de grado). Facultad de Arquitectura y Diseño, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá D.C., Colombia.
 16. Azkárate, A. et al. (2003). *El patrimonio arquitectónico*. País Vasco: Victoria-Gasteiz.
 17. Balda, M.; García, J. y Chalá, C. (2015). *Enciclopedia del saber afroecuatoriano*, 1, 449. DOI <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>
 18. Barth, F. (2007). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Barcelona: Editorial Anagrama.
 19. Bayón, D. (1974). *América Latina en sus artes*. México: Editorial Siglo XXI.
 20. Bayón, D. (1974). *Aventura plástica de Hispanoamérica*. (Breviarios, No. 233). México: Fondo Cultura Económica.
 21. Bayón, D. (1974). *Sociedad y arquitectura colonial sudamericana: una lectura*

- polémica*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
22. Bayón, D. (1988). *Historia del arte hispanoamericano siglos XIX-XX*. Granada, España: Ediciones Alhambra S.A.
 23. Besó, A. (1993). Planteamientos metodológicos para la catalogación y estudio de la arquitectura rural. *Revista de Folklore*, 13a(146), pp. 49-55.
 24. Cabeza, A. y Simonetti, S. (comp.) (1997). *Cartas Internacionales sobre Patrimonio Cultural. Cuadernos del Consejo de Monumentos Nacionales*. (Segunda serie, 21). República de Chile: Ministerio de Educación.
 25. Caraballo, C. (2011). *Patrimonio cultural, un enfoque diverso y comprometido*. UNESCO, México.
 26. Castells, L. (ed) (1995). *La historia de la vida cotidiana*. Madrid: Marcial Pons.
 27. Cátedra de Arquitectura Vernácula Gonzalo de Cárdenas (2006). III Jornada de Arquitectura Vernácula. Memoria. La Habana.
 28. Cátedra de Arquitectura Vernácula Gonzalo de Cárdenas (2007). III Jornada de Arquitectura Vernácula. Memoria. La Habana.
 29. Cátedra de Arquitectura Vernácula Gonzalo de Cárdenas (2008). III Jornada de Arquitectura Vernácula. Memoria. La Habana.
 30. Cavalli, L. (2007). *La evolución de la cultura*. Barcelona: Editorial Anagrama.
 31. Certeau de, M. (2000). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, Biblioteca Francisco Xavier.
 32. Coba, C. (1980). *Literatura Popular Ecuatoriana*. (Colección Pendones, 43). Otavalo, Ecuador: Gallo Capitán.
 33. Colmenares, A. (1991). *La cuestión de las tipologías arquitectónicas*. Caracas: Editorial Universidad Central de Venezuela.
 34. Colombres, A. (comp.) (1987). *La cultura popular*. Puebla: Editorial Premiá.
 35. Cruz, D. (2009). La vivienda en el batey azucarero del Oriente cubano. *Revista Arquitectura y Urbanismo*, 30(2), pp. 44-51.
 36. Cruz, D. (2013). La vivienda de madera en el Oriente de Cuba,

- 1900-1930, *Anales del Museo de América*, Vol. XXI. Madrid, España. Recuperado de <https://sede.educacion.gob.es/publivena/detalle.action?cod=20013C>
37. Cuchí, A. (2005). *Arquitectura i Sostenibilitat. Temes de Tecnologia i Sostenibilitat*. Barcelona: Ediciones UPC.
 38. D'epinay, C. (2008). La vida cotidiana: Construcción de un concepto sociológico y antropológico. En *Sociedad Hoy*, No. 14, pp. 9-31. Universidad de Concepción, Concepción, Chile. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=90215158002>
 39. Díaz, F. (2003). Paisaje y Territorio. *Mediterráneo y Medio Ambiente. Mediterráneo Económico*, 4, pp. 181-198.
 40. Fernández Rasines, P. (2001). *Afrodescendencia en el Ecuador. Raza y género desde los tiempos de la colonia*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
 41. Ferrer, R. (1943). *Construcciones rurales*. Barcelona: Ediciones Aralu-ce.
 42. Flores, C. (1973). *Arquitectura popular española*. Madrid: Ediciones Aguilar.
 43. Fuentes, V. (2006). Las plantas en las construcciones vernáculas y el ajuar doméstico en Cuba. *III Jornada de Arquitectura Vernácula*. [Memoria]. Cátedra Gonzalo de Cárdenas de Arquitectura Vernácula. La Habana, Cuba.
 44. García, F. (1981). *La casa popular en España*. Barcelona: Editorial Gili.
 45. García, N. (1999). *Imaginario urbanos*. Buenos Aires: EUDEBA.
 46. Gasparini, P. y Bayón, D. (1977). *Panorámica de la arquitectura latinoamericana*. Barcelona: Blume.
 47. Geertz, C. (2003). Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En Bohannan, P. y Glazer, M., *Antropología. Lecturas* (pp. 547-568). La Habana: Editorial Félix Varela.
 48. Gibson, M. (2000). *Rediscovering the Vernacular*. (Thesis for the Degree of Master). Faculty of the Virginia Polytechnic, Institute and State University, U.S.A.

49. Gonzalbo, P. (2006). *Introducción a la historia de la vida cotidiana*. México, D. F: El Colegio de México, A. C.
50. Grassi, G. (1980). *La arquitectura como oficio y otros ensayos*. Barcelona: Gustavo Gili.
51. Guanache, J. (1984). *Aspectos etnográficos de la vivienda rural en Cuba*. La Habana: Ministerio de Cultura.
52. Guanache, J. (1985). Vivienda campesina tradicional e identidad cultural cubana. *Temas*, 5, pp. 87-105.
53. Guanache, J. (2000). Vivienda rural y construcciones auxiliares. En *Atlas Etnográfico de Cuba*. [CD-ROM]. Cultura Popular y Tradicional. La Habana: Cuba.
54. Guanache, J. (2014). El imaginado “patrimonio inmaterial” ¿un acercamiento a la verdad o una falsedad engañosa? *Revista Arte y Diseño Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño*, Barranquilla: Universidad Autónoma del Caribe, 12 (1), pp. 62-71.
55. Guerra, L. (2013). La ciudad ajena: *subjetividades de origen mapuche en el espacio urbano*. La Habana: Editorial Casa de las Américas.
56. Gutiérrez, R. (1985): La historiografía de la arquitectura Iberoamericana. Entre el desconcierto y la dependencia cultural (1870-1985). *Summa*, pp. 215-216.
57. Hamme, M. & Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
58. Ibarra, M. (1998). *Metodología de la investigación social*. La Habana: Pueblo y Educación.
59. Instituto Nacional de Cultura del Perú (2007). *Documentos fundamentales para el patrimonio cultural. Textos internacionales para su recuperación, repatriación, conservación, protección y difusión*. Lima, Perú.
60. Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador. (2010). *Inventario de viviendas*. Chalguayacu, Imbabura, Ecuador.
61. Jameson, F. (1996). *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Editorial Trotta 1996.
62. Jiménez, J. (2016). *Contribuciones de la historia del arte universal a la va-*

- loración del arte ecuatoriano.* (Trabajo de grado). Universidad Técnica de Machala, Machala, Ecuador.
63. Lamprea, D. y Bolívar, F. (2008). Experiencias en áreas rurales del Distrito. *Bitácora*, 13(2), pp. 159-168.
 64. Lévi- Strauss, C. (1955). *Tristes trópicos*. Barcelona: Paidós.
 65. Lukács, G. (1982). *La peculiaridad de lo estético. Cuestiones liminares de lo estético*. Barcelona: Editorial Grijalbo.
 66. Martín, J. (coord.) (2006). *La arquitectura vernácula patrimonio de la humanidad*. Asociación por la arquitectura rural tradicional de Extremadura, Departamento de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, Colección Raíces, 2, España.
 67. Mattelart, A. y Neveu, E. (2004). *Introducción a los estudios culturales*. Barcelona: Editorial Paidós.
 68. Medina, R. (2004). Sobre *Arquitectura Vernacular*. Germany: Ulrike Prinz.
 69. Mejía, J. (2004). Sobre la investigación cualitativa. Nuevos conceptos y campos de desarrollo. *Investigaciones Sociales*, 8(13), pp. 277-299.
 70. Morán, A. (1995). La hoya de Ibarra. *La Verdad*, 1, pp. 15-18.
 71. Naranjo, M. (2013a). Qhapaq Ñan. *Cultura e Instituciones*. Ibarra, Ecuador: Editorial Universidad Técnica del Norte.
 72. Naranjo, M. (2013b). *Qhapaq Ñan. Carchi, Patrimonio intangible de culturas vivas. Cultura autóctona*. Ibarra, Ecuador: Editorial Universidad Técnica del Norte.
 73. Naranjo, M. (2016a). *Aportes de la herencia cultural y espiritual de los pueblos afroecuatorianos a la construcción del buen vivir*. Ibarra, Ecuador: Editorial Universidad Técnica del Norte.
 74. Naranjo, M. (2016b). *Los afroecuatorianos de los pueblos de El Chota, Salinas y La Concepción, siglos XVI y XVII*. Ibarra, Ecuador: Editorial.
 75. Naranjo, M. (2016c). Gastronomía, historia y cultura afrodescendiente de las comunidades Chota y Salinas en Imbabura Ecuador. *Revista Ecos de la Academia 4*. Recuperado de: <http://>

- docplayer.es/49544892-Num-art-3-gastronomia-historia-y-cultura-afrodescendiente-de-las-comunidades-chota-y-salinas-en-imbabura-ecuador.html
76. Naranjo, M. (2016d). *Qhapaq Ñan Sistema vial andino: Patrimonio vivo-Artesanía autóctona Carchi*. Ecuador: Ibarra, Editorial Universidad Técnica del Norte.
 77. Naranjo, M. (2016e). *Qhapaq Ñan Sistema vial andino: Patrimonio vivo-Integración metodológica comunitaria*. Ecuador: Ibarra, Editorial Universidad Técnica del Norte.
 78. Naranjo, M. (2016f). *Qhapaq Ñan Sistema vial andino: Patrimonio vivo-Cultura Popular*. Ecuador: Ibarra, Editorial Universidad Técnica del Norte.
 79. Naranjo, M. (2016g). *Qhapaq Ñan Sistema vial andino: Patrimonio Vivo Agropecuaria Ancestral Carchi-Ecuador*. Ecuador: Ibarra, Editorial Universidad Técnica del Norte.
 80. Naranjo, M. (2017). Vida cotidiana de la población afro-ecuatoriana en Imbabura-Carchi: algunas reflexiones. *Santiago*, 142, pp. 196-207.
 81. Naranjo, M. y Cruz, D. (2017a). Vivienda vernácula en Chalguayacu. Ibarra-Ecuador. *Memorias del X Encuentro Internacional Ciudad, Imagen y Memoria*. [CD-ROM] Santiago de Cuba, Cuba.
 82. Naranjo, M. y Cruz, D. (2017b). Una mirada a la vivienda vernácula de Chalguayacu. *Santiago*, 144, pp. 769-789.
 83. Olgyay, V. (1998). *Arquitectura y Clima. Manual de Diseño Bioclimático para Arquitectos y Urbanistas*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
 84. Orozco, M. (2008). *Génesis de una ciudad del Caribe. Santiago de Cuba en el umbral de la modernidad*. Santiago de Cuba: Ediciones Alqueza.
 85. Padilla Delgado, O. (2015). *Estrategias para el fortalecimiento del turismo cultural en las comunidades del Junca, Chalguayacu y Carpuela provincia de Imbabura*. (Trabajo de grado). Universidad de los Andes, Ibarra. Ecuador.
 86. Pinto, V. y Ruiz, S. (2009). *La vivienda rural en el Ecuador: desafíos*

- para procesos sustentables e incluyentes sistematización: contrato social por la vivienda.* Quito: Centro de investigaciones Ciudad. Programa Paso a Paso.
87. Prieto, V. (1975). *Vivienda campesina en México.* México: Secretaría de Turismo.
 88. Quesada, F. (2006). Imaginarios urbanos. *Espacio público y ciudad en América Latina*, 8, abril-junio.
 89. Racedo, J.; Requejo, I. y Tabeada, M. (1997). Patrimonio cultural vigente e identidad. *Memorias de las primeras jornadas del MERCOSUR sobre Patrimonio Intangible.* Mar del Plata: Editorial CICOP.
 90. Rama, A. (1998). *La ciudad letrada.* Montevideo: Ediciones Arca.
 91. Rapoport, A. (1972). *Vivienda y cultura* (Colección Arquitectura y Crítica). Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
 92. Rivas, J. de las (1992). *El espacio como lugar. Sobre la naturaleza de la forma urbana.* España: Universidad de Valladolid.
 93. Romero, J. (2001). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas.* Argentina: Siglo XXI Editores.
 94. Roura, L. y Ángelbello, T. (2012). *Vivienda esclava rural en Cuba: bohíos y barracones.* Artemisa, Cuba: Editorial Unicornio.
 95. Ruíz, J. (1999). *Metodología de la investigación cualitativa.* (segunda edición). Bilbao: Universidad de Deusto.
 96. Rywert, J. (1987). El útero y la tumba. Antropología de la casa. *Monografías de arquitectura y vivienda*, 12, Madrid.
 97. Sambricio, C. (ed.) (1996). *La historia urbana.* Madrid: Ediciones Marcial Pons.
 98. Sánchez, F. (1990). *La liturgia del espacio.* Madrid: Ediciones Nerea.
 99. Sarmiento, I. (2009). Del funche al ajiaco. La dieta que los amos imponen a los esclavos africanos en Cuba y la asimilación que estos hacen de la cocina criolla. *Anales del museo de América*, 16, pp. 127-154
 100. Segre, R. (1990). *América Latina: Fin de milenio. Raíces y perspectivas de su arquitectura.* La Habana: Editorial Arte y Literatura.

101. Segre, R. et al. (1988). *Historia de la arquitectura y el urbanismo: América Latina y Cuba*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
102. Serafini, M. (1991). *Cómo redactar un tema. Didáctica de la escritura*. México: Editorial Paidós.
103. Serra, R. (1999). *Arquitectura y Climas*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
104. Solano, F. (1990). *Ciudades hispanoamericanas y pueblos de indios*. Madrid: CSIC.
105. Spreiregen, P. (1973). *Compendio de arquitectura urbana*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
106. Ulloa, F. y Huerta, S. (eds.) (2013). La construcción tradicional en Ambato - Ecuador, a finales del siglo XIX y principios del XX. La piedra Pishilata. En *Actas del Octavo Congreso Nacional de Historia de la Construcción* (pp. 573-580). Madrid, 9-12 de octubre de 2013. Madrid: Instituto Juan de Herrera.
107. Uribe, M. (2014). La vida cotidiana como espacio de construcción social. En, *Procesos Históricos*, No. 25, pp. 100-113. Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=20030149005>
108. Velázquez, J. (coord.) (s.f). *Vivienda. Cuerpo académico de tecnología en la arquitectura*. Facultad de Arquitectura, Unidad Saltillo, Universidad Autónoma de Coahuila, México.
109. Viñuales, G. (2005). Arquitectura Vernácula en Iberoamérica. Historia y Persistencias. *Actas del Congreso Internacional sobre Arquitectura Vernácula*. Carmona, España.
110. Vivienda rural. (2001). Tercer Seminario sobre vivienda rural y calidad de vida en los asentamientos rurales. Memoria. *Programa Iberoamericano de Cooperación*. Santiago de Cuba.
111. Zeinsteger, L. (1997). Arquitectura, una Manifestación de Autenticidad. Recuperado de <http://www.monografias.com/trabajos6/arma/arma.shtml>

VOCABULARIO

ACABADO. Proceso final dado a la superficie de un muro, piso o mueble. Revestimiento final de una construcción. Perfeccionamiento o último retoque que se da a una obra o labor.

ACHIERA. Planta ornamental de múltiples usos, incluido el gastronómico.

ADOBE. Masa de barro rectangular generalmente mezclado con paja cortada, secado al aire y al sol. Las dimensiones varían en el tiempo, los coloniales tuvieron 60 x 30 x 15 cm. Los adobes actuales miden 28 x 18 x 10 cm.

ALERO. Parte del techo que sobresale del muro en voladizo, cuya función es proteger la pared de la lluvia.

BAHAREQUE. Estructura de varas de carrizo, chonta o caña guadúa, entretrejida y clavada, recubierta con barro o chocoto por ambas caras. Su apariencia es la de un tabique de 5 a 8 cm de espesor y altura variable.

BARRO. Masa que resulta de la mezcla de tierra y agua.

BOHÍO. Voz indígena utilizada en las Antillas y otras regiones de América para designar, de manera genérica, las habitaciones de los aborígenes. Podía asumir diferentes formas de acuerdo con la categoría de sus habitantes y la función a la que estaban destinadas. Casa pajiza de una sola pieza y planta baja. Vivienda vernácula de planta circular, paredes de bahareque y cubierta de madera y paja.

CABUYA. *Agave filifera*. Fibra vegetal o hebra que resulta del procesamiento de la hoja del penco o agave americano.

CALZAR. Componer o reponer las piezas de una cimentación que, por efectos del tiempo, clima o fenómenos sísmicos se han deteriorado

o desprendido.

CAMOTE. Boniato.

CANGAHUA. Suelo volcánico, de composición heterogénea, muy compacto y duro que, cortado en forma de bloques, se utiliza en la construcción de mampuestos.

CAÑA GUADÚA. *Guadua agustifolia*. Bambú grueso, alto y espinoso cuya caña madura se utiliza en la estructura de la construcción como pingos o en versiones procesadas.

CAPULÍ. *Prunus serótina*. Madera de árbol endémico del Ecuador. Se utiliza para elementos estructurales en construcciones y elaboración de muebles.

CARRIZO. *Phragmites communis*. Caña vegetal similar al bambú, con raíz larga y rastrera, de hojas planas, lineares y lanceoladas. Su diámetro varía de 2 a 4 cm. Sus tallos se utilizan para construir cielos rasos y paredes de bahareque.

CASCAJO. Fragmentos de piedras menudas y quebradizas o residuos triturados de escombros que se utilizan en la preparación de morteros.

CHAHUARQUERO. Agave americano. *Anguyashca*. Palo alto y delgado de la cabuya o penca que crece en los filos de los caminos de la sierra ecuatoriana. El tallo alto y maduro se utiliza para cercas y en la arquitectura vernácula como larguero de estructuras de cubiertas. También se usa en la construcción de gallineros, andas de procesiones y otras funciones.

CHAMBA, CHANPA. Terrón compacto resultado de la mezcla de tierra con raíces de hierbas de los pastizales cercanos a la construcción que son cortados, generalmente, en pedazos rectangulares.

CHAMPÚS. Bebida que se elabora con harina de maíz, hojas de naranja, cedrón ishingó y agua puesta a fermentar en una olla de barro. Se

puede endulzar con miel de caña o azúcar. Típica en fiestas religiosas o ritos funerarios.

CHICHA. Bebida típica elaborada a base de la fermentación de arroz. Se ofrece en festividades.

CHIRARÁN DE OLOR. Planta aromática y agradable de olor suave y penetrante. Es más conocida como Albahaca y se usa para condimentar la comida.

CHOCOTO. Barro que sirve para elaborar adobes.

CHOZA. Vivienda de una sola habitación, formada por estacas y techada con paja o ramas; propia de zonas rurales.

CIELO RASO O FALSO TECHO. Elemento decorativo colocado en la parte superior de los espacios para ocultar la estructura de los techos de armadura y colgadizos, disminuir la altura de la habitación o crear una cámara de aire como aislante térmico. Es plano y se elabora con materiales livianos.

CIMENTACIÓN. Constituye el sostén del edificio. Es la parte de la estructura que recibe las cargas; se apoya sobre terrenos firmes. |2. Base sólida de la estructura de un edificio, construida bajo tierra; reparte las cargas sobre el terreno, sirve como soporte.

CODAL. Pieza de madera o metal que utilizan los albañiles, a manera de regla; sirve para alinear el enlucido. |2. Madero que se coloca de forma oblicua u horizontal entre dos paredes de una excavación, para evitar desplomes.

CONSERVACIÓN. Conjunto de técnicas orientadas a salvaguardar la integridad de un edificio; realiza actuaciones preventivas en el patrimonio arquitectónico a fin de evitar su deterioro.

CORREDOR. Pasillo. |2. Pieza o habitación de paso, larga y estrecha. |3. Balcón volado. |4. Galerías dispuestas alrededor de un patio.

|5. Primera pieza por la que se ingresa a una casa, en ella se abre la puerta principal. También se le llama portal y pórtico.

CRUJÍA. Cada una de las partes principales o naves en que se divide un edificio. |2. Espacio comprendido entre dos muros de carga.

CUBIERTA. Cierre superior de toda construcción. En esta se utilizan materiales siempre impermeables y resistentes a la intemperie, por ejemplo, planchas metálicas, tejas de barro, u otros. Elemento estructural que cierra una edificación en su parte superior y le protege de la intemperie. |2. Parte exterior de la techumbre.

CUBIERTA A DOS AGUAS O VERTIENTES. Cubierta compuesta de dos faldones descendentes hacia los lados desde una cumbrera central. También se le conoce como cubierta de gablete.

CUBIERTA A CUATRO AGUAS O VERTIENTES. Cubierta compuesta de cuatro faldones inclinados que se encuentran en aristas salientes inclinadas. También se le conoce como cubierta de copete.

CUMBRERA O CUMBRERO. Línea horizontal de intersección de dos faldones en el vértice de un techo de armadura. |2. La viga situada en ese punto se conoce como viga de cumbrera.

DESNIVEL. Diferencia de altura entre dos o más puntos.

EMPACHILLADO. Es la colocación de las piedras más pequeñas al tiempo con el mortero, que puede estar hecho de barro simple o de cal.

EMPLAZAMIENTO. Ubicación geográfica de una edificación, construida o por construir.

ENLUCIDO. Revestimiento de una pared o muro con mortero de cal, barro, yeso o cemento, para alisar o dar acabado a su superficie. En algunas regiones el enlucido tradicional incorpora en el mortero productos como la sal, cáscara de zapote, cabuya cortada.

ESCALA. Relación que tiene un objeto en el plano, dibujo, maqueta o mapa y su dimensión real, representada por medio de una línea dividida en partes iguales que simboliza las proporciones del objeto.

ESTRUCTURA. Combinación de los elementos fundamentales que se distribuyen y relacionan entre sí para constituir una obra arquitectónica y darle estabilidad y validez. |2. Orden y distribución de las partes de un edificio.

EUCALIPTO. *Eucalyptus globulus labil.* Madera que proviene del árbol del mismo nombre, ampliamente utilizada en la serranía para partes estructurales de la construcción y entablados.

FACHADA. Exterior de una construcción, sus distintas “caras”. Una construcción aislada tiene fachada principal, posterior y fachadas laterales.

FRÉJOL. Frijol.

FOGÓN. Fuego de leña que se hace sobre un artefacto manufacturado o en el suelo para cocinar en la vivienda vernácula. |2. Tullpa.

GUAGUAS. Niños.

HABAS. Grano comestible parecido al frijol, pero de mayor tamaño. Puede ingerirse de varios modos, por ejemplo, tostado o cocido. Su sabor, cuando se come cocido, recuerda el de la Fruta del pan.

HILADA. Serie horizontal de adobes, ladrillos o piedras sillares que se coloca en hileras, a medida que se construye.

HUASIPUNGO. Terreno que un hacendado proporciona a un peón para que siembre sus propios alimentos a cambio de que trabaje para él gratuitamente.

LECHERO. *Sebastiania commersoniana*, también conocida como blanquillo, es una especie botánica de planta en la familia de las *Euphorbiaceae*. Es un árbol de gran follaje que alcanza entre seis y 15 metros

de altura. Habita los montes ribereños inundables de la Suramérica subtropical.

LETRINA. Caseta construida generalmente en zonas rurales o donde no hay canalización. En el interior tiene un retrete o una taza conectada a un pozo que puede ser seco o vinculado a una acequia, en el que se evacuan los desechos orgánicos humanos. Cuando el pozo es seco se tira aserrín o tierra luego de cada uso.

MAJUAS O MASHUAS. Tubérculo de sabor picante que se cultiva en las zonas andinas con aspecto similar a la oca.

MADERA. Parte sólida y fibrosa de los árboles, debajo de la corteza. |2. Pieza de este material, labrada para ser utilizada en una obra.

MAMPOSTERÍA. Obra o fábrica de albañilería a base de ladrillo o piedra con al menos una cara labrada o despuntada, unida con argamasa de cemento, barro o cal.

MEDIANERÍA. Disposición que implica compartir muros o paredes entre dos o más inmuebles. Es lo opuesto a la disposición aislada en el lote.

MELLOCOS. Tubérculos comestibles con un alto contenido de hierro y vitaminas.

MOROCHO. Similar al “arroz con leche”, pero se hace con un tipo de maíz. Se cocina hasta que esté bien blando y se le agrega leche, azúcar y canela.

MORTERO. Argamasa. Mezcla de sustancias inorgánicas y agua que se usa para la fabricación de mamposterías y recubrimientos. En su composición combina la piedra, como material resistente, y el barro, cal o cemento como aglomerante.

MURO. Paramento vertical o inclinado, simple o con revestimiento, construido de piedras, adobes o ladrillos, superpuestos ordenadamente

y unidos por argamasas; destinado a cerrar espacios o soporte de otra estructura.

OCAS. Tubérculo andino rico en calcio, hierro y fósforo.

ORNAMENTACIÓN. Decoración. Motivos y elementos que, sin cumplir una función constructiva, contribuyen con la decoración de las edificaciones.

PAJA. (Paja de páramo). *Stipa ichu*. Planta de hoja linear, delgada y angulosa que crece en forma de manojos; es muy resistente al viento y usada en las zonas altas de los Andes para la techumbre de las construcciones.

PALTOS. Más conocido como aguacate, fruto suave y perfumado.

PANELA. Raspadura de caña.

PATIO. Espacio interior de un edificio, sin cubierta y cerrado lateralmente por paredes o puertas de habitaciones o dependencias; suele estar a un nivel más bajo que el de estas. Espacio exterior abierto cuya ubicación, con respecto a la edificación, puede variar

PENCO. *Agava americana*. Planta suculenta de hojas carnosas de la serranía ecuatoriana. Del penco se obtiene el chahuarquero, palo alto y delgado que cumple la función de larguero en la construcción de casas tradicionales; aunque cada vez con menos frecuencia. También del penco se extrae la cabuya. La planta es utilizada como cerramiento de propiedades rurales.

PERFIL. Delineación del contorno de la superficie de un edificio según su latitud y altura. | 2. Figura que se obtiene si se corta verticalmente por una línea determinada un edificio.

PIEDRA. Sustancia mineral, más o menos dura y compacta, que se encuentra en las canteras, de donde se extrae para ser trabajada en una construcción. También puede ser obtenida de ríos y quebradas, aun-

que estas tienen otras peculiaridades.

PISO. Suelo.

PISO DE LADRILLO. El construido con algún tipo de ladrillo pastelero.

PISO DE PIEDRA. El construido utilizando material pétreo.

PISO DE TIERRA. El de suelo natural.

PLANO. Representación esquemática en dos dimensiones y a determinada escala, de una construcción, ciudad u otro espacio.

PLANTA. Representación gráfica a escala de una sección horizontal de una edificación a un determinado nivel.

POLEO. Planta usada con fines medicinales para el aparato digestivo.

POROTOS. Fréjoles.

POYO. Banco de piedra, ladrillo, adobe u otro material, que solía construirse arrimado a las paredes.

PROPORCIÓN. Correspondencia o analogía armónica de las partes entre sí con el todo. Es la ley que interviene en la dosificación de las partes.

PUERTA. Abertura o vano en un muro que sirve de entrada o salida. | 2. Panel de madera, metal u otro material, sujeto generalmente con bisagras a un bastidor que enmarca la jamba del vano, a fin de poder batirla.

PUNTAL. Relativo a la altura de una edificación. | 2. Elemento estructural vertical para soportar la cubierta.

QUILLOCACA. Mezcla o barro común para pegar los bloques o fabricar adobes.

QUINUA. Semilla comestible rica en vitaminas y minerales con múltiples beneficios para la salud.

RANCHO. Vivienda simple, ubicada fuera de un poblado, con área de cultivo aledaña. |2. Construcción auxiliar en áreas rurales. |3. Granja.

REVESTIMIENTO. Recubrimiento. Lo que cubre una superficie para protegerle o adornarle.

SALA. Habitación principal del área pública de la casa, generalmente de mayor tamaño que el resto de los locales, de cierta relevancia por su función o decoración.

SANGO. Plato típico de los pueblos prehispánicos que consistía en el maíz tostado, molido y mezclado con agua.

SIMETRÍA. Correspondencia exacta en forma, tamaño y posición de las partes que integran un todo. |2. Distribución idéntica de las partes a ambos lados de un eje de simetría. |3. Disposición de los elementos de un conjunto para que correspondan a uno o más ejes centrales. |4. Proporción adecuada de las partes de un todo entre ellas y de ellas con el conjunto.

SOBERADO. Entablado construido generalmente con carrizos, que conforma el tumbado de las cocinas de las casas serranas, utilizado para almacenar alimentos, ropa, cosechas y semillas.

SOLERA. Madero. Durmiente asentado horizontalmente en todos sus puntos para que en él se apoyen otros. |2. Parte superior del muro en el que se asientan las cabezas de los maderos de una cubierta. |3. Piedra plana que sirve de base a un pie derecho.

SOPORTE. Sostén. Elemento o estructura que sirve de apoyo y contrarresta los empujes de otros, para asegurar la estabilidad del conjunto.

SURO. zuro. *Chusquea sp.* Tipo de caña, similar al bambú. Utilizada en la construcción vernácula, para cielos rasos.

TABLA. Pieza de madera plana, más delgada y larga, que ancha. Sus medidas equivalen a la mitad de las del tablón. |2. Pieza de madera

rústica que sirve para encofrados.

TABLAS CLAVADAS A TOPE. Yuxtaposición de las tablas sin ensamble alguno, fijadas mediante clavos. Sobre la unión de dos tablas no se colocan tapajuntas.

TABLAS Y TAPAJUNTAS: Consiste en colocar y fijar mediante clavos a un entarimado de madera, tablas de unos 20 cm de ancho. Sobre la unión de dos tablas se coloca un listón de madera más fina que se denomina tapajunta.

TABLERO. Superficie resaltada, lisa o con molduras, para decorar un edificio o elementos de carpintería como puertas y ventanas. |2. Conjunto de tablas que forman una superficie.

TAPIA. Tapial. Pared de tapia. |2. Muro o paramento hecho de tierra. |3. Técnica de construcción de un muro que consiste en rellenar un encofrado -la tapialera- con tierra de alta plasticidad, apisonada en capas de 10 cm mediante pisones de madera. Se lo deja un tiempo hasta que se seque. En ocasiones, para mejorar la calidad de la tierra, se añaden productos aglomerantes, por ejemplo, tamo, es decir paja de trigo o de cebada, arena o cal. Para que el tapial quede recto se usa la plomada. Al menos unos 50 cm de la pared van enterrados, a modo de cimiento, para ello se hace previamente una zanja.

TECHO. Una de las partes componentes de la arquitectura. |2. Elemento de cierre superior de una edificación. Aunque suele utilizarse como sinónimo de cubierta, en realidad es la estructura interna que la soporta.

TECHO DE ARMADURA. Las armaduras están compuestas por los pares y el tirante, forman un triángulo que apoya sobre las soleras. Van unidas superiormente por largueros sobre los que se fijan en sentido transversal viguetas inclinadas que van de la cumbrera al alero.

TECHO DE COLGADIZO. Formado por un conjunto de alfardas

escuadradas o rollizas y soleras. Las alfardas se inclinan, regularmente, en una misma dirección, y encima de estas puede aparecer un entablado machihembrado o de otro tipo. En caso de encontrarse sobre galerías presentan una sola pendiente hacia el interior de la edificación; y cuando se trata de corredores o balconajes, hacia el exterior.

TECHUMBRE. Estructura de cubierta de una edificación.

TEJADO. Cubierta. Parte superior y exterior de una construcción cubierta de tejas de barro, planchas de zinc u otro material.

TEJAS. Piezas de barro cocido que, colocadas sobre una estructura de madera y cañas, completa e impermeabiliza los techos. Forman pequeños canales por donde corren las aguas.

TEJAS CRIOLLAS O ESPAÑOLAS. Son de forma acanalada y de dimensiones variables. Se colocan de forma cóncava o convexa, según corresponda.

TIPOLOGÍA ARQUITECTÓNICA. Conjunto de características que identifican a un grupo de edificios, sea por su función, estructura, forma, época de construcción.

TRAPICHE. Lugar donde se procesan los productos derivados de la caña como panela y aguardiente.

TULLPA. Fogón rústico que usa vegetales secos (leña) como combustible.

VANO. Hueco en muro o pared.

VENTANA. Vano en el muro que permite la entrada de la luz y la ventilación en los interiores de una edificación.

VERNÁCULO. Se utiliza para referirse a todo aquello referente a un lugar o país, nativo.

VERTIENTE. Faldón, caída o agua. Parte de la cubierta, comprendida entre el vértice y el alero de un tejado.

VIGA. Madero largo y grueso, por lo general con aristas trabajadas, cuya función es estructural ya que recibe el peso de las cargas verticales de los pisos superiores y los techos de edificios. La viga puede ser también de hierro.

VIGA SOLERA. Pieza de madera o metal que se asienta en el coronamiento de un muro; sirve de transición entre la obra de adobe o ladrillo y las vertientes inclinadas de las cubiertas que sostiene.

VIGUETA. Viga secundaria que se apoya en las principales.

Miguel Naranjo-Toro

Doctor en Investigación Educativa, Magíster en Docencia Universitaria e Investigación Educativa, Licenciado en Filosofía y Ciencias Económicas. Docente universitario. Gestor universitario: Vicerrector Académico de la Universidad Técnica del Norte. Cargos desempeñados: Rector, Vicerrector Administrativo, Decano y Subdecano de la Facultad de Educación, Ciencia y Tecnología UTN. Investigador, autor de libros y artículos científicos de alto impacto.

Diana María Cruz Hernández

Licenciada en Historia del Arte por la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de Oriente-Cuba, 1990; Máster en Estudios Cubanos y del Caribe, 1999 y Doctora en Ciencias sobre Arte, 2003. Es Profesora Titular.



ISBN: 978-9942-845-02-3

